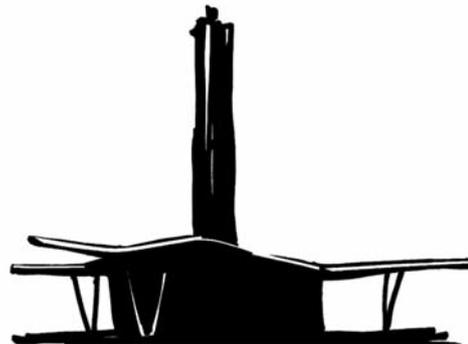


CENTENARIO DEL ARQUITECTO
Alejandro Herrero Ayllón

Huelva, 2011



CENTENARIO DEL ARQUITECTO
Alejandro Herrero Ayllón

Huelva, 2011

JORNADAS DE HOMENAJE

Huelva, 3-4 de noviembre de 2011. Salón de Actos de la Caja Rural del Sur

Jueves 3 de noviembre

- 10:30 Inauguración. Josefina Cruz Villalón, Consejera de Obras Públicas y Vivienda de la Junta de Andalucía. Pedro Rodríguez González, Alcalde de Huelva. José Luis García Palacios, Presidente de Caja Rural del Sur.
- 11:00 “Sentido de esta conmemoración”.
María Agustina y Alejandro Herrero Molina.
- 11:15 Introducción. José Ramón Moreno García, Profesor Asociado, y Fernando Carrascal Calle, Profesor Colaborador, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad de Sevilla.
- 11:30 *Pausa para café.*
- 12:00 “Lo que cuentan los documentos”. María Dolores Lazo López, Jefa de Archivos y Bibliotecas Municipales de Huelva.
- 12:45 Panel. María Agustina Herrero, Alejandro Herrero, Eduardo Mosquera Adell y Víctor Pérez Escolano.
- 13:45 *Pausa para almuerzo.*
- 16:00 “El arquitecto en su tiempo y en su generación”.
Victor Pérez Escolano, Catedrático de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad de Sevilla.
- 16:45 Panel. José Ramón Moreno García, Carlos Navarrete Merino, Juan Peña Suarez y Eleuterio Población Knappe.
- 17:45 *Pausa para café.*
- 18:15 “Alejandro Herrero Ayllón, urbanista”.
Jaime Montaner Roselló, Arquitecto.
- 19:00 Panel. Félix Arias Goytre, Fernando de Terán Troyano, Luis Manzano Barrero, Teresa Pérez Cano.

Viernes 4 de noviembre

- 09:30 “La obra de un arquitecto de posguerra”. Eduardo Mosquera Adell y Teresa Pérez Cano, Catedrático y Profesora Titular de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad de Sevilla.
- 10:15 Panel. Alfonso Aramburu Terrades, José Bacedoni Bravo, Jaime Montaner Roselló y Francisco Javier Vallejo Osorno.
- 11:00 *Pausa para café.*
- 11:15 “La evolución del pensamiento del arquitecto: el ‘vuelo’ de la gasolinera”. Francisco Javier Vallejo, Arquitecto Municipal, Ayuntamiento de Huelva.
- 12:00 Panel. Fernando Carrascal Calle, María Dolores Lazo López, Antonio J. Martínez Navarro y Juan Manuel Seisededos Romero.
- 12:45 “Semblanza de un hombre virtuoso”.
Carlos Navarrete Merino, Abogado.
- 13:15 Panel. Jorge Cimarra Molina, José María Franco Gutiérrez, Carlos Hermoso Sánchez, Juan Manuel Luengo Pato, Margarita Ramírez Montesinos.
- 14:00 Clausura. Gonzalo Prieto, Decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Huelva. Narciso Jesús Vázquez Carretero, Director de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad de Sevilla.

SUMARIO

- 4 Preámbulo de la Consejera de Obras Públicas y Vivienda de la Junta de Andalucía
- 5 Prefacio del Alcalde de Huelva
- 6 Introducción y agradecimientos de los hijos de Alejandro Herrero Ayllón
- 8 Reseña biográfica

10

EL ARQUITECTO EN LA HISTORIA MENUDA DE HUELVA

Begoña López / María Dolores Lazo López / Joaquín González Barba
Eduardo Mosquera Adell y Teresa Pérez Cano / José Martínez Navarro
José Pablo Vázquez Hierro / M. Vallelano / Francisco Javier Vallejo Osorno

24

RECUERDOS DE COMPAÑEROS ARQUITECTOS E INGENIEROS

Alfonso Aramburu Terrades / Félix Arias Goytre / Fernando Carrascal Calle
Carlos Hermoso Sánchez / Luis Manzano Barrero / José Ramón Moreno García / Juan Peña Suárez
Eleuterio Población Knappe / Fernando de Terán Troyano / Francisco Javier Vallejo Osorno

52

RECUERDOS DE AMIGOS Y COLABORADORES

José Bacedoni Bravo / Javier Galvez Cañero Garrido / Santiago García-Sandón / Consuelo Guijarro Franco
José Hernández García / Juan Manuel Luengo Pato / Carlos Navarrete Merino
Margarita Ramírez-Montesinos Vizcayno / Juan Manuel Seisdedos / Ricardo Visedo Quiroga

78

RECUERDOS DE FAMILIARES

Jorge Cimarra Molina / Pilar Cimarra Molina / Enrique Herrero Román / Emilio Pérez Molina
Carmen, Ángeles, Ana y Alejandro Vian Herrero / Alejandro Herrero Molina / María Agustina Herrero Molina

PREÁMBULO DE LA CONSEJERA DE OBRAS PÚBLICAS Y VIVIENDA DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA

Quiso el destino, y los rigores de la posguerra, que apenas cumplidos los treinta años Alejandro Herrero Ayllón recalara en Huelva allá por los años cuarenta del siglo pasado, y vinculara desde entonces su vida familiar y profesional a esta “lejana y rosa” tierra onubense.

Por ello nos pareció absolutamente acertada la propuesta de un grupo de arquitectos onubenses, encabezados por José Ramón Moreno y Jaime Montaner, para que la Consejería de Obras Públicas y Vivienda participara en un acto-homenaje que rememorara su figura y pusiera en valor el trabajo profesional ejercido por Alejandro Herrero en Huelva. Es más, debo añadir que personalmente les estoy agradecida por su iniciativa, pues ha hecho posible que esta Consejería, que siempre ha procurado estar cercana al trabajo profesional de los arquitectos andaluces, no dejara de hacerlo en esta ocasión, cuando otras preocupaciones pueden estar acaparando la mayor parte de nuestro tiempo.

Alejandro Herrero pronto supo descubrir los valores de los pueblos andaluces, así como las características propias de los territorios en los que se asientan. Diseñó casas para pescadores, para labra-

dores y para mineros, siguiendo la sabia tradición de la arquitectura vernácula. Y así trazó, con notable sobriedad, poblados para esos trabajadores, teniendo muy presente los dictados de la naturaleza. En ese sentido, debe ser considerado un precursor de los postulados y criterios con los que posteriormente vienen trabajando urbanistas y responsables de la ordenación del territorio. Pues si ya entonces fue también el redactor del primer plan urbanístico de la ciudad de Huelva, la ordenación del territorio ha tardado algunas décadas en formar parte del sistema de planificación territorial de Andalucía.

Esta Consejería publicó en 1990 uno de los estudios más completos que se ha hecho hasta la fecha de la obra de Alejandro Herrero: *La vanguardia imposible: quince visiones de arquitectura contemporánea andaluza*, de los profesores E. Mosquera y T. Pérez Cano. En el mismo se analiza la labor creativa de Herrero en el contexto de su generación y de su tiempo. Pero parece oportuno reinterpretar su obra en esta segunda década del siglo XXI, tomando como razón la celebración del centenario de su nacimiento.

Alejandro Herrero fue sin duda alguna un arquitecto que ejerció su carrera profesional de forma ejemplar y con gran rigor, pero también con una gran dignidad personal, por lo que no solo permanece su obra, sino también el recuerdo y aprecio de quienes lo conocieron.

Por todo ello, hemos querido honrar su memoria y profundizar en su legado arquitectónico en las Jornadas celebradas en Huelva los días 3 y 4 de noviembre de 2011 y darle cierta perdurabilidad a través de esta publicación.

Josefina Cruz Villalón,
Consejera de Obras Públicas y Vivienda

PREFACIO DEL ALCALDE DE HUELVA

Alejandro Herrero: hijo adoptivo de Huelva y visionario de la arquitectura

Alejandro Herrero fue arquitecto municipal desde 1940, fecha en la que llega de su ciudad natal, Madrid, hasta Huelva. Desde entonces y durante 32 años llevó a cabo un intenso trabajo para el Ayuntamiento, redactando los principales proyectos urbanísticos y las obras que se realizaron en nuestra ciudad en este tiempo y elaborando el Plan General de Ordenación Urbana de 1964, vigente hasta el año 1999.

No sólo fue un hombre clave para el urbanismo onubense, sino también un ciudadano apreciado y valorado por sus vecinos. Para mí, además del arquitecto del Ayuntamiento, era uno de los mejores clientes que tenía mi padre en su tienda de fotografía y, sobre todo, era un amigo, una persona cercana y frecuente en el ambiente familiar.

Guardo un recuerdo muy nítido de su aspecto; alto, delgado, con bigote, algo de barba y unas gafas oscuras. Parece que fue ayer

cuando estaba, junto a mi padre, ordenando un sinfín de fotografías en el laboratorio de mi casa. A diario traía imágenes recogidas con la máquina de fotos más moderna que por aquel entonces había en Huelva y con la que no sólo fotografiaba las calles, edificios y lugares de la ciudad para trazar bien sus planos, sino que también disfrutaba retratando con cariño a sus dos hijos, Alé y Magú.

Era un trabajador nato, riguroso con su labor, austero, disciplinado, constante, exigente y extremadamente responsable. Como contrapunto y complemento a su carácter serio, junto a él estaba su mujer, María Agustina, afable y muy extrovertida. Una mujer culta y muy inteligente, siempre dispuesta a aprender algo nuevo y una gran aficionada al arte, sobre todo a la escultura, lo que la llevó a convertirse en alumna y amiga de León Ortega, que correspondería a su amistad con una escultura de la pareja.

En alguna de las entrevistas que mantuve con Alejandro Herrero me hizo partícipe de sus sueños para Huelva, de los proyectos de futuro que con su lápiz trazaba para esta ciudad. En aquel momento quién iba a pensar que aquellos trazos del maestro acabarían convirtiéndose en realidades cuando ese periodista fuese alcalde de esta ciudad.

La Huelva de hoy es heredera de los planos de Herrero, bebe en la fuente de aquel Plan General de Ordenación Urbana donde dejó marcada las líneas maestras de la ciudad que ahora disfrutamos. Aquel arquitecto municipal y principiante que llegó a nuestra ciudad de modo interino, acabó convirtiéndose en el precursor de su mayor cambio urbano, en un gran urbanista respetado por toda la profesión de nuestro país y en un maestro para una importante saga de arquitectos onubenses.

Entre otras muchas cosas, Alejandro Herrero supo devolver a la ciudad su entrada natural por antonomasia a través de la Avenida de Andalucía, de la que estoy seguro se sentiría enormemente satisfecho al verla hoy en día; situó la nueva estación de trenes donde ahora estamos esperando que llegue el AVE; promovió el desarrollo de las barriadas y la construcción de una gran número de viviendas sociales como las de Huerta de Mena; y, de entre sus muchas obras, nos dejó como legado el edificio del Ayuntamiento o la gasolinera que todos conocemos en la Avenida Federico Molina.

Fue un revolucionario de la arquitectura, un adelantado, un visionario y el tiempo, como tantas veces ocurre, nos ha hecho darnos cuenta ahora de su gran contribución. Alejandro Herrero siempre tuvo el aprecio de los onubenses que le fue mostrado no sólo en el día a día, sino también con el nombramiento de Hijo Adoptivo y con una calle que lleva su nombre. Pero, ahora, en el centenario de su nacimiento, volvemos a acordarnos de él para reconocer su imaginación y su ambición como el padre arquitectónico de la Huelva más moderna.

Pedro Rodríguez González, Alcalde de Huelva

INTRODUCCIÓN Y AGRADECIMIENTOS DE LOS HIJOS DE ALEJANDRO HERRERO AYLLÓN

En 2011 se cumple el centenario del nacimiento del arquitecto Alejandro Herrero Ayllón. Hablando de ello con familiares y amigos se nos ocurrió la idea de hacer algún sencillo acto conmemorativo, que sirviera como homenaje a su memoria y así recordar los aspectos clave de su obra y de su persona, ambas estrechamente vinculadas a la ciudad de Huelva y a sus gentes.

Unos años atrás, en 2008, el profesor José Ramón Moreno, arquitecto y amigo, nos había pedido alguna información para publicar un estudio sobre las barriadas de vivienda social que nuestro padre había proyectado para mineros, agricultores y pescadores en diversos pueblos de la provincia. En ese trabajo, titulado “Semblanza de un arquitecto cabal”, el profesor Moreno explica la contribución del arquitecto como tal, enmarcada en el contexto histórico de la precaria sociedad española de posguerra, y analiza aspectos personales a través de las memorias de sus proyectos.

Cuando reflexionábamos para darle forma a la conmemoración de su centenario, nos pareció que la idea de realizar un homenaje tendría buena acogida entre quienes compartieron tiempo con él.

Pensamos que la combinación de obra y persona sería una fórmula original para traer su recuerdo al presente. Creímos que sería interesante reunir en un mismo documento aspectos de la obra del arquitecto junto a los recuerdos que de su persona hubieran pervivido en la memoria de sus coetáneos. Consideramos por tanto que el homenaje podría constar de dos partes: un seminario en Huelva sobre su arquitectura y un libro de recuerdos.

Contactamos con José Ramón Moreno y le propusimos que fuera él el coordinador del homenaje, lo que aceptó generosamente. Dejamos aquí constancia de nuestro sincero y muy especial agradecimiento a su desinteresada dedicación a esta tarea.

Se diseñaron las jornadas contando con la colaboración de profesores de la Escuela de Arquitectura de Sevilla, que tuvieron relación con su persona o con su trabajo -Victor Perez Escolano, Eduardo Mosquera, Teresa Perez Cano y Fernando Carrascal-, y con María Dolores Lazo, Jaime Montaner y Francisco Javier Vallejo. Todos ellos son ponentes de las jornadas; cada uno aborda un aspecto de la obra del arquitecto Alejandro Herrero y quedan a cargo de Carlos Navarrete los comentarios sobre su personalidad y trayectoria vital. A todos ellos, nuestra sincera gratitud por su generosidad y entusiasmo.

Al mismo tiempo, nos propusimos recabar el recuerdo que de él hubiera quedado en la memoria de quienes lo conocieron en sus diferentes facetas, bien fuera como arquitecto, como amigo, colaborador o familiar, de modo que se pusiera de relieve, con diferentes perspectivas, la singular combinación de valores personales y profesionales que caracterizaba a nuestro padre. Queremos dejar constancia de nuestro profundo agradecimiento a todos los que han

enviado sus páginas de recuerdos, todos ellos tan positivos, cariñosos y entrañables. Un reconocimiento especial a Juan Manuel Seisdedos por su dibujo de la gasolinera de El Punto, hecho para la portada de este libro. Y un recuerdo muy cariñoso para José Francisco Barba Quintero, “Chacho”, por su buen consejo y el entusiasmo que demostró al conocer la idea de este homenaje.

Queremos mostrar nuestro sincero agradecimiento a todos los que han hecho posible la realización de este homenaje con su desinteresada dedicación. En particular a la Consejera de Obras Publicas y Vivienda de la Junta de Andalucía, Josefina Cruz Villalón, y a la Directora General de Rehabilitación y Arquitectura, Ana Vinuesa Padilla, por su generosa contribución a la publicación de este libro, tanto en el aspecto financiero como en el profesional, con la participación de Nicolás Ramírez y Heriberto Duverger. Agradecemos también al Ayuntamiento de Huelva y, en especial a la Jefa de Archivos y Bibliotecas Municipales, María Dolores Lazo, por poner a nuestra disposición los archivos municipales y por su colaboración. Nuestro agradecimiento al Colegio Oficial de Arquitectos de Huelva por su apoyo y contribución. Pablo Vallejo, artífice del soporte informático que acompaña a este libro, merece también nuestro reconocimiento por su excelente labor. Finalmente, nuestro agradecimiento a la Caja Rural del Sur y a su Presidente José Luis García Palacios por su contribución a este evento, así como al Presidente de la Fundación Caja Rural del Sur, Jaime de Vicente, por acoger el seminario en su sede con amabilidad y generosa hospitalidad.

Maria Agustina y Alejandro Herrero Molina,
Madrid y Bruselas, septiembre de 2011

RESEÑA BIOGRÁFICA

Alejandro Herrero Ayllón nace en Madrid el 20 de diciembre de 1911, segundo hijo de Román Herrero y de la Orden, Académico de Farmacia, y de Vicenta Ayllón Torroba, maestra, ambos de origen soriano.

En 1927 termina el bachillerato en el Colegio de El Pilar y en 1928 ingresa en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. Realiza la carrera con la promoción de 1935 pero su delicada salud le impide finalizar los estudios en dicho año, por lo que obtiene la titulación en 1940 tras el paréntesis de la Guerra Civil, que pasa en Soria convaleciente. En esos años colabora con su profesor Leopoldo Torres Balbás, conservador de la Alhambra y el Generalife, en temas de restauración monumental.

La significación republicana y masónica de su padre, duramente represaliado por el régimen franquista, le impide encontrar trabajo al terminar la guerra. Sin embargo, por mediación de sus compañeros de promoción Luis Gámir y Antonio García Valdecasas, es identificado por Joaquín González Barba, a la sazón alcalde de Huelva, como el arquitecto idóneo para realizar el entonces nece-



sario Plan de Ensanche de la ciudad. Ese mismo año de 1940 se traslada a Huelva como arquitecto municipal para la realización de obras especiales, cargo que tiene que ocupar como interino durante veintiséis años hasta que, en 1966, adquiere en propiedad la plaza de Arquitecto Jefe del Ayuntamiento, cargo que desempeña hasta que en 1972 se traslada a Madrid.

En 1942 se casa con María Agustina Molina Sainz. Sus dos hijos, María Agustina y Alejandro nacen en Huelva.

Recién llegado a Huelva es nombrado Jefe de la Sección Técnica de Huelva de la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, un cargo honorario que ejerce sin sueldo durante diecisiete años hasta que desaparece el organismo.

En 1951, a propuesta de la Dirección General de Arquitectura, por influencia de Pedro Bidagor, es designado Arquitecto Jefe de la Oficina Técnica de la Comisión Superior de Ordenación Urbana de Huelva. Durante unos años, ejerce funciones de Subdelegado Provincial en Huelva del Instituto Nacional de la Vivienda (INV).

A partir de 1958, con la creación del Ministerio de la Vivienda, pasa a ser Arquitecto Jefe de la Sección de Urbanismo y de los Servicios Técnicos de la Delegación Provincial de Huelva y actúa como Arquitecto Colaborador del INV hasta 1962. Desde 1962 es Arquitecto Jefe de la Sección de la Vivienda del mismo Instituto hasta 1969, fecha en la que pasa a la situación de excedente.

En 1964 obtiene el grado de Doctor Arquitecto por la Escuela de Madrid con la tesis “Análisis de la Ciudad de Huelva”.

Sus principales contribuciones como arquitecto urbanista reflejan su interés por lo público y su visión de la arquitectura social y popular; ámbitos en los que encuentra soluciones que integran la vi-

vienda con su entorno urbano, al que presta especial atención, siempre motivado por promover un salto cualitativo en la calidad de vida de los ciudadanos. Su obra es difundida ampliamente a través de publicaciones como la *Revista Nacional de Arquitectura, Arquitectura, Hogar y Arquitectura, Ciudad y Territorio* y en exposiciones.

En 1965 se le concede la medalla conmemorativa del XXV Aniversario del INV.

En 1968 la Corporación Municipal del Ayuntamiento de Huelva le dedica la calle del Arquitecto Alejandro Herrero y en 1972 le otorga el título de “Hijo Adoptivo de la Ciudad”, proponiendo su ingreso en la Orden del Mérito Civil. Ese mismo año, deja Huelva para ir destinado a los Servicios Centrales del Ministerio de la Vivienda en Madrid, en la Comisión del Área Metropolitana de Madrid.

En 1975, en reconocimiento a su trayectoria profesional, es nombrado Consejero Presidente de la Sección de Urbanismo del Consejo Superior de la Vivienda, cargo que ocupa hasta que muere en Madrid el 12 de junio de 1977.

Al comienzo de la década de los ochenta, la Delegación en Huelva del Colegio Oficial de Arquitectos instituye sus Premios Anuales de Urbanismo con el nombre de Alejandro Herrero.

En 1990, la Junta de Andalucía le otorga una placa en reconocimiento a su contribución a la arquitectura. En 2001, por iniciativa de la Organización Internacional para la Documentación y Conservación de Edificios y Entornos Urbanos del Movimiento Moderno, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía declara “Bien de Interés Cultural” (BIC) la estación de servicio situada en la Avenida de Federico Molina y proyectada en 1955.

EL ARQUITECTO EN LA HISTORIA MENUDA DE HUELVA



Los herederos del arquitecto Alejandro Herrero ceden su fondo documental al Ayuntamiento

BEGOÑA LÓPEZ, periodista, *Huelva Información*, 24 de Marzo de 2000

Dice la periodista, en el subtítulo de este artículo, que “...su figura es clave para comprender el desarrollo urbanístico de Huelva durante la segunda mitad de siglo...”.

Más de un centenar de planos, fotografías, direcciones de obras y documentos urbanísticos de Alejandro Herrero, quien fuera arquitecto del Ayuntamiento de Huelva de 1940 a 1972, han sido cedidos por sus herederos al consistorio onubense y se encuentran ya en el archivo municipal, donde se está llevando a cabo su estudio y catalogación.

El fondo documental fue presentado ayer por el alcalde de Huelva, Pedro Rodríguez, quien afirmó que Alejandro Herrero “es una figura clave en el urbanismo de Huelva porque supo entender los cambios que ya se producían en Huelva a mediados de siglo y vislumbró las líneas maestras de la ciudad que queremos desarrollar urbanísticamente en el siglo XXI”. De hecho, el arquitecto Herrero fue el responsable del Plan General de Ordenación Urbana de 1964 y diseñó proyectos tan señeros de Huelva como la Avenida de Andalucía o el Mercado del Carmen.

Junto a ello realizó los grupos de viviendas de la Huerta de Mena y las Tres Ventanas, “las primeras casas que abrieron un horizonte

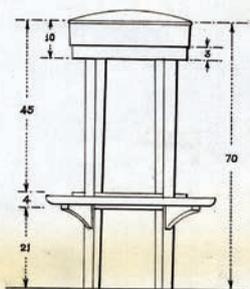
para esta ciudad más allá de los cabezos”, señaló el alcalde. Alejandro Herrero fue además el artífice de la estación de gasolinera de Campsa, de los años 50, que ha sido incluida en el catálogo del Patrimonio Histórico-Artístico de Andalucía. Asimismo dirigió las obras del edificio del Ayuntamiento de Huelva y desempeñó un importante papel en la urbanización del polo químico industrial.

Pero su trabajo no se limitó solamente a la capital, ya que a él también se deben numerosas obras de la provincia, como el cine de Encinasola, el teatro de Fregenal de la Sierra, la capilla de la Virgen del Carmen de Isla Cristina o el camping de Mazagón. Por ello el alcalde aseguró que “es un lujo para el Ayuntamiento poder disponer de los documentos de una de las personas más importantes que ha tenido la Huelva contemporánea”.

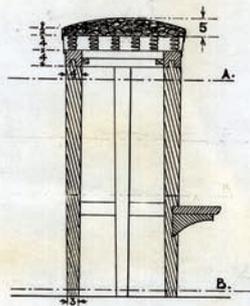
El delegado municipal de cultura, Manuel Remesal, señaló que se procederá a la catalogación y archivo del fondo documental “para ponerlo a disposición de todos los investigadores onubenses a fin de que puedan conocer la evolución urbanística de la ciudad a través de la obra de Alejandro Herrero”.

Por su parte, la directora del archivo municipal, Dolores Lazo, afirmó que “este fondo permite entender la arquitectura y el urbanismo de la ciudad durante más de treinta años a distintos niveles, tanto las casas de las familias de clase alta, como las viviendas sociales, los edificios oficiales... Todo lo que es la arquitectura de la época de la posguerra y la dictadura”.

Proyecto de taburete para la oficina de Arquitectura del Ayuntamiento de Huelva, para una mesa de 98 cm. de altura.



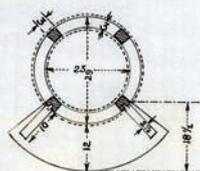
ALZADO.



SECCION A-A.



PLANTA en A.



PLANTA en B.

ESCALA 1:10
COLAS en constructivo.

HEVA • JEHO • 1940
ARQUITECTO,

Alfonso

El alcalde destacó que “Alejandro Herrero dejó tras de sí una escuela de seguidores” y que su obra “imprimió una profunda huella en muchos profesionales”. Precisamente uno de sus discípulos, José Bacedoni, ha sido uno de los responsables de la cesión del fondo documental al Ayuntamiento de Huelva.

Alejandro Herrero falleció en 1977. Para reconocer su figura y la trascendencia de su obra Bacedoni y un grupo de seguidores han pedido al Ayuntamiento que se erija un monumento en su memoria que estará ubicado en uno de los lugares más emblemáticos de su legado: la Avenida de Andalucía.



Pinceladas desde el Archivo

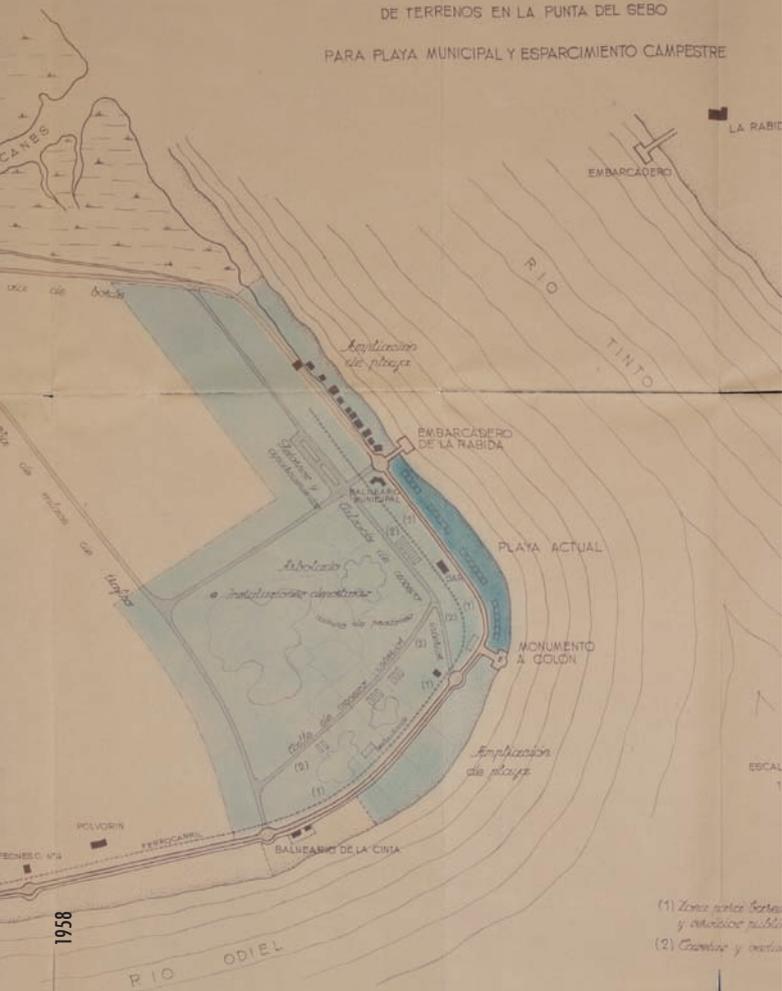
MARÍA DOLORES LAZO LÓPEZ

Jefa de Archivos y Bibliotecas Municipales de Huelva

Desde mi llegada al Ayuntamiento como Archivera Municipal, en el año 1981, era constante oír entre los técnicos de las dependencias de Obras: “A D. Alejandro le gustaba, D. Alejandro decía, D. Alejandro...”, es decir, casi 10 años después de su excedencia voluntaria las referencias eran constantes. Mis compañeros me contaban que era un auténtico vocacional, vivía “pegado al tablero”, pero también con una cultura, una humanidad y una educación fuera de lo común, y yo a esas cualidades y además juntas, no me resisto.

Ese continuo recuerdo unido a mi interés por la arquitectura de la ciudad, me llevó a prestar especial interés por cada plano que caía en mis manos firmado por él. Eran años en los que la ciudad se transformaba, y cayeron algunas casas y edificios de indudable

DELIMITACIÓN Y CROQUIS DE APROVECHAMIENTO
DE TERRENOS EN LA PUNTA DEL SEBO
PARA PLAYA MUNICIPAL Y ESPARCIMIENTO CAMPESTRE



interés histórico y arquitectónico, (Palacio de los Garrocho, Palacio de los Trianes, ambos del siglo XVIII), y empecé a preguntarme, ¿qué opinaría D. Alejandro?, porque me contaban lo que a él le gustaban esos edificios.

Existe en los fondos documentales municipales alguna correspondencia entre D. Diego Díaz Hierro y él, ya del año 74, desde Madrid, donde se percibe que aún está pendiente, y se le consultan desde la alcaldía, aspectos de la vida de Huelva. Con una letra clara y sencilla, exenta de artificio, pero a la vez dinámica, en la que los rasgos superiores se alargan para unirse a la palabra siguiente, dándoles así un aspecto ágil, cercano al dibujo, D. Diego y D. Alejandro, dos rayas en el agua en la Huelva de entonces, se miran con respeto.

Si tengo que escoger de entre toda su obra, elijo una, una que desgraciadamente no llegaría a realizarse: “Proyecto para playa municipal en la Punta del Sebo”: Es un proyecto muy sencillo, apenas tres folios y un plano coloreado, pero, para mí, expresa el compromiso del arquitecto con la ciudad, el derecho de ésta a ocupar y disfrutar de esa zona que tan tradicionalmente se constituía en el desahogo de los onubenses durante aquellos años de estrecheces en que veranear era privilegio de pocos. Algo me dice que ya el arquitecto intuía los planes que se cernían para la zona, y en un intento de evitarlo, reivindica la potencialidad de esos terrenos e incluso la ampliación de los mismos como privilegiado espacio para “usos turísticos, playa y expansión campestre”. Atiendan: “Es necesario una zona de expansión donde la gente descansa a la sombra, lleve sus almuerzos o meriendas y pueda desarrollar juego o distracciones... mesas rústicas y bancos, campos para baloncesto, atletismo, etcétera.”



La Huerta de Mena

JOAQUÍN GONZÁLEZ BARBA, exalcalde de Huelva (1939-1945). Extracto del artículo publicado en *Huelva Información*, 23 de noviembre de 1984

Huelva necesitaba con urgencia un Plan de Ensanche. La ciudad estaba en cierta manera estrangulada; por un lado las marismas y por otro los cabezos, [...] y por la carretera de Sevilla y la Huerta de Mena, una finca propiedad de la Compañía de Río Tinto de unas cien hectáreas.

En 1925, siendo alcalde don Juan Quintero Báez, de feliz recuerdo por su gran gestión municipal, se aprobó un Plan de Ensanche que absorbía la Huerta de Mena. Este plan fue olvidado, carpetado y nunca más se habló de él.

Cuando al terminar la guerra pensamos de nuevo en la necesidad de un ensanche de la ciudad, el secretario del Ayuntamiento, Manuel Garrido Perelló, de memoria agradable y gran eficacia en su cometido, me informó de la existencia de dicho Plan de Ensanche. Tomándolo como base de gestión [...] se propuso a la Compañía de Río Tinto la adquisición de la Huerta de Mena, por ser necesaria en bien de la ciudad.

(A continuación cuenta González Barba con todo lujo de detalles las difíciles vicisitudes por las que pasó para materializar dicha compra, debido fundamentalmente a la actitud poco amistosa de la compañía inglesa). Después, termina el artículo:

La misión pretendida con dicha compra era trazar el nuevo ensanche de la ciudad, y para ello, exclusivamente para este fin, se contrató al arquitecto Alejandro Herrero.

Alejandro Herrero era un santo varón, una bellísima persona, competente y de gran rectitud. Recuerdo que lo primero que propuso fue obtener fotografías aéreas del sector a dedicar al ensanche. Se acordó encargarlas y costaron la elevada suma de 45.000 pesetas, cantidad que entonces parecía altísima.

Con todos estos elementos se trazaron las líneas maestras del barrio hoy existente y de todo el ensanche que comprende la salida de Huelva hacia Sevilla.



Vivienda y ciudad: arte combinatoria

EDUARDO MOSQUERA ADELL, M^a TERESA PÉREZ CANO. Extracto de la publicación *La Vanguardia Imposible*, publicada en 1990 por la Consejería de Obras Públicas y Transportes

[...] ¿Qué hay digno de destacar en este arquitecto madrileño, activo en la alejada Huelva, en una especie de exilio cultural?

La respuesta no puede ser más concluyente que la afirmación de que con Alejandro Herrero estamos ante una de las más interesantes y personales búsquedas arquitectónicas que se despliegan en la España de los años cuarenta y cincuenta, décadas en las que se enfrenta con el núcleo principal de su producción... La línea principal de la investigación de Herrero parte de la tipificación de la vivienda unifamiliar social. Prosigue con su composición múltiple, hasta llegar a un depurado laboratorio urbano. Ya sean fragmentos más o menos autónomos, ya constituyan el núcleo urbano completo, los trabajos de ordenación de Herrero adquieren un valor autónomo notable, desde la solución formal a su poética figurativa moderna.

En los olvidados y distantes pueblos del Andévalo, en el Condado de Huelva, en su costa, Alejandro Herrero va a ser capaz de escribir una de las más interesantes lecciones de nuestro ambiente arquitectónico: la coherencia entre investigación y práctica de la arquitectura que parte de la base, del detalle mismo, y gradualmente salva los diversos escalones hasta hacer ciudad. Una característica que lo hace fácilmente reconocible es la sencillez de los elementos básicos que maneja para componer un interesante y complejo discurso. Sus barriadas son la plasmación de una concepción realista y eficiente de las posibilidades de alojar a la población y urbanizar las periferias de –generalmente– pequeños núcleos.

Todo ello es consecuencia de la sensibilidad, oficio y capacidad de teorización en el seno de una cultura arquitectónica y urbanística. Alejandro Herrero es uno de esos escasos arquitectos de su época que ha reflexionado intensamente desde opciones netamente intelectuales sobre la visión de la arquitectura de la Modernidad, incluso en sus niveles más generales. [...]

El mayor interés del trabajo de Herrero reside en la combinatoria empleada desde la célula básica, esto es, la vivienda, a la que somete a un proceso de agrupación. Así va construyendo las manzanas, trazando las calles y plazas, dentro de una concepción jerarquizada, sumamente racional pero plenas de valor estético desde un punto de vista compositivo. La base teórica de esta combinatoria la fue pergeñando poco a poco, y tiene unas claras matrices funcionalistas. Herrero es un destacado exponente de la urbanística española moderna, y su mérito está en la labor realizada con elementos tan simples y aparentemente insignificantes. [...]



El Neoherreriano arte onubense del gran arquitecto Alejandro Herrero (I)

ANTONIO JOSÉ MARTÍNEZ NAVARRO, historiador
Huelva Información, 22 de junio de 1997, serie “Historia Menuda”

Es sabido que el genial arquitecto Alejandro Herrero Ayllón nació en Madrid el 20 de diciembre de 1911. Su padre, Román Herrero, era farmacéutico, descendiente de una familia castellana, y contrajo matrimonio con la soriana Vicenta Ayllón, maestra.

Tras aprender las primeras letras, ingresa en el colegio de El Pilar para estudiar el bachillerato, que finalizó en 1927. A Alejandro le gustaba el estudio de la Arquitectura, carrera universitaria que realizó en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid con la promoción de 1935, donde tiene por compañero, entre otros, a Félix Candela, con el que mantuvo una gran amistad.

En 1935 enferma y vive en Soria hasta el año 1939, periodo en el que reanuda la amistad con su profesor don Leopoldo Torres Balbás, colaborando con él en trabajos como la restauración de la catedral de Sigüenza.

Terminada la guerra –durante la que estuvo ocupado en distintos trabajos que se verificaron en la provincia de Soria–, obtiene la titulación de arquitecto el 3 de enero de 1940. La cima de estos estudios, grado de doctor arquitecto, la alcanzó en la misma Escuela Técnica donde se doctoró, el 8 de octubre de 1946 con el trabajo titulado “Análisis de la vivienda de Huelva”.

Con el título en el bolsillo no consigue el joven arquitecto trabajos de su agrado en Madrid, debido a que su padre había sido simpaticante de la causa republicana. Pero los méritos del arquitecto



Ayuntamiento de Huelva (1944-1949)





pronto le abrieron paso. Así, a través de su compañero Antonio García-Valdecasas consigue una plaza interina como arquitecto municipal en Huelva, para la realización de diversas obras especiales, siendo alcalde de la ciudad Don Joaquín González Barba.

Se incorpora a su nuevo destino el 3 de abril de 1940, sin imaginarse que toda su carrera profesional la desarrollaría en aquella ciudad sureña tan lejana, desde su perspectiva madrileña, que quería contar con sus servicios.

Perteneciente a la historia es su relación con una joven muy linda, excelente persona y muy inteligente, llamada María Agustina Molina y conocida por todos como “Mariagus”, con la que contrajo matrimonio el 2 de septiembre de 1941 en Madrid. De esta unión nacieron en Huelva María Agustina y Alejandro.

Pero sigamos con sus andanzas profesionales. En la Corporación onubense –nos cuentan Eduardo Mosquera y María Teresa Pérez, en su obra ilustrada *La Vanguardia Imposible. Quince visiones de la arquitectura contemporánea andaluza*– se encontraban entonces dos arquitectos, Mateo Gaya Prado y Luis Saavedra Navarro. A lo largo de treinta y dos años, Herrero realiza para el Ayuntamiento trabajos de toda índole; proyectos de urbanización, obras en edificios municipales y sobre todo planes generales, aunque también parciales y especiales. Desde su periférica atalaya, Herrero se convierte en una de las figuras claves de la urbanística española de la postguerra en el terreno práctico y, lo que es más importante, en el teórico. Así ha quedado proclamado por tratadistas como Fernando de Terán.

En Huelva trabaja fundamentalmente para la Administración, desde diversos puestos compaginados con el ejercicio libre, aspecto este último más residual en su producción y que obvia realizar en

el municipio onubense. Nunca tuvo estructura de estudio, trabajando meticulosamente los proyectos, que luego enviaba –como hacía Pérez Carasa– a los delineantes para que se los realizaran. En este sentido, con don Alejandro colaboraron delineantes de la talla de los señores Rofa, Chamero, Jaramillo, Barona, Camacho y José Bacedoni, fiel seguidor de sus teorías arquitectónicas.

Un rasgo que conviene recalcar fue su capacidad de colaboración. Son muy frecuentes sus trabajos con arquitectos como Francisco Sedano, Ricardo Anadón, José María Morales Lupiáñez, Federico García del Villar, o las colaboraciones en los poblados de las islas del Guadalquivir con Fernando de la Cuadra, Alberto Balbotín y Antonio Delgado Roig. Pero también forma equipo con ingenieros: el ingeniero industrial Antonio Farré Tarré, el de Caminos Juan Pela Suárez, el agrónomo Salvador Trevijano Molina y, sobre todo, el ingeniero industrial del Ayuntamiento Eligio Vallejo Tirado (titulado en 1932) con quien acomete la urbanización de numerosas calles de Huelva.

Durante largos años permanece interinamente en el Ayuntamiento. En 1970 obtiene la plaza de arquitecto jefe del Ayuntamiento en propiedad. Recién llegado a Huelva, el 5 de octubre de 1940, es nombrado jefe de la Sección Técnica de Huelva de la Dirección General de Regiones Devastadas. Fue un cargo honorario, sin sueldo, que, recuerda el profesor Mosquera, ejerció durante diecisiete años hasta que se extingue el organismo, reconociendo cortijos e iglesias, no sólo en Huelva sino en lugares como Aznalcóllar (Sevilla) e incluso por petición de la comarcal cordobesa en aquella provincia. Su única contraprestación era la cobertura económica del gasógeno para los desplazamientos.



Realizaciones arquitectónicas de Alejandro Herrero (y II)

ANTONIO JOSÉ MARTÍNEZ NAVARRO, historiador
Huelva Información, 22 de junio de 1997, serie “Historia Menuda”

Nos hallamos en el año 1939. El edificio del Ayuntamiento está prácticamente en ruinas. El alcalde, Sr. González Barba, y los concejales que componen el Cabildo onubense están sumamente preocupados por esta situación. Para solucionar este problema abren un concurso-convocatoria en marzo de ese mismo año para arquitectos españoles residentes en la zona liberada. La base segunda del concurso daba rienda suelta a la libertad: “No se fija traba alguna a la concepción del proyectista, ni en modo artístico ni en cifra de presupuesto, pudiendo desarrollar con libertad plena su trabajo”. No se consideran idóneos los proyectos presentados y tres años más tarde se repite el sistema, no llevándose a efectos los premios por no estar acorde con los requisitos que pretende la Corporación. Ante esta situación se opta por encargar el proyecto a Francisco Sedano, arquitecto del Instituto Geográfico y Catastral, y a Mateo Gayá Prado, arquitecto municipal. Sedano, en este trabajo decide adoptar el estilo “oficial” por excelencia, el madrileñista herreriano, no muy común en el concepto artístico andaluz que se apoya en el neobarroco.

A través de las certificaciones de las obras, se observa que Gayá no participó en nada relacionado con la construcción del que sería el hermoso edificio del Ayuntamiento, que Sedano lo deja pronto y que es nuestro biografiado el que pronto se hace con el control total de la obra. En este inmueble, que será descollante en el currículum del notable arquitecto, va a aplicar D. Alejandro los resulta-

dos y experiencias obtenidos en otras construcciones. A medida que crecía su perfección, los detalles constructivos que componen el edificio adquieren una pormenorizada definición. Cantería, carpinterías, la realización de los chapiteles escorialenses, el extenso repertorio lingüístico manejados en el interior, etc. La dirección de la obra del Palacio Municipal de Huelva la comenzó D. Alejandro en 1944 y se terminó en 1949.

Fue, asimismo, autor del Plan General de Huelva de 1950-55. Posteriormente la constante expansión del caserío urbano de Huelva y la instalación en ella del Polo de Promoción se canalizaron con su posterior Plan General de Ordenación Urbana de 1964. Como base de experiencias para este último logro le sirvió el Plan relativo a la zona industrial de Huelva (1961), con el ingeniero industrial Antonio Farré, el Plan del Polígono de San Sebastián (1965), o el Plan Parcial de Ordenación Urbanística del Sector Municipal de la Orden de 1968.

Ese don maravilloso de la originalidad que los artistas tanto ambicionan lo tuvo Don Alejandro en grandes dosis. De ello puede dar fe su magnífica maqueta de un grupo de viviendas para funcionarios municipales en el Paseo de Santa Fe de Huelva, de estilo renacentista italiano, adaptadas a las exigencias actuales de vida. Quedó en simple proyecto.

En este sentido hay que mencionar su espléndida Estación de Servicio de Campsa, ubicada en la Avenida Alcalde Federico Molina Orta, s/n, de Huelva, realizada en el año 1955. Eduardo Mosquera y María Teresa Pérez Cano la describen así: “Se trata de un elemento que sobresale por el empleo de una planta centralizada. Consiste en un hexágono del que surgen tres finas viseras de hor-

migón armado, bajo cada una de las cuales se realizaba el servicio respectivo de turismo, suministros agrícolas y camiones. El planteamiento de Herrero, de un claro purismo formal, consigue que la gasolinera sobresalga en la encrucijada donde se sitúa como un verdadero hito urbano con vocación de monumento moderno, empleando una exquisita combinación del énfasis vertical del núcleo central, una esbelta torreta emergente, y el acento horizontal de las marquesinas...”.

Otras obras próceres de Don Alejandro son las 50 viviendas protegidas que constituyen la barriada de Federico Mayo, en Ayamonte; las 50 viviendas protegidas que forman parte de la barriada Francisco Summers, en La Palma del Condado; la Barriada Federico Mayo en Minas Las Herrerías: los grupos de 128 y 144 viviendas situadas en la célebre Huerta Mena y un grupo de 100 viviendas de tipo social enclavadas en Las Tres Ventanas, ambas de Huelva; las 50 viviendas protegidas y 84 viviendas de renta limitada y escuela en Minas de San Telmo; el Poblado de Colonización “Alfonso XIII” en Islas de Guadalquivir y viviendas en Escacena del Campo, Ayamonte, Valverde del Camino, Calañas, Puebla de Guzmán y Punta Umbría.

Como proyectos y obras de pequeñas dimensiones (la gran mayoría casas de verano en playas de la Costa onubense, ya que no quería hacer viviendas o chalets en Huelva por ser arquitecto municipal), podemos citar el proyecto de mausoleo para la familia Barba Quintero, los chalets para don Joaquín Barba Pérez en el Conquero y Punta Umbría, el proyecto de su propia finca en Mazagón (1964), el chalet de María Elena Sáenz Hermua en Punta Umbría (1967)...



Barriada Summers, La Palma del Condado (1951)



Como premio a tan magnífico legado artístico los miembros del Excmo. Ayuntamiento de Huelva lo nombraron Hijo Adoptivo de la Ciudad de Huelva y fue propuesto su ingreso en la Orden del Mérito Civil, ambas distinciones por unanimidad, en 1972. Ese mismo año deja Huelva y es destinado a los Servicios Centrales del Ministerio de la Vivienda en Madrid en la Comisión del Área Metropolitana de la citada capital. Tres años después fue nombrado consejero y es presidente de la Sección de Urbanismo del Consejo Superior de Vivienda.

Entre las distinciones que le fueron concedidas a Don Alejandro citemos el Primer Premio del Primer Concurso Nacional del Instituto Nacional de la Vivienda (1940); el Primer Premio, Solución A y el Segundo Premio, Solución B, en el Segundo Concurso Nacional del citado Instituto (1956); Segundo Premio en el Concurso Nacional sobre Estudios de Poblaciones Españolas de 20.000 habitantes. Además, el I.N.V. le otorgó en 1965 su Medalla Conmemorativa de su

XXV Aniversario y el Excmo. Ayuntamiento de Huelva dedicó una calle a Don Alejandro Herrero, con fecha 22 de Marzo de 1968.

El 12 de junio de 1977 Don Alejandro Herrero muere y es enterrado en Soria en la más estricta intimidad.

Don Alejandro merece algo más que este pequeño local. Con D. Alejandro no basta la remembranza gentil. Desde hace algún tiempo viene actuando en nuestra Ciudad la Asociación Cultural “Alonso Sánchez de Huelva” que aspira que esta población dedique al insigne arquitecto un monumento digno de la gran fama de este creador preclarísimo. El sitio apropiado para la estatua sería la avenida de Andalucía, una de sus concepciones.

Huelva, que tantas veces ha vivido lejos de las glorias que le son propias, necesita actuar rápido y briosamente para que esas glorias sean veneradas. Por eso, invitamos a todos los onubenses para que hagan de este intento una nueva manera de reivindicación.

Que así sea.



Una deuda pendiente

JOSÉ PABLO VÁZQUEZ HIERRO

Decano Presidente del Colegio de Arquitectos de Huelva

Huelva Información, 13 de octubre de 2002

Cuando apenas iniciaba mi carrera profesional como arquitecto, tuve el enorme privilegio de conocer en persona a Alejandro Herrero. Le recuerdo como una persona especialmente educada, que demostraba en todo momento una sensibilidad especial por la arquitectura. Residía en Madrid apurando los últimos años de su vida y decidí ir a verle para consultarle una actuación que debía desarrollar en un espacio que él conocía perfectamente gracias a la labor profesional que había desarrollado en Huelva.

Me asustaba la idea de debatir con él este proyecto teniendo en cuenta que era toda una figura y un símbolo para los arquitectos que entonces empezábamos. Pero la experiencia no pudo ser más enriquecedora porque comprobé su gran sentido de la ciudad y su gran afán por el desarrollo de Huelva. No en vano fue, ante todo un gran urbanista. Un arquitecto que nos legó importantes edificios y obras arquitectónicas, pero su principal aportación para la ciudad de Huelva fue la redacción del Plan General de Ordenación Urbana de 1964, que sentó las bases de todos los planeamientos posteriores, incluido el último PGOU de 1999, que mantiene el mismo modelo básico. De hecho, en aquellos años Alejandro Herrero ya adivinó que el principal acceso a Huelva debía realizarse a través de lo que hoy es la Avenida de Andalucía, ya que articuló todo el territorio urbano residencial gracias a la recuperación del antiguo acceso a Huelva a través de la calle San Sebastián.

Este plan también posibilitó la implantación de la industria química. Pero fue una imposición política, ya que Alejandro Herrero se mantuvo en todo momento contrario a la ubicación de estas industrias en los terrenos de la Punta del Sebo, al considerar que se destinaba demasiado espacio y la peligrosidad que entrañaba esta actuación.

En cuanto a sus edificios, hay que destacar su visión social de la Arquitectura, algo que materializó con su participación, entre otras, en las viviendas sociales de las barriadas de Huerta de Mena y La Esperanza. Hay que destacar también, como una de sus obras más conocidas, la gasolinera de la avenida Federico Molina.

Alejandro Herrero merece ser reconocido por las nuevas generaciones como una figura clave para Huelva, ya que fue capaz de impregnar un discurso moderno en la ciudad de los 60.

Huelva aún le tiene una deuda pendiente.



Como perdidas entre las encinas

M. VALLELANO

Carta al Director, *Huelva Información*, 20 de octubre de 2002

El domingo día 13 se publicó en este periódico un amplio reportaje de Eduardo J. Sagrañes, con el título “Alejandro Herrero, el gran urbanista” en el que se dan a conocer sus actuaciones en Huelva capital y en pueblos de su provincia. [...]

Quisiera resaltar un aspecto de pionerismo en ecología de Don Alejandro. Era por la primera mitad de la década de los años 50. En Puebla de Guzmán, y más concretamente en mi barriada de

Mina Herrerías, donde diseñó un poblado andaluz precioso en el que las viviendas están como perdidas entre las encinas. [...]

En la primera mitad de los años cincuenta decidió la Administración construir 150 viviendas para los mineros, a fin de dignificar el hábitat minero, ya que hasta entonces vivíamos en los llamados “cuarteles”, que luego fueron derruidos. La empresa minera, en la que yo trabajaba, donó una pequeña finca al Instituto Nacional de la Vivienda y Don Alejandro, autor del proyecto, se desplazó para conocer in situ el terreno.

Entonces le conocí. Era un hombre de una gran humanidad, amable y tratando de agradar en todo momento. A pesar de mi juventud, Don Alejandro siempre me hablaba de usted. Me encargó que le confeccionase el plano topográfico de la finca con sus curvas de nivel y me hizo una petición: “quiero que me sitúe todos y cada uno de los árboles existentes y que indique su variedad”. Predominaban las encinas ya que era una zona adhesionada.

Hizo una preciosa barriada de estilo andaluz, con la plaza de la iglesia porticada, que es una maravilla, pero no conformando calles, sino todo muy movido y expansivo en bloques horizontales, con esquinas, ángulos y quebradas, con un objetivo cumplido de no sacrificar ningún árbol. En los patios se alojaban bastantes encinas y algunas las compartían dos, la pared medianera respetaba la *perná* y allí nadie cortó una sola rama de encina.

Cuando la palabra “ecologista” aún no estaba acuñada, el comportamiento de Don Alejandro, respetando toda la arboleda, nos dio un ejemplo de ecologismo y puede decirse que fue un pionero en la conservación de la naturaleza, tema que hoy tanto nos preocupa. A pesar de los árboles existentes, hizo un tratamiento de jar-

dinería aumentando con aromos, acacias y sauces la belleza de la singular barriada minera.



Lo que Huelva le debe a Alejandro Herrero

FRANCISCO JAVIER VALLEJO, arquitecto

Odiel Información, 9 de mayo de 2011

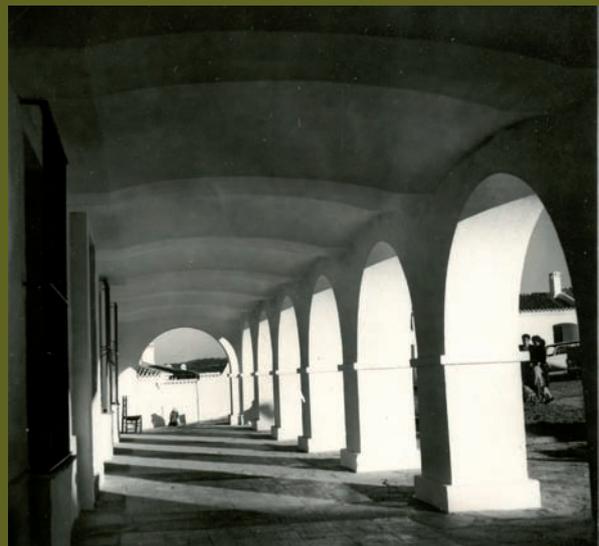
La trayectoria profesional de Alejandro Herrero (Madrid 1911-1977) se desarrolló en Huelva como arquitecto municipal, puesto que desempeñó desde 1940 hasta 1970. Su trabajo constituyó una personal e importante labor de investigación tanto en la Arquitectura como –sobre todo– en el Urbanismo y fue muy reconocida en el panorama español de la posguerra. Sus estudios y obras sobre la vivienda social, –unifamiliar y en bloque– han dejado en Huelva capital y en la provincia muchos y variados ejemplos en los que se refleja su inquietud en la creación de tipologías adaptadas a los diferentes usuarios e integrar el conjunto de viviendas en la trama urbana de la ciudad. Consiguió, además, la creación de espacios comunales a escala humana, donde la vegetación, el mobiliario urbano y el color adquirirían un significado propio. Pero su contribución más importante a nuestra ciudad fue la redacción del Plan General de Ordenación Urbana de Huelva de 1964, del que desarrolló diversas barriadas y que sirvió de base para los posteriores desarrollos urbanísticos de la capital, cuyo eje principal constituye hoy en día la Avenida de Andalucía. Fue, en definitiva, un visionario que diseñó lo que sería la Huelva del futuro, que hoy habitamos.

PROYECTO DE ALDEA EN LA MINA "LAS HERRERIAS." - PLANO DE CONJUNTO

1/1.000



Mina Las Herreras, Puebla de Guzmán (1952)



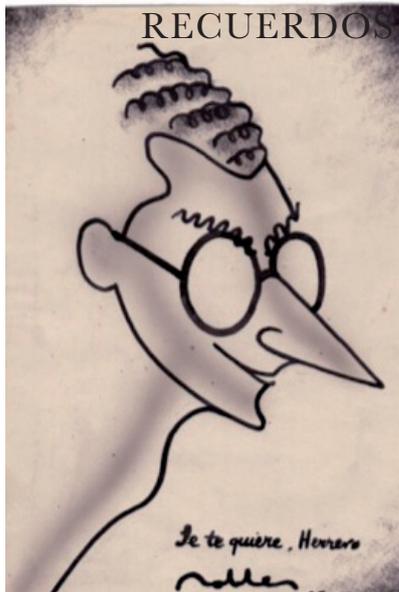
*Secundaria
Punta
Punta*

Foto. Rodri
Comercial CIPA GRAFICA
Reduccion Ordinal de "ODIEL"
Cacerías, 6 - Teléfono 2594 - 3105
HUELVA

V. Alfaro Alonso



RECUERDOS DE COMPAÑEROS ARQUITECTOS E INGENIEROS



“Se te quiere, Herrero”

EDUARDO ROBLES PIQUER

Con esta dedicatoria firma su compañero de promoción, Eduardo Robles Piquer, una de las caricaturas que le hizo, en 1935. Algo tenía, ya desde joven, que promovía el aprecio de los demás.



Vientos foreños para Alejandro Herrero

ALFONSO ARAMBURU TERRADES

Los onubenses en general, es decir, la mayoría, desconocen la figura histórica de Alejandro Herrero, el cual resolvió, gracias a su visionario urbanismo, los problemas de Huelva en todos los aspectos relacionados con calles, alineaciones, alturas, densidad de población, zonas verdes, etcétera y un sin fin de factores que diseñaron la ciudad que ahora disfrutamos.

Este artículo lo escribo como homenaje en el centenario de su nacimiento, en Diciembre de 1911 en Madrid, pero aterrizó en Huelva en 1940 por deseo del Alcalde González Barba que buscó un buen Arquitecto que supiera desarrollar la Huelva del futuro, corrigiendo los factores de aquél entonces y proyectando su evolución para que el año 2.000 soportara los habitantes que ahora tiene nuestra Huelva.

De esta forma se puso ante un plano de Huelva de 1940 y empezó a visionar la Huelva de los 2.000, dibujando calles, plazas, avenidas, rotondas, barriadas, alineaciones, alturas, zonas verdes y un sinfín de datos y factores que componen el urbanismo de la ciudad. En junio de 1964 el Alcalde Manuel López Rebollo aprobó definitivamente el Plan General de Ordenación Urbana suscrito por éste insigne Arquitecto y que hoy sigue vigente porque nada nuevo ha podido aportarse, ya que puso la base del desarrollo, de



forma tan pensada y esmerada que cincuenta años después no ha podido ni corregirse ni aportarse nada nuevo.

Poca gente sabe que Alejandro Herrero trazó la Avenida de Andalucía, con sus cien metros de ancho y sus correspondientes rotondas. Ubicó la nueva estación de ferrocarril detrás del Hotel Luz, donde ahora se construye. Trazó la H-30 para circular rodeando Huelva, dibujó la rotonda de La Orden para que desde allí se abriera un puente hacia la Costa. Reservó el espacio para el nuevo barrio de Pescadería, el actual Ensanche Sur. Proyectó la Gran Vía con sus soportales, Pablo Rada, el edificio del Ayuntamiento que el mismo pudo inaugurar y un sinfín de detalles que ahora vivimos y disfrutamos.

También adivinó y calculó que Huelva tendría en el año 2000, ciento cuarenta mil habitantes, por lo que el diseño de ciudad aprobado en 1964 estaba concebido justo para los habitantes que ahora tenemos. Si los actuales dirigentes, empresarios, comerciantes, etcétera, tuvieran algo de imaginación futurista Huelva contaría con todas las dotaciones necesarias que complementarían el urbanismo de Alejandro Herrero, pero nadie ha movido un dedo y nadie ha aportado nada nuevo y diferente a lo que proyectó este Arquitecto.

Yo tuve la suerte de trabajar a sus órdenes como Arquitecto municipal en la época del Alcalde Federico Molina y aprendí de él infinidad de cosas, tanto profesionales como humanas. El primer día me sentó en su despacho y me dijo: “en tu nuevo cargo vas a recibir estas Navidades unas botellas o un jamón, pero no se te ocurra aceptar regalos, porque el año que viene te traerán un ‘maletín’...”, y así fue, no lo acepté y gracias a ello fui una persona libre y honesta. ¡Gracias Alejandro!



Alejandro Herrero en la COPLACO

FÉLIX ARIAS GOYTRE

Recuerdo a Alejandro Herrero en su paso por la Comisión de Planeamiento y Coordinación del Área Metropolitana de Madrid, la COPLACO, en los años 1973-74. No sé cuando se incorporó exactamente, aunque creo que fue en 1972 como arquitecto de la Gerencia de Urbanización, plaza que había obtenido por concurso libre, avalado por su buen y reconocido trabajo como arquitecto y urbanista durante una treintena años en el Ayuntamiento de Huelva.

Alejandro llegó a la COPLACO en un momento de convulsión del urbanismo, y le colocaron directamente en el vórtice: la evaluación y selección de propuestas en el primer, y único, concurso de urbanismo concertado, convocado en noviembre de 1972 y resuelto en agosto de 1974.

Con el inicio del año 1972 se puso en marcha, en el Ministerio de Vivienda, una nueva concepción de desarrollo urbanístico, el sistema concesional a promotores privados. Se hizo con dos líneas de actuación en paralelo. Por un lado mediante la instrucción a las ponencias que iniciaban la redacción de la reforma de la Ley del suelo, que culminó en 1975, dando lugar a la inclusión en el sistema legal del suelo urbanizable y los Programas de Actuación Urbanística (PAU). Por otro mediante la habilitación para desarrollar actuaciones de urbanismo concertado, recalificando suelo que no era de reserva urbana, que se incluyó en el artículo 22 de la Ley del III Plan de Desarrollo.

El Concurso permitía que se presentaran propuestas de actuación sobre terrenos como mínimo de 250 hectáreas para unas 6.000 viviendas, y con un máximo de 40.000 viviendas con no menos de

400 m² de terreno por vivienda. Las propuestas debían presentar un avance de plan, justificar la idoneidad de los terrenos y las infraestructuras de conexión y abastecimiento, plan de etapas, cesiones, etcétera, y la administración se comprometía a calificar de urbanizables los terrenos de las que resultaran elegidas. En total se podían seleccionar actuaciones para 120.000 viviendas, repartidas en tres grandes zonas del área metropolitana funcional de Madrid.

Para evaluar e informar las 18 propuestas que se presentaron en marzo de 1973, para 18.000 hectáreas y 350.000 viviendas, Alejandro contó con un equipo formado por dos jóvenes, excelentes ingenieros, del organismo: Miguel Durbán y José Rumeu.

De esta forma Alejandro, con su trayectoria de buen hacer en el planeamiento general, se encontró teniendo que evaluar actuaciones al margen del planeamiento vigente, para ver su idoneidad, su impacto en el territorio, en las ciudades del entorno y en las infraestructuras, así como establecer condiciones de planeamiento e infraestructuras externas, en los casos que se consideraran aceptables para el desarrollo metropolitano. Un trabajo arduo y novedoso, que además estaba siendo escrutado minuciosamente tanto por los defensores de un sistema desregulado de actuación, como por los que apoyábamos un sistema de planeamiento en el que los poderes públicos tuvieran la capacidad adecuada de estructurar el territorio, en este caso por medio de planes metropolitanos de estructura y planes municipales de desarrollo.

Tengo que decir que el trabajo de Alejandro y su equipo fue bueno y equilibrado, a pesar de la novedad que suponía el tipo de informes a elaborar, y del reto que significaba valorar actuaciones en las que había grandes intereses implicados de terratenientes y promotores.

En una primera fase sus informes desecharon diez de las actuaciones presentadas y dieron directrices, recabando nuevos documentos de desarrollo de las propuestas, a otras ocho. Después evaluaron estas y decidió informar favorablemente tan solo dos propuestas: Villaespacio de Pinto y Ciudad 2000 de Meco, proponiendo dejar desiertas dos de las tres zonas que se habían sometido a concurso. La resolución del mismo, aceptando el informe técnico, se produjo en enero de 1975. Dos años de trabajo novedoso y de gran corrección.

Aunque no tengo constancia de ello, estoy convencido de que tuvo que tener fuertes presiones en algún caso, pero lo que es evidente es que no tuvieron efecto sobre los criterios del trabajo técnico como se podía comprobar analizando los informes que realizó. Supongo las presiones, porque conozco de primera mano la situación política del momento y porque posteriormente he tenido que hacer ese tipo de trabajo y sé cómo se mueven los intereses inmobiliarios. Sé que el trabajo era impecable porque en febrero de 1975, cuando se iban a elaborar los informes finales de selección de las propuestas, escribí un artículo detallado sobre las mismas que se titulaba “Urbanicidio concertado” publicado en la revista Doblón y que tuve

¹ Al pasar estas notas a Miguel y Pepe, me han pedido que incluyera el siguiente comentario: “Le conocimos en su nombramiento y, aunque no éramos tan jóvenes ni tan excelentes como dice Félix, nos impresionó su categoría humana. Trabajamos intensa, pero discretamente, en un pequeño despacho (con mínimos medios y ¡Cerrados con llave! En las reuniones con los entonces gurús del urbanismo madrileño, jamás Alejandro se apuntó los temas “ingenieriles”. Siempre cedía la palabra a nosotros “sus ingenieros”, como nos denominaba. Y ¡Claro que recibí presiones! Pero jamás le escuchamos ningún comentario indiscreto, maledicente o dudoso sobre las diversas e importantes propuestas que analizamos (¡Alguna incluso apuntaba la nula rentabilidad de su posible proceso urbanizador y edificador!). Y consiguió que no saliese nada de aquél disparate urbanístico, sin un solo aspaviento. Era un caballero”.

que firmar con seudónimo porque trabajaba en COPLACO, era de CCOO y estaba expedientado. En aquellos momentos, finales del franquismo, no era fácil la crítica.

Nunca hablé del concurso ni de los informes con Alejandro. Era un hombre íntegro y prudente que realizó su trabajo, que le habían exigido que fuera confidencial. De hecho la información para el artículo no la obtuve ni de él, ni de su equipo.

Sin embargo, en la relación personal en esos años, comprobé que era un hombre honesto, de buen hacer, con conocimiento y gran sentido común, metódico y que colaboró muy bien, en equipo, con los técnicos que le asignaron para el trabajo. Tanto Pepe como Miguel estaban contentos de trabajar con él¹.

Y aunque nunca hablamos del concurso, comprobé al conversar con él sobre urbanismo, que coincidíamos en la defensa de las políticas públicas y de la importancia de los criterios de ordenación y la necesidad del planeamiento urbanístico, aunque hubiera que adaptarlo a nuevos tiempos. Con su prudencia y sensatez, a veces lo decía todo tan solo con su actitud afable y su sonrisa.



En la habitación contigua

FERNANDO CARRASCAL CALLE

De aquellos veranos de finales de los años cincuenta en la casa de Alejandro Herrero, conservo un recuerdo borroso, los veo como a través de una catarata. Al hablar de ellos siempre digo que a los nueve años recibí clases de pintura en esa casa del Paseo de los Naranjos en Huelva. Ahora, cuando rememoro ese tiempo, pienso que

debe haber un error de fechas por mi parte. Con esa edad padecí una septicemia que casi acaba conmigo. Es pues improbable que fueran coincidentes la enfermedad y las clases en el mismo año. Puede que tuviera yo un año más.

Yo llegaba a las nueve de la mañana, la hora concertada, o tal vez era demasiado pronto para horarios veraniegos –siempre Magú y Alé seguían acostados y dormidos–. Me abrían la puerta de la casa y comenzaba la aventura que duraría toda la mañana. Me invitaban a pasar al dormitorio compartido por los dos hermanos y charlábamos sentados en las camas. En mi casa éramos tres hermanos varones, y hasta entonces, la relación con una hermana la sentía lejana. Aquella forma de convivir de los dos hermanos fue para mí siempre síntoma de madurez en la educación de una familia –sobre todo en aquellos años de cerrazón–, una familia abierta y avanzada. Años después, cuando José María Fernández de la Puente, mi socio del estudio, tuvo hijos (un niño y una niña también) vi como se repetía la historia de un mismo dormitorio para ambos. Inconscientemente siempre igualé a las dos familias por la cercanía, la poca estridencia, y, sobre todo, porque hacían normal lo que es normal.

Convertido en despertador amistoso, recibía la recompensa. Mariagus, madre de Magú y Alé, y mujer de Alejandro Herrero, nos sentaba a los niños a la mesa y estrenaba cada mañana un bizcocho delicioso. Tenía forma de prisma, apoyado sobre la cara mayor, y de unos treinta centímetros de longitud. Mariagus iniciaba el rito. Una espátula triangular para tartas, de vértice romo, creo recordarla dorada, seccionaba en parecidos trozos para cada uno de los niños. En aquel dulce prisma acostado he querido ver posterior-

mente los rascacielos horizontales (como llamaban los rusos a sus edificios alargados y de poca altura en contraposición a los rascacielos americanos). Años después han sido varios los prismas que hemos proyectado desde nuestro estudio profesional. Edificios estrechos, esbeltos y alargados que han pretendido dar un punto de nitidez en los entornos donde se han situado. Desconozco si la influencia pudo venir de aquellos bizcochos. Tal vez Marcel Proust pueda decirnos algo más sobre esto.

Pasábamos después a las clases: Magú, Alé, Curro Vallejo (hoy también arquitecto) y yo. Conservo de entonces *Las Barcas* de Van Gogh, la *Mujer con Cafetera* de Cézanne y algunos cuadros más pintados al óleo en pequeños lienzos. José María Franco, nuestro profesor de sonrisa generosa, lograba con sus finos trazos negros limitar y corregir nuestras figuras copiadas de un librito existente en la casa de Alejandro Herrero.

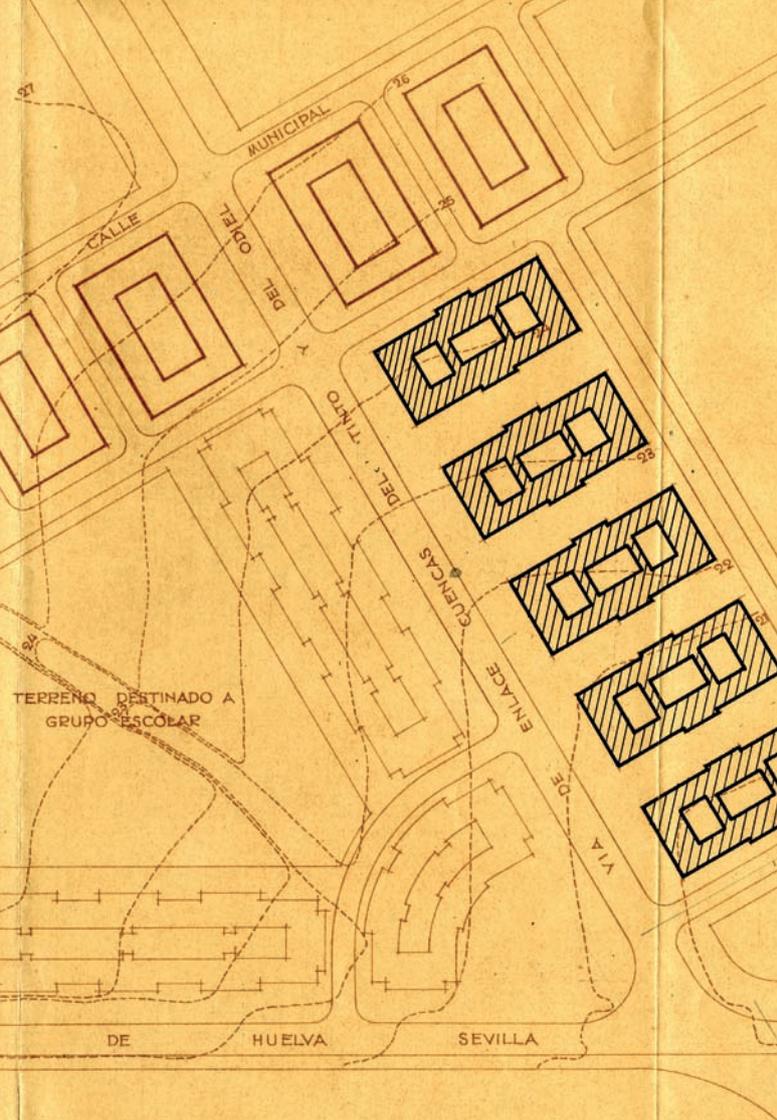
Siempre me he preguntado qué pudieron ver mis padres en mí para enviarme a esas clases de pintura y no a mis hermanos. En mi familia me nombraron, o creyeron ver en mí, “el artista”. Pero indudablemente se equivocaron. Años después, y no pudieron conocerlo mis padres, mi hermano menor, Antonio, se convirtió en pintor: en un buen pintor.

Después de las clases íbamos al club náutico de Huelva. Edificio y muelle sobre palafitos, y bajamares fangosas. En el centro de la ría una balsa de hormigón flotando sobre bidones de chapa estaba anclada al fondo. Las niñas, Nené y Magú, corrían una y otra vez sobre su superficie y en el borde saltaban dando una vuelta de campana, y caían con las rodillas unidas y las manos abrazándolas, las dos al mismo tiempo, y con compenetración exacta, rozando con

sus largas cabelleras el borde de la balsa, haciéndonos encoger el corazón a los demás niños por el peligro. Con los años desaparecieron el club náutico y la balsa, y a las gimnastas nunca les pasó nada. Como arquitecta que después sería, Magú tenía bien calculada la distancia. Al acabar el baño, nos vestíamos en las casetas familiares donde siempre había una botellita con gasolina y estropajo para quitarnos los pegotes de grasa de los barcos, que flotaban en la ría y ensuciaban los fangos. Algo impensable hoy en las zonas de baño, pero habitual entonces. Seguramente durante todo ese tiempo de juegos de los niños, continuaría trabajando Alejandro Herrero en la habitación contigua.

Durante aquellos veranos desconocía qué hacía aquel hombre amable en la habitación contigua. Mientras tomábamos el bizcocho a veces se acercaba en un momento de su descanso. Me parece recordar, verlo pasar con un rollo de papel, o es solo una intención actual de poder sentirme más cerca de él, y que incluso alguna vez nos abría uno de esos rollos para enseñarnos un plano, o es que tal vez Alejandro Herrero nos invitaba a entrar en la habitación contigua y allí estaban los planos estirados sobre la mesa. Siento un cierto pesar de no haber sabido ver entonces sus planos, pero yo era solo un niño. Tal vez me hubiera resultado todo más fácil en mi profesión si hubiera tenido entonces capacidad de entenderlo. Porque él haría todo lo posible por enseñar y explicar su arquitectura. Además de amable era un hombre sereno, silencioso, sonriente, educado, sin atisbo de engreimiento. Todos los apelativos que habrían hecho posible la conexión con él.

Posiblemente estarían sobre su mesa –su estudio itinerante– los planos del grupo de viviendas de la Huerta de Mena en Huelva,



que por esas fechas estaba en ejecución (su parte se construye entre 1953-1959, su tipología y ordenación han sido cuidadosamente estudiadas por arquitectos de generaciones posteriores para nuevas ordenaciones), con testeros alternados, con rejas romboidales en las ventanas que algunas casas unifamiliares de Punta Umbría tomaron como modelo; por teléfono hablaría con Juan Miguel Rodríguez Cordero, Francisco Sedano, Ricardo Anadón y Francisco Riestra, sobre temas relacionados con estas viviendas, cuyas fases ya habían sido ejecutadas por ellos; estaría resolviendo con exactitud detalles constructivos de algún proyecto (como hiciera en su día durante la obra del Ayuntamiento de Huelva); habría algún plano abierto de las viviendas sociales de las Tres Ventanas en Huelva y hablaría por teléfono sobre ellas con José María Morales Lupiañez; puede que estuviera realizando el Plan Inicial de Punta Umbría donde después construiría la vivienda para la familia Barba-Quintero, para quién años antes había proyectado su casa en el Paseo de los Naranjos en Huelva, donde estudié durante tantos años con su hijo Chacho Barba —único arquitecto que vivió en dos casas proyectadas por Alejandro Herrero y ausente en este homenaje que tan ilusionado estaba por haber sido invitado a participar— mientras me enseñaba a saber oír música clásica; ya estaba construida la gasolinera “Cabo Cañaverál”, que lograba sorprender al niño de entonces por sus grandes y esbeltas alas ancladas al suelo para impedir que salieran volando, cada vez que mi padre llenaba de combustible el coche, y que, con seguridad, es la mejor obra de arquitectura de Huelva.

Me llamó Alé en estos días de organización del homenaje a su padre para decirme que en la estantería de su casa de Bruselas, en la letra C, había aparecido un libro, y que el nombre del autor



Un emocionado recuerdo de Alejandro Herrero

CARLOS HERMOSO SÁNCHEZ

Qué alegría he sentido cuando he sabido del homenaje que sus hijos, Magú y Alé, proyectan para su padre, el inolvidable arquitecto Alejandro Herrero. Es de justicia. Una persona de su categoría profesional y humana, no se merece menos. Alejandro Herrero tiene que sentirse orgullósísimo de sus hijos por haber tenido la iniciativa de este homenaje. Sembró, y está recogiendo cosecha. Con ellos, con sus hijos, he recordado que iba a veces –cuando la urgencia de la cosa así lo requería–, a trabajar con él en el estudio que tenía en su casa; me recordaron que yo iba en una Vespa, cargado de planos, como se iba entonces, sin casco, sin gafas... A veces se me mojaban los planos cuando llovía un poco, porque aún no había en Huelva esos tubos tan prácticos que hay hoy para llevarlos.

En estos breves apuntes, intentaré recopilar y ordenar los recuerdos que ahora me brotan a borbotones en la memoria.

Tuve la inmensa suerte de entrar a trabajar en el Ayuntamiento de Huelva en octubre de 1969 y compartir despacho y trabajos con Alejandro Herrero, hasta que se trasladó a Madrid, que debió ser allá por 1972, creo, y posteriormente, compartiendo con él las direcciones de las obras que hizo en la provincia. Estar con Alejandro día a día y codo a codo me permitió conocer más a fondo, sus criterios, sus opiniones, de todo un poco. Además de trabajar juntos en los mismos proyectos de urbanismo, veía y escuchaba algunas de sus visitas y entrevistas y al salir de ellas comentábamos las impresiones.

Fue un maestro en arquitectura, urbanismo y humanidad. Inteligente y preparadísimo, combinaba su capacidad con una humil-

dad franciscana. Era respetuoso con las opiniones de los demás hasta extremos heroicos, pero siempre se mantenía firme en sus criterios. Honesto y honrado donde los haya, teniendo múltiples posibilidades, renunciaba a todo y me consta que vivió con una austeridad que posiblemente compartió también con su mujer y los suyos. Espíritu de sacrificio en las cosas pequeñas de cada día y supongo también que en las grandes.

Todo el mundo a las 11 se tomaba un café que traían del bar a su despacho; si podía se lo tomaba, y si no, se le quedaba en la mesa mientras él seguía enfrascado en su trabajo, hasta que se daba cuenta y se lo tomaba, aunque estuviera ya helado y fueran las dos de la tarde.

Arquitecto meticuloso y exhaustivo, generoso en su tiempo con los demás y urbanista visionario, a quién seguro que el retiro de Huelva le privó de haber llegado mucho más lejos en su actividad. Me vienen a la memoria miles de anécdotas que avalan estas opiniones.

Sin ir más lejos, los actuales Planes Generales de Ordenación Urbana de Huelva, se basan en sus criterios fundamentales, en lo que él, hace más de 50 años, concibió, de tal modo, que si no hubiera sentado los ejes del desarrollo de Huelva, muchas de las propuestas actuales no habrían sido factibles. Los trazados viarios principales, los puentes a Punta Umbría, etcétera, están basados en sus propuestas, cuando el horizonte –dada las limitaciones de aquellos años 50-60 del siglo pasado–, no llegaba a ver más allá de las narices.

Participó con el famoso urbanista Pedro Bidagor Lasarte², al que le unía una gran amistad y aprecio mutuo, en la magna tarea, que

² Pedro Bidagor fue el redactor del primer plan general de ordenación urbana de Madrid, que prolongó el Paseo de la Castellana y que sirvió de modelo a la Ley del Suelo de 1956. Presidió mucho años la dirección general de urbanismo del Ministerio de la Vivienda.

nunca se terminó, de redactar el Plan Nacional de Urbanismo que preveía la Ley del Suelo de 1956.

En una ocasión, con motivo de un viaje a Madrid, aproveché la ocasión para pasarme por el departamento de publicaciones del Ministerio de la Vivienda, ya que ante la ausencia de normativas y recomendaciones, en muchos ámbitos de la arquitectura y el urbanismo, las publicaciones, aunque solamente fueran con carácter orientativo, nos proporcionaba una fuente valiosa de criterios a aplicar. Tuve suerte y encontré un librito muy interesante, *Estándares de Urbanización* o algo así se llamaba y analizaba y fijaba criterios de densidades, dotaciones y servicios para planeamiento de desarrollo (planes de extensión se denominaban en aquella ley). De vuelta aproveché las largas horas de tren para ir leyendo y al día siguiente, en cuanto llegué al despacho, le comenté con ilusión a Alejandro, todas las cosas interesantes que aquel librito aportaba. Me oyó con paciencia todo lo que quise contarle y al acabar me dijo, sin levantar la voz y casi susurrando: “sí, lo conozco bien, he colaborado en él”. Sin salir de la sorpresa, me fui a las últimas páginas, a las que aún no había llegado y efectivamente entre los redactores estaba Alejandro Herrero. Como digo, jamás se jactaba, ni presumía de nada. Me escuchó con paciencia y atención, sin cortarme ni interrumpirme. ¡Gran lección de humildad!

La foto en la que estoy con él alrededor de, literalmente, un cerro de papeles, con un plano de Huelva al fondo, da un testimonio que guardo como oro en paño de la etapa en la que me tenía “adoptado”. La sacó Fernando García de Soto, sin que nos diéramos cuenta, pues en los primeros días de mi trabajo en el Ayuntamiento compartíamos hasta mesa. Después el mismo Alejandro limpió un



tablero que estaba al lado y allí me ubiqué. Era un hombre generoso en todo, todo.

Algunas de sus obras, hechas con una innegable carencia de medios humanos y materiales, son emblemáticas y destaca lo metódico y concienzudo de su trabajo, antes de dar el visto bueno. La famosa gasolinera frente a El Corte Inglés, para la que, antes de trazar las rasantes y ordenar el movimiento de tierras, mandó hacer unos caminitos para ir estudiando la rasante definitiva... La barriada Federico Mayo de Ayamonte, auténtica delicia visual, con un juego de los espacios públicos que daba a esa barriada modestísima una riqueza que no se alcanza habitualmente en complejos urbanísticos de más categoría.

Su minuciosidad y dedicación al trabajo se demostraban en múltiples detalles. Leer las memorias de sus proyectos era enriquecerse en todos los ámbitos. Solía empezar por alguna poesía alusiva al tema, que buscaba, escogía y justificaba, completando sus determinaciones con referencias diversas, acertadísimas. El arte en general no le era ajeno y tan pronto traía a la memoria un famoso cuadro como una faena de mérito de algún torero del momento.

Obras que no vieron la luz, como “El lugar de las horas felices”, eslogan que ideó Alejandro para La Antilla y que se utilizó durante muchos años..., aquel fue un proyecto que dejaron colgado sin pagar nada después de años de trabajo y que detallaba con minuciosidad cada tipo de vivienda, de gran nivel en todos los órdenes. Tal era su afán perfeccionista, que me comentaban los delineantes que le trabajaban, Jaramillo, Rofa o Barona, que los vegetales donde se dibujaban, de raspar una y otra vez, acababan desapareciendo, pero Alejandro, hasta que no estaba convencido, no se conformaba. Tuvo gracia, cuando yo animaba a Alejandro, diciéndole que se podría cobrar aquel proyecto de La Antilla, pues era una zona de futuro y tarde o temprano el promotor se echaría adelante y necesitaría los proyectos. Él me decía que había perdido las esperanzas en que este hombre apareciera. Le pregunte por qué y me sentenció: “Hace un mes me crucé con él por Madrid. Iba disfrazado de cura”.

Tenía un exhaustivo método de trabajo. Cuando se planteaba cualquier proyecto, quería que se vieran todas las alternativas. Yo veía algunas inviables y esas no las estudiaba. Alejandro sí lo hacía y me demostró que hasta de las que no tienen salida útil aparecen cuestiones aprovechables y, efectivamente, así era. El tiempo no fue un límite nunca para Alejandro. Era raro el día que se iba de su despacho antes de las 3,30 a comer.

Lógicamente, le agobiaba que le pusieran plazo a su trabajo, lo que le llevaba a renunciar a coger encargos particulares, si no le permitían trabajar a gusto. De las pocas cosas que a Alejandro le alteraban era el hacer algo contra reloj. Huía de informar licencias, no quería que lo hiciera ni yo, pues habitualmente aparecía alguien a meter prisa, cosa lógica por otra parte, pero que interrumpía el

trabajo que a él le encomendaban, que era desarrollar el planeamiento, a lo que le gustaba dedicar horas y horas.

Con motivo de una visita de Franco a Huelva, le encargaron al departamento que se rotularan en unas tarjetas los nombres de las autoridades para colocarlos en la mesa para el almuerzo, que sería en el patio del Ayuntamiento. Alejandro con Barona, hizo algunas pruebas, con un tipo de letra, con otro. Hay que recordar que no había máquina para nada y todo era artesanía. Total, que hasta que quedó satisfecho se hizo tarde y Barona se quedó a escribir la lista que le habían facilitado. Llegada la hora fijada, se desalojó el Ayuntamiento, para que se pudieran hacer los preparativos ante la inminente visita. Registró el edificio la guardia de Franco y no repararon en Barona que estaba sumido en su trabajo en un despacho de la última planta. Cuando bajó al patio donde estaban montadas las mesas y lo vieron aparecer, la policía no daba crédito a su palabra. Lo retuvieron hasta que se pudo contrastar quién era y qué hacía.

La generosidad de Alejandro se palpaba en toda su actividad. En una ocasión, la empresa donde trabajaba un familiar mío, había comprado un solar que quería que estudiara. Al consultar con Alejandro, me comentó que él había hecho un estudio ya del solar, de un gran interés, que me ofreció. Ante esto propuse a la empresa, que aceptó, compartir el trabajo con Alejandro, pero éste se negó en redondo a participar, aunque me ofreció su valiosísimo trabajo para que lo utilizara, pero sin nada, absolutamente nada a cambio.

¿Alguna vez se preguntaron cómo tan gran arquitecto y con tantas posibilidades estaba aquí en Huelva? Cuentan que D. Joaquín González Barba, el gran alcalde de Huelva con visión de futuro, creía fundamental ordenar la ciudad y gestionar este empeño como una

gran empresa y para eso era primordial fichar a un buen arquitecto. Dicho y hecho, se presentó en Madrid pidiendo referencias para traer a Huelva al mejor urbanista del momento. Amigos suyos apuntaron el nombre de Alejandro Herrero. Joaquín, hombre de mundo, empresario de éxito, debía de tener dotes de convicción, pues al poco tiempo Alejandro estaba en Huelva. No venía como arquitecto municipal³, sino para ordenar la ciudad. Aún no había salido la primera Ley del Suelo, o sea no existía la figura del Plan General de Ordenación Urbana. En su despacho del Ayuntamiento, el rótulo que tenía decía: “Arquitecto para trabajos especiales”. Aquel encargo puntual se convirtió en una vida al servicio del Ayuntamiento.

También dedicó su tiempo a la provincia a través de su trabajo en la Delegación y Comisión Provincial de la Vivienda de Huelva. Fruto de esos años fue su curiosísima normativa reguladora de la actividad edificatoria para los pueblos, ilustrada con dibujos propios, normativa de carácter general, que dio algo de luz, donde no había regulación alguna, salvo alguna ley de medidas higiénicas.

Su respeto por las ideas de los demás era elocuente. No era crítico con ninguna persona y a todos recibía y escuchaba con atención y paciencia. En una ocasión, a la mecanógrafa que tenía en el departamento, Loli, que en aquel momento debía ya de andar por los cincuenta años y era de cierta envergadura física, le dieron los delineantes una broma, haciéndole creer que se iba a uniformar todo el personal de obras e incluso le enseñaron cual iba a ser su uniforme,

³ El arquitecto municipal era D. Ricardo Anadón Frutos, premio nacional de arquitectura, pero que curiosamente llegó a Huelva por otra de sus profesiones, ingeniero geógrafo.

⁴ Por aquella época llevaban uniforme los taxistas, los conductores, muchos gremios, por lo que era más creíble la propuesta.

con aire militar, tocado con gorra de visera y todo en color azul. No debió de imaginarse agraciada con aquel modelo y se negó en redondo a aceptar semejante imposición⁴. Para hacer más fuerza, le dijeron que era orden de D. Alejandro. Hecha una furia, se presentó ante él y de forma atropellada fue diciendo todo lo que le parecía el uniforme y quien lo había diseñado. Alejandro, que no tenía ni idea del asunto, la escuchó atentamente, la serenó, la tranquilizó y pacientemente le fue explicando que seguramente sería una broma, que denotaba la confianza y buen humor que reinaba en la oficina. Todo sin dar una voz, sin alterarse y sin tener que tomar ninguna medida.

Procuraba eludir compromisos y no le gustaba figurar. Siempre quería pasar desapercibido y hacer gala de discreción. Siendo un hombre clave en la Huelva que hoy conocemos, no es reconocido por el gran público, salvo por la calle, que a su pesar, ya que se realizó en vida, lleva su nombre.

Sirvan estas letras de emocionado recuerdo, cargado de afecto.



Recuerdos sobre don Alejandro Herrero

LUIS MANZANO BARRERO

Cuando conocí a don Alejandro no podía imaginarme que algún día tendría el privilegio de trabajar con él. Era por los años cincuenta, cuando nos pasábamos el verano en el desaparecido Club Náutico, en el camino de la Punta del Sebo. Allí se refrescaban del calor veraniego su esposa y sus hijos, y allí acudía él tras salir de su trabajo a recogerlos, si no me falla la memoria, en un SEAT 1400, que entonces era un coche de prestigio. Desde mis ojos de muchacho, recuerdo,

era un hombre afable, con aire de sabio distraído; alguna vez hablé con él, y creo que a veces me trajo en el coche, con sus hijos.

Pasaron unos años y vinieron los estudios y mis primeros trabajos, fuera de Huelva, hasta que —casi por casualidad— comencé a trabajar en nuestra ciudad, en la Confederación del Guadiana, que se ocupaba de la construcción del abastecimiento de agua a la zona industrial. Fue entonces cuando me reencontré con don Alejandro, que como arquitecto municipal supervisaba los trazados de las conducciones, de casi dos metros de diámetro, que cruzando la ciudad habrían de transportar el agua al Polo de Desarrollo, y tuvimos algunas sesiones de trabajo para concretar las alineaciones previstas en el proyecto. Ni que decir tiene que por su parte fue todo amabilidad y comprensión, sin que planteara el más mínimo problema al respecto.

Algunos años después, cuando él ya había finalizado su etapa municipal, comencé a trabajar en el Ayuntamiento, al principio en la sección de Proyectos y Obras y al cabo de unos años, en Urbanismo. Fue entonces cuando conocí el Plan General de Ordenación Urbana que don Alejandro había redactado en 1964, y al que, todo hay que decirlo, el Ayuntamiento había hecho más bien poco caso, salvo en algunos sectores en los que el propio don Alejandro había desarrollado los Planes Parciales, y poco más.

Las construcciones se sucedían sin desarrollar la planificación, lo que provocaba la masificación de las barriadas, creándose unos hábitos de trabajo que sólo buscaban dar facilidades a la construcción, sin preocuparse excesivamente de la calidad de vida de los ciudadanos. Ante ello, viendo los problemas que este modo de proceder originaba, en 1974 la Corporación Municipal decidió convocar un concurso para la realización de los Planes Parciales pendientes.

Así las cosas, la promulgación de una Ley del Suelo en 1975 hizo aconsejable que en vez de desarrollar los Planes Parciales se acometiese la Revisión del Plan General de Ordenación Urbana para adaptarlo a la nueva Ley, que aunque fuera bastante mejorable, contenía avances sustanciales sobre la legislación hasta entonces vigente. La figura de revisión fue la elegida porque se reconocía que la estructura urbana definida por don Alejandro más de diez años antes era válida, necesitando ser adaptada a la Ley del 75 y completada con algunos detalles, para intentar remediar en lo posible las actuaciones acometidas al margen del Plan y tratar de evitar que se repitiesen otras similares. Tuve el honor de trabajar en el proceso de revisión y gracias a ello pude apreciar la calidad del trabajo efectuado por don Alejandro.

Ya no volví a verlo más. Creo que Huelva le debe un reconocimiento a su entrega a la ciudad, a su profesionalidad y a su honradez, que tantos disgustos le trajo. Y confío en que esta iniciativa sea secundada por quienes pueden hacer efectivo este reconocimiento.



Semblanza de un arquitecto cabal

JOSÉ RAMÓN MORENO GARCÍA

Alto, enteco, barba corta y entrecana. De mirada inteligente y bondadosa, circunspecto y atento, imponía un respeto especial. Al menos en Huelva, esa lejana provincia adonde fue a parar aquel joven arquitecto castellano que tuvo una madre maestra y un padre farmacéutico, republicano y masón que estuvo encarcelado por sus ideas.

Estudió arquitectura en la Escuela de Madrid; durante la carrera trabajó con Leopoldo Torres Balbás y realizó algunas obras entre las que cabe destacar el grupo de viviendas en San Leonardo (Soria), con Guillermo Cabrerizo, donde ya refleja el interés que siempre va a mantener por interpretar las constantes de la arquitectura popular.

Tras la Guerra Civil, terminó su carrera en 1940, el mismo año en que para poder optar a un trabajo estable tuvo la posibilidad de sustituir a un compañero en la plaza que le habían ofrecido en el Ayuntamiento de Huelva para encargarse de “obras especiales”. Entre otras, proyectar en 1941 una Cruz de los Caídos y en 1966 un monumento a José Antonio Primo de Rivera.

Llegó a Huelva con 29 años y regresó a Madrid cumplidos los 60. Toda una vida en esta ciudad pequeña y pobre que añoraba la etapa colonial cuando empresas británicas explotaban la cuenca minera y decidían en Madrid los destinos de la provincia.

A pesar de la situación de posguerra en todo el país, no hubo de ser fácil la adaptación a una población poco estructurada en lo social y en lo urbanístico. Durante todo el tiempo que pasó allí, Alejandro Herrero se concentró en su trabajo y en la relación con muy pocos amigos, casi todos de la profesión. Al final de su estancia en Huelva, estuvo muy atento a la llegada de jóvenes arquitectos, a los que solía atender con afecto y con especial interés en conocer sus primeros trabajos. La familia vivía de alquiler en la pequeña y acogedora casa del guarda de una antigua finca en el borde de la ciudad consolidada, que la dueña había parcelado tras urbanizar una sola calle en pendiente y con naranjos en las aceras. A uno y otro lado, apenas una veintena de residencias en las que se agrupaba buena parte de la burguesía onubense en los años cincuenta del pasado siglo.

Durante toda su vida se dedicó fundamental y ejemplarmente a lo público, al servicio de Regiones Devastadas en el inicio, o del Ministerio de la Vivienda después y siempre como arquitecto en el Ayuntamiento de Huelva, donde comenzó a trabajar de interino hasta ocupar, en 1966, la plaza de arquitecto jefe, cargo en el que permaneció poco tiempo, ya que en 1972 regresa a la capital y se incorpora al Ministerio de la Vivienda en el departamento que gestionaba la planificación del área metropolitana de Madrid.

Su larga experiencia y el respetuoso aprecio que siempre le tuvieron algunos personajes de referencia en la historia reciente del urbanismo español, tales como Pedro Bidagor, Emilio Larrodera o Fernando de Terán, sirvieron para avalar su presencia en el Consejo Superior de Urbanismo hasta el final de su vida.

Cuando inició su trayectoria profesional en la década del cuarenta, y aún en las dos siguientes, había muy pocos arquitectos en Huelva; algunos, de cierto relieve, han dejado huella de su arquitectura, a veces racionalista, casi siempre ecléctica, en distintos lugares de la geografía onubense. Una geografía que Alejandro Herrero llegó a conocer muy bien. Su labor como planificador y como proyectista de numerosas intervenciones en las distintas comarcas de Huelva, patentiza ese esfuerzo en visitar, conocer y reflejar después, con su propio lenguaje, la integración de los pueblos en el paisaje o la racionalidad de los sistemas constructivos en la arquitectura vernácula.

Supo repartir su actividad entre el urbanismo y la edificación pero también tuvo tiempo para reflexionar y poner por escrito sus pensamientos sobre las dos facetas principales de su quehacer profesional. Publicó en revistas, participó en congresos y seminarios, se presentó y ganó en concursos nacionales de prototipos... Fue, en

suma, un arquitecto culto y sensible que le vino muy bien a una provincia como Huelva tradicionalmente apartada del debate cultural.

Durante más de treinta años se ocupó, casi en exclusiva, del urbanismo de la capital en la que llegó a culminar su primer Plan General de Ordenación Urbana en 1964, del que ya había avanzado su futura imagen en 1947. El Plan General de Ordenación Urbana de Huelva refleja la aplicación de los principios urbanísticos en los que creía: accesibilidad central y jerarquización de la red viaria, estructuración de barrios, conexión transversal del desarrollo periférico, localización y preparación del suelo para el crecimiento de la ciudad con el planeamiento parcial escalonado en el tiempo...

Este documento, “que se elaboraba heroicamente en el Ayuntamiento, entre expedientes, obras variadas y los mil problemas de una ciudad”, va a posibilitar a medio plazo la completa renovación de Huelva. En este sentido, tuvo que asumir situaciones con las que no estaba de acuerdo, como “la aspiración de la ciudad a contar con casas altas”, la consolidación paulatina de emplazamientos inadecuados o la constatación de la incapacidad del Ayuntamiento para llevar la iniciativa del desarrollo frente al empuje de la promoción privada.

Durante su redacción aparece la declaración de Huelva como Polo de Promoción Industrial para aprovechar los productos obtenidos en las cuencas mineras de Tharsis y Riotinto, lo que significaba un decidido impulso al Puerto, que habría de reducir su funcionalidad pesquera para adaptarse a una actividad industrial que va a caracterizar a la provincia durante cerca de medio siglo.

Esta decisión inapelable significaba localizar las industrias químicas de transformación de los minerales al borde de la Ría del Odiel, muy cerca de la ciudad. Alejandro Herrero se manifiesta

contrario a esta localización en alguna Comisión Provincial de Ordenación Urbana, celebrada entonces en el Gobierno Civil, pero se ve obligado a incluirla en el Plan General, lo que ha supuesto al fin un grave y mantenido conflicto de convivencia con la población debido a su incidencia medioambiental.

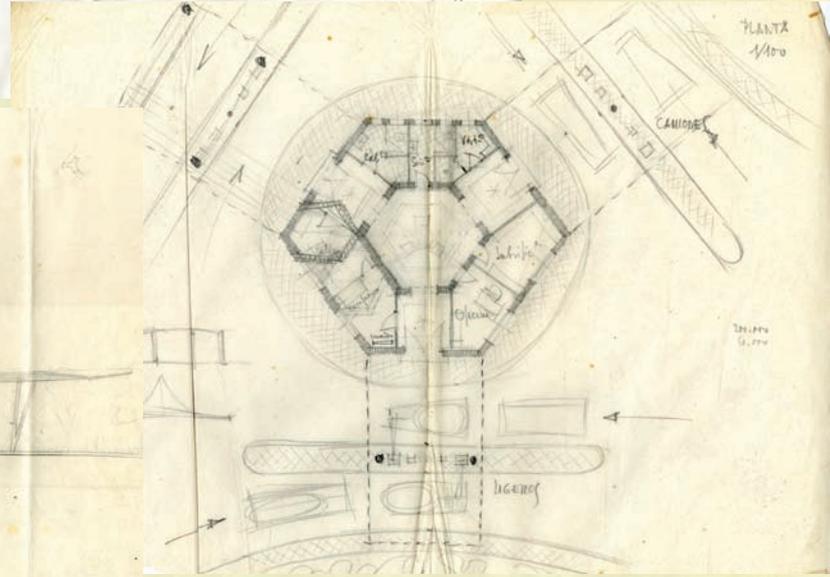
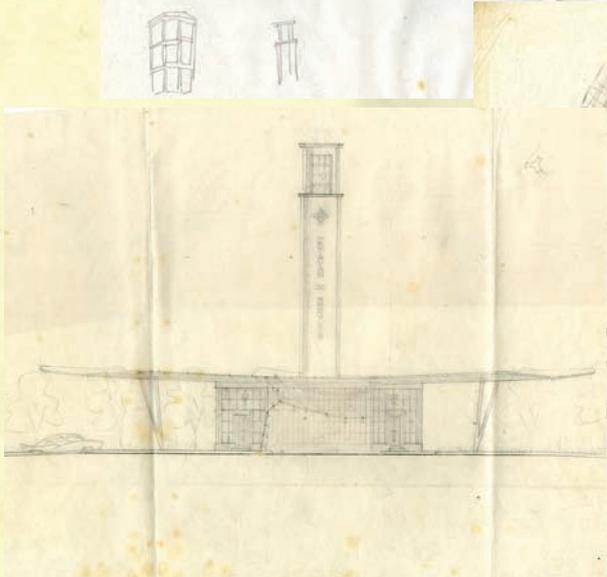
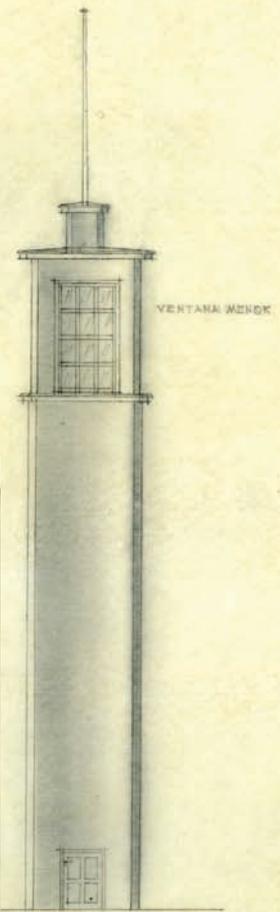
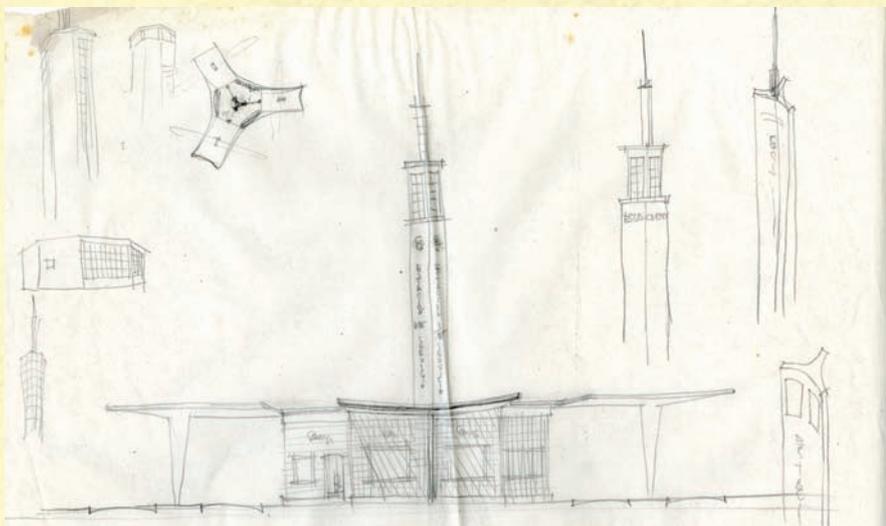
Las tensiones en el Ayuntamiento de Huelva las “compensaba” el arquitecto con trabajos en la provincia donde ya había pueblos de cierta entidad que necesitaban planeamiento general.

Acompañado de ese otro gran profesional que fue José María Morales Lupiáñez, redactó los planes de Valverde del Camino, Ayamonte y Punta Umbría, y sobre todo logró producir un documento en 1958 que regulaba la edificación en los pueblos a partir del profundo conocimiento que había adquirido en los casi veinte años de recorrerlos. Ese documento, que se tituló “Instrucciones para la Ordenación Urbana de los pueblos de Huelva” ha servido durante más de tres décadas para mantener, sin demasiadas estridencias, la fisonomía de muchos núcleos urbanos de interés patrimonial.

Sorprende el sentido común del contenido de sus documentos con un lenguaje llano y accesible. En opinión de Fernando de Terán, en el capítulo de agradecimientos de su libro sobre el planeamiento urbano en la España contemporánea, Alejandro Herrero fue “un hombre con buen criterio” que siempre se mantuvo atento al desarrollo de la cultura urbanística, a la que contribuyó con propuestas ordenadas, racionales, y de muy clara interpretación.

Proyectó equipamientos y algunas obras singulares, pero fue la vivienda social la que acaparó la mayor parte de su producción arquitectónica diseñando interesantes prototipos con ajustadas superficies al servicio de unas agrupaciones urbanas o rurales de gran interés.

1/100







Entre los edificios dotacionales hay que destacar el Palacio Municipal de Huelva cuyo proyecto inicial fue de su gran amigo Francisco Sedano, que él supo rediseñar y construir con una dedicación especial durante más de cinco años, lo que causó no pocos sobresaltos en las contratas, nada acostumbradas a ver arquitectos en las direcciones de obras y mucho menos con planos de detalles constructivos. Al final, el edificio resultó un neoclásico de la época con una irónica composición horizontal de dos plantas y torreones laterales rematados con esbeltos chapiteles herrerianos así como un reloj central, encastrado en volutas barrocas, sobre el pretil de la cubierta plana. Granito en la planta zócalo, ladrillo aplanillado entre pilastras de la planta noble y pizarra en las cubriciones de reloj y chapiteles resultaba al fin la combinación más alejada del alicatado colorista y con bisel de influencia portuguesa que revestía las casas del núcleo central de la población onubense.

Un poco más adelante, liberado de ataduras estilísticas, proyectó la que quizás sea su obra más personal: una estación de servicio que ya figura en los registros de la arquitectura moderna en Andalucía. Sobre una base hexagonal, surgen un elevado y esbelto fuste triangular y tres finas láminas plegadas de hormigón que parecen suspendidas en el aire a pesar de los livianos soportes en uve que se encajan entre los surtidores. La amistad que tuvo con Félix Candela desde que ambos iniciaron la carrera donde, por cierto, prepararon juntos los apuntes de Resistencia de Materiales, parece simbolizarse en esta obra de 1955, moderna, funcional y precisa que se ha constituido en hito imprescindible de la geografía urbana de Huelva.

En el entorno inmediato de la gasolinera, se encuentra la barriada de La Huerta de Mena que va a ser planificada y construida

por Alejandro Herrero y otros arquitectos de Huelva a los que él va a coordinar. Es la operación de vivienda social de mayor dimensión que se va a edificar en Huelva: casi 1.500 viviendas y sus equipamientos, entre los que cabría destacar el Estadio de Fútbol que sirvió de sede al Recreativo de Huelva hasta hace muy pocos años. Manzanas regulares, aisladas y contrapeadas de cuatro plantas con patios centrales en una ordenación que separa los tráfico y permite unos agradables recorridos internos peatonales a través de jardines, arcadas y pérgolas.

Fue, sin embargo, en la larga relación de pueblos de la provincia en los que construyó grupos o aldeas de viviendas públicas, donde dejó constancia de su maestría al poder aplicar integradamente sus conocimientos de construcción y de planificación urbana. Supo diseñar grupos para agricultores, para pescadores en zonas costeras o para mineros en localidades del interior en los que la ordenación siempre tenía muy en cuenta la topografía, el arbolado existente y la orientación. Sobre el terreno, procuraba adaptar los edificios con ligeros escalonamientos a una secuencia encadenada de espacios públicos. Localizaba y dimensionaba adecuadamente los equipamientos básicos y separaba radicalmente las circulaciones de vehículos y peatones. Se esforzaba en diseñar los elementos variados del mobiliario urbano: desde pozos de agua potable hasta veletas de campanarios de capillas. Construía con fábrica de ladrillo los muros de carga, resolvía las cubiertas a base de rollizos de eucaliptos y tablazón de madera sobre la que asentaba la teja curva. Paramentos encalados y suelos hidráulicos o de ladrillo prensado. Sus detalles constructivos, al igual que el resto de planos, se dibujaban con un grafismo muy elaborado y cuidadoso.

En 1972, la revista *Ciudad y Territorio*, publica un extenso artículo de Alejandro Herrero que se titula “El desarrollo de nuestras ciudades después de la Ley del Suelo: Huelva”⁵, donde hace una reflexión sobre lo que han sido sus más de treinta años atendiendo al planeamiento y a la gestión del urbanismo onubense y lo hace desde la distancia que impone la edad, pero también con un contenido y elegante poso de amargura y frustración.

Habría que considerar este escrito como una suerte de testamento profesional, porque a partir de la demostración de tres hipótesis sobre aspectos negativos que habría que destacar en la evolución de la ciudad de Huelva (la densificación congestiva del casco urbano, la suburbanización incontrolada y el desarrollo periférico e inconexo), va a desplegar un crítico panorama de la situación en España donde denuncia desde la escasa influencia de las provincias en el desarrollo legislativo hasta la precariedad de los Ayuntamientos; desde la negativa incidencia de los particulares en el desarrollo y gestión del planeamiento hasta la necesidad de difundir la cultura urbanística.

Termina reclamando un Ministerio de las Ciudades en el que coincidan el Urbanismo y los Ayuntamientos como una posibilidad de “salvar el futuro”.

No tuvo tiempo Alejandro Herrero de verificar, treinta y cinco años después de su alegato profético, la crisis de un sistema urbanístico que ha producido en todo el país, debido fundamentalmente a la incompetencia y desidia municipales, una corrupción generalizada y una multitud de territorios con daños irreversibles.

⁵ *Ciudad y Territorio*, Revista de Ciencia Urbana, número 4 de 1972, páginas 15-31.



Don Alejandro (amigo mío que estás en el cielo)

JUAN PEÑA SUÁREZ

El Cielo, según el *Catecismo* de la Iglesia Católica, es “la permanencia perfecta con Dios en comunión de amor con Él...” (CIC, 1024). No es un lugar físico, no es un espacio de determinadas dimensiones, no existe el tiempo. Es un espacio adimensional y eterno. ¿Te acuerdas, Alejandro, cuántas veces hemos charlado de temas como éste al final de aquellas sesiones de trabajo en las tardes-noches en tu casa?

Cuando conocí a don Alejandro Herrero Ayllón tendría yo 30 ó 31 años y él unos 53 ó 54. ¡Ya ha llovido! El Instituto Nacional de Urbanismo me encargó la dirección de las obras de Urbanización del Polígono de San Sebastian, y naturalmente tenía que contactar con los Servicios Técnicos del Ayuntamiento. Pregunté y todos me dijeron lo mismo: “eso, don Alejandro”.

La primera entrevista no pudo ser más amable, más cordial, más sincera, ni más educada; como todas las siguientes. Como él mismo lo era. Fuimos juntos a visitar las obras varias veces (por las tardes) y siempre sus comentarios eran constructivos y agradables. Buscaba la excelencia incluso en las pequeñas unidades como en los bordillos curvos de granito, o el acabado de la solera de los pozos de registro. Estoy hablando de los años 1963 ó 1964. Poco tiempo después, ocupé plaza en la Jefatura de Carreteras y entonces ya tuvimos ocasión de trabajar juntos en distintos proyectos y obras.

Con el Alcalde don Federico Molina Orta acometimos la mejora del tramo urbano de la carretera CN-431 de Huelva a Sevilla, quiero recordar desde El Punto hasta las proximidades de la Prisión Provincial.

Ya era otro Alejandro Herrero. No he conocido un hombre más exigente consigo mismo y a la vez tan modesto y complaciente con los demás. La obra consistía sencillamente en dotar de acerado a la carretera existente, realizando Carreteras el afirmado y pavimentación de la calzada y el Ayuntamiento el acerado y reposición de los servicios de agua, alcantarillado y alumbrado básicamente.

Pero ocurrió un hecho que cambió el Proyecto. El Ayuntamiento había iniciado un expediente de Contribuciones Especiales para financiar las obras y Alejandro no era partidario de esa forma de financiación, no solo por lo justo ó injusto que pudiera ser para los colindantes sino también por el retraso en la disponibilidad de los fondos que el sistema conllevaba. En el poco tiempo que yo llevaba al servicio del Estado, no me constaba que en las carreteras de la provincia hubiésemos aplicado una financiación de ese tipo; lo consulté y conseguimos de la Abogacía del Estado un informe en el que se nos hacía ver que era improcedente aplicar un sistema de Contribuciones Especiales para financiar obras en una carretera de interés general del Estado. Aquello paralizó el proyecto, pero un par de meses después nos llamó el Alcalde a una reunión de donde salió la solución que satisfacía a todos. Se convertía la carretera en una avenida de 14 metros de calzada y amplias aceras con mejora de los servicios afectados. El Ayuntamiento obtenía por el mismo presupuesto una avenida de doble ancho y la Jefatura de Carreteras, aunque con una mayor inversión inicial, obtenía el compromiso de la Corporación Municipal, una vez terminadas las obras, de recibir la total jurisdicción sobre aquel tramo de carretera urbana.

Hicimos juntos varios proyectos y obras más, como la urbanización de la finca de La Orden, la Avenida Guatemala entre otras y

siempre nos seguíamos viendo en su casa por las tardes, donde iba encantado y era tan bien recibido por él y por Mariagus, su querida esposa. Y en esas tardes-noches, después de poner en común nuestras tareas, charlábamos de los temas más diversos y en los que a los dos nos gustaba pensar: física, derivadas segundas, espacios de distintas dimensiones, relatividad, universo...

Al conmemorar los cien años de su nacimiento, no puedo más que recordar su alma tan buena, tan sabia y tan humilde, tan amorosa y complaciente con los suyos..., y desde aquí desearle que goce ya de la presencia del Gran Observador de la realidad existente, y ante la Conciencia Universal y junto al Arquitecto Mayor de este universo cuyas dimensiones y algunas de sus leyes conocemos.

Así lo he deseado siempre.



Homenaje al Arquitecto Alejandro Herrero

ELEUTERIO POBLACIÓN KNAPE

Allá por los años 45, tristes años de carencia de todo y de cartilla de racionamiento, andábamos los de mi generación terminando el Bachiller y afirmándonos en la idea de cuáles eran los estudios superiores a los que nos sentíamos más inclinados.

Huelva era una ciudad pequeña de pocos habitantes, de estructura urbana determinada fundamentalmente por la existencia del Cabezo y de la extensa llanura de la zona portuaria.

Los pocos arquitectos que ejercían entonces trabajaban apoyándose en los encargos oficiales, ya que pocas obras importantes se desarrollaban dentro del casco urbano. Todos ellos estaban imbui-

19-5-959

Sr. D. Eleuterio Población
Arquitecto
MADRID

Querido Elu: no dejo de acordarme de ti y de los días tan penosos por que pasas en que no podrás hacer otra cosa que pensar en tu pobre padre. Nosotros aquí le recordamos también continuamente con el mayor cariño.

He seguido esta temporada dedicando lo que he podido al hotel y te envío unas cuantas cosas para que las veas cuando tengas ánimo y tiempo.

En primer lugar una "ponencia" de MEMORIA. Temo sea larga, consecuencia del propósito de enumerar el Programa. Corta por donde te parezca.

Hay cosas que hay que revisar a la vista de los planos y otras que acaso no te parezcan oportunas. Te señalo unas cuantas que lo necesitan especialmente. Que esto te sirva de borrador sobre lo que añadir y quitar.

También te envío una parte del ANEJO BIBLIOGRÁFICO, en que falta quizás lo principal que son las reseñas del Hotel Baitén y de algunos hoteles españoles. Pero es que lo interrumpí por que me pareció más interesante anticipar la Memoria-Programa.

Suprime igualmente la foto o el hotel que te parezca, etc. etc.

Todo esto sirve también para pensar en que formato conviene escribirlo. Las fotos pueden ir sobre cartulinas o quizás mejor sobre la misma página y algunas tendrán que ser algo mas pequeñas.

Incluyo una idea para el AVANCE DE PRESUPUESTO al que hay que ponerle las superficies y ver lo que sale y después de eso volver a poner cifras. A ver si te parece bien exponerlo de esa forma. Yo creo -

dos de la trascendencia social de su profesión, por lo que supongo que como luego vi más tarde en la Escuela, estaban convencidos de que el arquitecto debería ir siempre muy correctamente vestido, ya que no sabía si ese mismo día se le ofrecería un homenaje.

Era la ortodoxia espiritual de la profesión; pero había uno que era heterodoxo, Alejandro Herrero Ayllón, por entonces arquitecto municipal y hombre de gran sencillez espiritual y física. Vivía en el Paseo de los Naranjos, pequeña calle situada al principio de El Cabezo frente a los altos muros del jardín de la Escuela Francesa donde mi padre había construido con gran ilusión su clínica ginecológica. Su casa, era simple y amable y donde daba gusto estar.

Con Alejandro Herrero proyecté el Hotel Atalaya en el Cabezo de la Esperanza de Huelva, que nunca se construyó y que ahora mismo no recuerdo quien era el promotor. Hice una perspectiva acuarelada que creo que es lo único que conservo de esta obra.



Conocí bien a Alejandro Herrero Ayllón, con el que compartí en su casa algunas tardes de reflexiones sobre la filosofía de la arquitectura, ya que aparte de ser un profesional y un enamorado de la arquitectura, era el único de los arquitectos de Huelva que tenía una preparación humanística importante que nos permitía comunicarnos nuestras inquietudes filosóficas acerca de la función fundamental de nuestras carreras.

Como he dicho, Alejandro fue arquitecto municipal de Huelva y redactor del único plan de ordenación de la ciudad, un plan bien concebido en el que hubo de prescindir del posible desarrollo de la ciudad a lo largo del río Odiel, la configuración más lógica y paisajísticamente agradable del conjunto urbano; y es que consideraba que aquellos terrenos marismeños que se extendían a lo largo del Odiel eran impropios, o al menos poco fáciles para cimentar sobre ellos, lo que dio lugar a que la ciudad no se extendiera siguiendo el desarrollo natural del paisaje como una delta entre los dos ríos.

Preocupado por la vivienda social, proyectó y construyó algunos de los primeros conjuntos de éstas que se hicieron en Huelva y la provincia, procurando que a pesar de la escasez de presupuestos, las casas estuvieran proporcionadas y dignas tanto en su aspecto externo como en la distribución interior.

Su influencia fue decisiva para mi determinación de seguir la carrera de arquitectura y para mi formación humanística en general.

Sus hijos formados en ese ambiente cultural, siguieron sus pasos con el respeto y la admiración que su progenitor les merecía, y le rinden el homenaje de la publicación que recoge su desconocida obra, al que yo me uno de todo corazón, pues en Alejandro tuve a un maestro y a un amigo.



Recuerdos de una amistad profesional

FERNANDO DE TERÁN TROYANO

En el capítulo de Agradecimientos, que figura al principio de mi libro titulado *Planeamiento Urbano en la España Contemporánea*, aparece la mención nominal de un “admirado compañero que ha desaparecido silenciosamente, después de vivir de cerca una parte importante de la historia que aquí relato”, porque me parecía bien reconocer públicamente, la ayuda recibida de Alejandro Herrero, no para escribir el libro, que no supo que estaba en gestación y no llegó a conocer, sino para entender algunas cosas que él había vivido antes que yo, por lo que era cierto que “ayudó con su buen criterio a formar algunos de mis puntos de vista”, como allí quedó dicho. Una ayuda prestada inconscientemente, a través de muchas conversaciones, desde su experiencia y su erudición, al tiempo que desde su cautivadora modestia.

Corrían los años que luego hemos llamado del “desarrollismo”. Franco había pasado a confiar en quienes venían defendiendo la necesidad de un cambio importante en la orientación de la política económica y, sin que mediaran confesiones de rectificación, no había tenido inconveniente en dar paso a la liquidación oficial de la anteriormente tan ensalzada autarquía, y a la introducción progresiva de una liberalización económica, que se arropaba argumentalmente en la teoría del desarrollo económico polarizado, con base en la industria, mirando a otros países europeos, especialmente a la experiencia francesa.

Así, tras las explícitas recomendaciones del Banco Mundial, que en 1961 animaron al Gobierno a la preparación de un Plan de Des-

arrollo para la modernización y expansión de la economía española, sucesivas disposiciones oficiales (la más significativa el Decreto de Liberalización Industrial de 1963) dieron entrada a la configuración de un nuevo modelo empresarial, más en consonancia con la forma europea occidental, y a una efectiva reactivación económica, con espectacular subida del Producto Nacional Bruto, contribuyendo al afianzamiento de la confianza oficial y empresarial, en el nuevo camino emprendido.

Pronto, la enfática proclamación oficial de que la rápida elevación de la tasa de crecimiento económico era el objetivo político prioritario, y el crecimiento de los estímulos a la libre movilidad de personas y capitales, condenaron a un papel de inoportuno y ridículo aguafiestas, a quien expresaba sus temores ante los efectos que ese proceso podía producir, dada la paralela reducción de inversiones públicas no productivas y la indiferencia que suponía, hacia los desequilibrios territoriales y hacia la hipertrofia urbana, inevitablemente inducidos.

La temprana comprensión de que todo ello chocaba frontalmente con la visión de la ordenación urbana y territorial que se había venido defendiendo e instrumentando anteriormente, postulando el equilibrio territorial y la descentralización urbana, había producido ya la insólita dimisión de un ministro de Franco y el consiguiente relevo del falangista Arrese, como el más visible y comprometido portavoz político de aquella visión.

En el libro ya citado, me referí extensamente al desconcierto que los rápidos y contundentes efectos urbanísticos de la nueva orientación política (densificaciones, desbordamientos y salpicado discontinuo del territorio) produjeron en los ámbitos que se venían

ocupando de la ciudad y del territorio, los cuales, muy poco tiempo antes, habían culminado un proceso de definición teórica y legal, con la aprobación de un ambicioso y perfeccionista código urbanístico nacional, que establecía minuciosamente prolijos procedimientos, para controlar y dirigir ordenadamente el crecimiento de las ciudades, de acuerdo con modelos restrictivos y equilibrios territoriales. El rápido deterioro (políticamente consentido como secuela inevitable) de la ciudad y del territorio, era un mal muy evidente en sí mismo, pero, por otra parte, la duda estaba justificada. Realmente ¿era la flamante nueva Ley del Suelo, de tan parsimonioso y complejo cumplimiento, el instrumento adecuado para tratar de imponer a los ayuntamientos, modelos de organización espacial, que habían sido concebidos para tratar el también parsimonioso crecimiento urbano del país autárquico anterior?

Viene a cuento esta referencia, porque da idea de la situación en la que conocí a Alejandro Herrero y del momento en que establecí con él una relación amistosa, basada fundamentalmente en el deseo de entender lo que estaba pasando y de encontrar una orientación sobre lo que debería hacerse. Relación que se movía entre mi respeto a su experiencia y a su sabiduría, por una parte, y la duda conceptual de ambos, casi zozobra angustiosa, por otra, que él no disimulaba desde su sinceridad y modestia, ante un recién incorporado como yo, que ya entonces pretendía entender antes de hacer.

Había empezado a oír hablar de él, antes de conocerlo, a propósito de sus ricos, elaborados y matizados informes, producidos casuísticamente ante problemas urbanísticos concretos, surgidos de la tensión que había supuesto para Huelva su declaración de Polo de Promoción y Desarrollo Industrial. Informes que emitía como

arquitecto municipal o como director de la Oficina Técnica de la Comisión de Ordenación Urbana provincial. Y que eran comentados con cierta sorna, o incluso con irritación, en los medios “desarrollistas” y también en una Dirección General de Urbanismo de la que dependía, claramente desconcertada y titubeante, ante la fortaleza política del desarrollo económico.

Con unos conocimientos nada frecuentes entonces, y hasta con un léxico nada habitual, que después se ha generalizado a través del ecologismo, hacía referencias de carácter medioambiental, en un momento en el que en España no había empezado aún a ser reconocida la importancia de ese aspecto de la urbanización ni, sobre todo, de una industrialización como la que se estaba produciendo en Huelva, que suponía la proliferación de toda clase de vertidos sólidos, líquidos y gaseosos, con sus “perniciosos efectos aditivos y sinérgicos”, según frase suya que se hizo célebre entre bromas.

Pero ahora sabemos que eran problemas reales y graves de perturbación ecológica, los que denunciaba en sus informes, ante la instalación de determinadas industrias en determinados lugares. Lo cual resultaba insólito y producía cierto estupor entre quienes, desde el campo del urbanismo, se pasaron pronto a las tesis “desarrollistas” y empezaron a considerar aquella actitud como un estorbo retardatario.

Curiosamente, a pesar de que conservo como importante para mí ese recuerdo de nuestras conversaciones, compruebo al tratar de forzar la memoria, que realmente llegué a saber muy poco de él. Sólo hablábamos de los problemas urbanísticos que nos acuciaban, de sus posibles enfoques culturales y del sustrato político condicionante.

Méjorada - D^o Fed. - legislación y técnica - "Informaciones"

el problema de los suburbios

"Para este y tantos otros son problemas que dependen de un conjunto de intereses contenidos en las líneas generales del Plan de Ordenación general de la Ciudad y del que no conviene separarlos sino a efectos limitados porque la visión parcial y las reacciones momentáneas que producen este modo de revisar las cosas pueden desorbitarlo y desenfocar las perspectivas de su remedio"

Plan general de Ordenación señalando los problemas que contiene y exponer los recursos en que se apoyan las bases que sitúan la ley. (o bien la ley es en sí misma del plan)

Cuando más tarde investigué y escribí sobre el período, pude saber que ya en 1954 era él quien dirigía aquella Oficina Técnica de la Comisión Provincial de Ordenación Urbana de Huelva, lo que quiere decir que era un hombre de confianza de Bidagor, el cual había logrado en esa fecha, tener comisiones de ese tipo en 26 provincias, que funcionaban desigualmente según los casos, y colaboraban en el incipiente proceso de formalización conceptual del planeamiento urbanístico y en la recogida de información a nivel provincial, de cara a la prevista elaboración de planes provinciales y del Plan Nacional de Urbanismo, que era el sueño de Bidagor.

Todo ello permite suponer que perteneció pronto a ese conjunto de colaboradores tempranos de Bidagor y que por ello, debió estar más o menos implicado en aquella tarea de construcción de un marco teórico y legal para un urbanismo coherente, estructurado sobre los planes de ordenación, con el objetivo de organizar moderados crecimientos urbanos, que culminó con la aprobación de la Ley del Suelo y que la política de desarrollo económico, agresivamente practicada desde las gerencias de los Polos de Desarrollo,

dejó maltrecho y difícilmente aplicable. Y ello explica la situación de conmoción conceptual en que yo lo conocí y la actitud de respeto al territorio que profesaba y que mantuvo contra corriente.

Luego tuve muchas oportunidades de apreciar la seriedad y valor de sus trabajos, tanto a nivel del planeamiento general, como en la escala del fragmento urbano.

El Plan General de Ordenación Urbana de Huelva, redactado en 1964, es una buena muestra de esa calidad profesional, dentro de una segunda generación de planes generales hijos de la primera Ley del Suelo, con una gran fidelidad doctrinal y jurídica en este caso, a la ortodoxa concepción gradual y escalonada de su gestión, mediante la descomposición del territorio en planes parciales, estructurados como unidades urbanas jerarquizadas, con su correspondiente programa de reservas para usos complementarios al de vivienda. Para cuyo desarrollo, el propio Plan General establece una normativa, especificando las condiciones de sumisión al mismo. Pero es interesante añadir, que posiblemente ayudado por el respeto a las condiciones naturales del territorio y por la morfología especial del mismo tan condicionada por el agua, ya no se plantea aquí, como era habitual entonces y hacían todos los planes de esa generación, un crecimiento radioconcéntrico, sino que se anticipa lo que será el modelo de la tercera generación, es decir, lo que Bidagor llamó el “crecimiento direccional”, a modo de gran ensanche, con resonancias de lo que entonces predicaba Doxiadis con el nombre de dinápolis.

En la escala del planeamiento parcial, su Plan para el Polígono de “La Orden”, de 1968, es así mismo de gran corrección y puede decirse que participa de las preocupaciones más actuales del mo-

mento, inscribiéndose en el movimiento que se estaba dando entonces, de revisión conceptual de las premisas heredadas del Movimiento Moderno en las ordenaciones de bloques paralelos, al buscar agrupaciones de los mismos que tienden a configurar la formación de manzanas.

Y finalmente, no puedo dejar de recordar también su feliz aportación al diseño de núcleos urbanos nuevos, a través de su interesante reflexión sobre la “Independencia de circulaciones y trazado de poblados”. En ella hizo una hermosa adaptación de la Manzana Radburn al espacio rural español, aplicándola al proyecto de unos nuevos pueblos, en los que huyó sabiamente del tradicionalismo falsamente casticista. También aquí puedo volver a reconocer nuevamente su ayuda, pues utilicé esa reflexión en la redacción de los proyectos de los dos pueblos que proyecté para el Instituto Nacional de Colonización.



Apunte de Alejandro Herrero

FRANCISCO JAVIER VALLEJO OSORNO

Con los años vamos encontrando respuesta a cuestiones primordiales de nuestra vida. Sin embargo, a veces bastan unas pocas horas de cálida conversación para alimentar generosamente nuestra débil memoria. Ocurre, cuando nuestro interlocutor nos plantea algo parecido a una cuenta a la que, con el diálogo, vamos añadiendo sumandos. Al final, expectantes y sorprendidos, se comparte el hallazgo del resultado de la operación. Eso fue lo que creí experimentar ayer cuando me reencontré, después de más de cuarenta años, con Ale-

jandro Herrero, hijo y homónimo del admirado y querido arquitecto que ahora recordamos en el centenario de su nacimiento.

Frecuentemente, cuando acudí al Ayuntamiento y subo por la escalera lateral, observo, una vez más, la huella que con el paso de las personas y los años se va pronunciando en sus blancos peldaños. Al llegar a la primera planta me parece ver aún, junto a las dos puertas enfrentadas a derecha e izquierda, los rótulos dorados que tantas veces leí de niño cuando acudía al despacho de mi padre Eligio Vallejo: SR. ARQUITECTO, SR. INGENIERO. Ayer, en nuestro reencuentro, tuvimos sus hijos la oportunidad de evocar ampliamente los aires de recíproca confianza, aprecio y respeto que circulaban entre aquellas dos puertas. La conclusión de nuestra charla nos resultó sorprendente: los vericuetos de la vida se asemejan a las ecuaciones matemáticas. Ahora, me atrevo a formular el enunciado: posibilidad de que trayectorias divergentes puedan converger de nuevo en el mismo punto.

Muy joven para apreciarlo debidamente, tuve la oportunidad de tratar a Alejandro Herrero y su familia, cuando durante varias vacaciones de verano, con sus hijos Alé y Magú, acudía a las clases de pintura y dibujo que nos impartieron José María Franco y Juan Manuel Seisdedos. Fernando Carrascal asistió también con nosotros uno de esos años. Creo que fue ese verano cuando Don Alejandro, con su característica amabilidad, le propuso a Juan Manuel un nuevo ejercicio para sus alumnos: había que estar observando durante un rato una ilustración de un recorte de periódico, tratando de retener en la memoria el mayor número posible de detalles, para luego, ocultando la lámina, intentar reproducirla en nuestro cuaderno de dibujo.

Algo había en aquella casa familiar que me hacía apreciarla como un lugar distinto y privilegiado. De hecho, creo que me enamoré de la mesa de roble con planos enrollados que presidía la improvisada aula, del bajo relieve del Partenón y el reloj de cuco del salón, y del grabado de Miró colgado en el vestíbulo. Detrás de todo aquello, además del talante de Alejandro, se plasmaba la desbordante personalidad de su esposa Mariagus, sin la cual no puede entenderse su legado como arquitecto y como persona.

La trayectoria profesional de Alejandro Herrero la valoro ahora con la debida estima, tras la oportunidad de conocer su obra en los archivos del Ayuntamiento. En sus planos y carpetas –llenas de preciosos dibujos, notas, apuntes, cálculos y detalles– se aprecia un trabajo minucioso, racional y preciso, moderno, de profundo humanismo y compromiso social. El planteamiento, la duda, la continuada búsqueda y la certeza se hacen presentes en sus documentos. Creo que lo que mejor podría definir al personaje es su adelantado concepto de lo que hoy llamamos desarrollo sostenible.

Una curiosa anécdota ilustra muy bien el carácter minucioso e incansable en el trabajo que desarrolló junto a sus colaboradores, repitiendo una y otra vez las tareas y corrigiendo insistentemente los errores o carencias. El día de su despedida del Ayuntamiento –de donde se trasladó a los servicios centrales del Ministerio de la Vivienda en Madrid– recibió de los delineantes con los que trabajó un obsequio guardado en una pequeña cajita, que resultó ser un instrumento imprescindible para la corrección de planos confeccionados en papel vegetal: una preciosa y flexible cuchilla de afeitar Gillette.

RECUERDOS DE AMIGOS Y COLABORADORES



Memorias de un delineante

JOSÉ BACEDONI BRAVO

Recordando a Don Alejandro Herrero

Del libro *Huelva en mi pluma y Huelva Información*, 4 de febrero de 1995

Cuando yo era un niño (hoy tengo 59 años) salí de la Academia José Antonio (junto al Teatro Mora) e ingresé en el Ayuntamiento para hacer prácticas de delineante, objetivo que conseguí a través de Don Alejandro Herrero (“Arquitecto de Trabajos Especiales”, así rezaba el letrero de su puerta). Además de hacer las prácticas me pagaban todos los meses por medio de recibos (yo ya venía con la preparación de Don Emilio Gil, profesor de la citada Academia).

La enseñanza que recibí de Don Alejandro fue el contacto con la realidad de la vida profesional. Fue el hombre que verdaderamente me enseñó a ganarme la vida de una manera real, es decir, fue como si me hubiera dado una caña y me enseñara a pescar. Fue un hombre bueno, educado y económicamente incorrupto, tanto es así que murió con escasos recursos y el cargo que tenía era “como para ponerse las botas”.

Recuerdo que una vez que le resolvió a un señor un trámite (creo que era convertir una ventana en puerta para un almacén), el hombre agradecido llegó a la oficina de obras, concretamente a Delineación. Allí estábamos el delineante Rofa (un gran veterano) y yo.

Ausentes estaban Jaramillo, Camacho y Barona. Bueno, el caso es que este señor le dijo a mi compañero Rofa que en agradecimiento quería recompensar a Don Alejandro con un importe económico. Yo estaba en un rincón observando y escuchando: para ellos yo era un niño que no representaba mucho, pero sí era un gran observador y disimuladamente me estaba enterando de todo. Le dijo Rofa que no intentara hacer eso porque Don Alejandro llamaría a los guardias y lo pondrían de patitas en la calle. Casos como el que acabo de contar se repetían más de una vez y recibían las mismas respuestas.

También recuerdo que cuando compraba algún pequeño detalle de oficina, hacía lo propio para sus demás compañeros arquitectos. Así era Don Alejandro, bueno, amable, incorruptible... Era el maestro, el filósofo, el arquitecto, el artista, en definitiva, el hombre... De él no solo aprendí a dibujar.

Don Alejandro que estás en los cielos

Huelva Información, 10 de enero de 1998

Solo unas líneas para decir cómo era mi maestro y jefe Don Alejandro Herrero Ayllón:

La juventud de hoy como es natural no lo conoció, pero los mayores sí le conocimos, lo conocimos por sus obras y su talante... era un gran arquitecto municipal, un hombre bueno, educado, honesto,



jamás cogió una peseta que no fuera suya, incorruptible, podría haberse aprovechado de su cargo pero no lo hizo, murió con escasos recursos económicos, fue un hombre íntegro, ejemplar, que dejó una extensa obra en Huelva y provincia de su arquitectura y urbanismo.

Siempre recibimos un amable trato de él cuando era arquitecto municipal, yo era un joven al que apenas le crecía

la barba, hoy tengo 62 años y aún recuerdo a los demás delineantes: Rofa, Jaramillo, Camacho, Barona... Todos formábamos parte de su equipo... cuántos planos nos hizo hacer...; recuerdo las veces que nos hacía raspar los detalles con la cuchilla sobre el papel vegetal. Entonces no había ordenadores... ¿Y los “encajes” sobre papel fino para ver las pruebas de distribución de todas las partes del proyecto? A su lado el delineante se convertía también en un artista. Hasta la rotulación había que hacerla a pulso.

Él sabía imponer sus criterios pero lo hacía de una manera agradable, (hemos pedido un sencillo monumento para ti en la avenida de Andalucía). Hace unos días nos recibió el alcalde, íbamos como asociación cultural Alonso Sánchez de Huelva⁶, entre otras cosas

⁶ La aparición de este artículo fue precedida de un acuerdo unánime de la Junta Directiva de la Asociación Cultural Alonso Sánchez, de la que el propio Bacedoni es miembro, para proponer al Ayuntamiento de Huelva “la aprobación para que se erija en la ciudad un monumento, que iría ubicado en la Avenida de Andalucía, en honor del insigne arquitecto don Alejandro Herrero Ayllón”. La reseña de dicho acuerdo se publicó también en *Huelva Información* en una fecha anterior al artículo, en TRIBUNA.

le pedimos a nuestro alcalde un sencillo monumento para Don Alejandro, al alcalde le pareció bien, hay que reconocer que es un gran diplomático.

Después de la conversación deduje por mi cuenta que necesitaba más apoyo político; también nos dijo nuestro alcalde que quería una Huelva monumental (por lo menos tengo una esperanza).

Aunque no pertenezco a ningún partido político, tengo buenas amistades a nivel político en Madrid y en varias multinacionales, pero no me gusta recurrir a ellos para la solución económica, prefiero, como se dice en derecho, agotar la vía administrativa, algo que conoce muy bien nuestro alcalde porque tanto él como yo estudiamos juntos la misma carrera de leyes.

Tengo esperanza en conseguirlo, porque hoy también hay gente buena en el Ayuntamiento de Huelva que recordará a Don Alejandro que estás en los cielos.



Los planos de “las casas baratas”

JAVIER GÁLVEZ-CAÑERO GARRIDO

Yo era un niño en la época en que más traté a Alejandro Herrero. Y el recuerdo de él que me viene a la memoria es la impresión de que siempre estaba haciendo algo importante... esa concentración... ese silencio.... su mesa de trabajo con su flexo, su batín creo que de gris de lana a cuadros... y especialmente su cara de buena persona que transmitía paz. Nunca me lo imaginé riñendo a sus hijos.

Una anécdota que refleja muy bien lo que digo es lo que sucedió con mi hermano Talo, que era cleptómano de pequeño, y cada vez

que iba a jugar a casa de los Herrero se llevaba cualquier cosa del estudio del arquitecto, que le fascinaba; y Alejandro padre disimulaba y sonreía. Un día aparece el bueno de Alejandro por casa, muy de mañana para hablar con mi madre y le dice: "Esperanza, Talito viene por casa, y se lleva un día un lápiz, otro una goma..., no tiene importancia..., pero es que esta vez me parece que se ha llevado los planos de 'las casas baratas', a ver si lo buscas por su habitación y me los encuentras...".

(Así lo contaba mi madre)⁷.



La lámpara encendida

SANTIAGO GARCÍA-SANDÓN

Lo recuerdo como si fuera hoy, cuando yo pasaba por delante de su ventana, camino de la casa de mi abuela, a la caída de las tardes de invierno, a la vuelta del colegio: allí estaba Alejandro Herrero sentado a su mesa de trabajo, con la lámpara encendida y sus pliegos de planos..., y por las mañanas cuando salía y se montaba en su coche para ir al Ayuntamiento... ¡Qué tiempos!

⁷ Los planos de 'las casas baratas' se recuperaron. Y Esperanza Garrido de Gálvez Cañero, 'la madre los Nachos' y toda una personalidad irrepetible, cuando hablaba de Alejandro decía: "¡Que hombre tan bueno..., yo lo quiero que lo adoro!". Y posiblemente, cuando eso decía, recordaba la anécdota de Talito y... la paciencia de Alejandro.



El hombre paciente

CONSUELO GUJARRO FRANCO

Me pongo ilusionada delante del trasto éste para escribir algo sobre Alejandro Herrero. De su vida profesional no diré nada pues de todos es lo suficientemente conocida.

Como persona le conocí bastante bien por ser muy amiga de sus hijos y haber subido infinidad de veces a su casa, bien a comer, a estar allí o a pedir permiso para que nos dejaran hacer cualquier cosa con Magú (normalmente el permiso se pedía para ir a fiestas, llegar más tarde de las dos de la madrugada..., en fin, asuntos de aquellos tiempos en los que hacía falta la solidaridad de las amigas). Y puedo contar que era el hombre más paciente que he conocido en mi vida; nunca se alteraba pidiéramos permiso para lo que fuese. Si algo no le convenía o no le gustaba que lo hiciésemos, lo único que decía era: "Magusita..." y ya sabíamos que era un no rotundo.

Una anécdota que recuerdo con mucho cariño, fue un día en que a Magú y a mí no se nos ocurrió más que irnos desde el club Náutico de Huelva hasta el Balneario de la Cinta, con una piragua que Alejandro había encargado a un carpintero que les hiciera a sus hijos, y que con ella hacíamos verdaderas barbaridades. Para ir fuimos fenomenal, pero a la vuelta nos pilló en contra una marea fortísima y no podíamos volver más que tirando de la piragua por la orilla; veníamos ya Magú y yo 'agotaíta' y 'esmayaíta' cuando de repente por la carretera apareció Alejandro con Alé, que venían en el coche buscándonos por la carretera de la Punta del Sebo, y tan solo nos dijo con su calma extraordinaria: "os voy a tener que quitar la piragua"; Alé nos ofreció citrato para mitigar el hambre... No-

sotras no dijimos nada, pues comprendimos, o eso creo yo, que tenía razón, ya que cuando llegamos al club eran ya ‘payá’ de las cuatro de la tarde. El broncezo nos lo echaron al llegar al club las madres respectivas.

Un beso enorme para toda la familia Herrero Molina.



Versos olvidados

JOSÉ HERNÁNDEZ GARCÍA

*“Agruparon primero unas paredes contra otras,
midieron con esquinas la cantidad de sol que un día tiene,
dejaron sitio en medio para unirse,
para salir y entrar al pueblo...
y plantaron en medio alguna sombra.
Eran rojos arriba los tejados...”*

(LUCINIO ALONSO, 1958)

Estos versos fueron encontrados entre esos papeles que inevitablemente quedan en los cajones del recuerdo. Aparecieron en mi despacho como legado de su anterior ocupante, alguien que se fue sin haberse ido: Alejandro Herrero.

Indagué con los contemporáneos que le quedaban y me dijeron cosas en principio verosímiles sobre su autoría, que si eran de él y que tal vez fueron hechos para firmar poéticamente el Plan General de Ordenación Urbana del 1964.

Y yo, que sentía admiración por el hombre y el arquitecto, hice, a modo de homenaje, un dibujo que con el tiempo fue a parar a manos de Mariagus, su esposa.

Encuentros posteriores, con Alejandro hijo, sacaron el dibujo del olvido; y con internet que todo lo puede, salió el autor, Lucinio Alonso, un poeta de León que ganó con él el premio Alcaraván de 1958, en Arcos de la Frontera.

Supongo que algún periódico lo llevaría a manos de Alejandro, y los seis primeros versos, de un poema de dos páginas, llamado “el Pueblo”, le impresionaron, igual que a mí; él los guardó, quién sabe si para ponerlos en el Plan o para que me los encontrara yo.

Lo cierto es que lo que hice un día, me devuelve ahora la amistad que tuve en el pasado con Magú y Alé, sintiendo que sea solo lo que nos quede, a ellos y a mí, de aquellos padres nuestros y aquel lejano y apacible Paseo de los Naranjos.



“Cuando usted tenga tiempo...”

JUAN MANUEL LUENGO PATO

Tuve el honor de trabajar con el arquitecto Alejandro Herrero así que cuento una pequeña pincelada que creo demuestra el extraordinario carácter, bondad y humildad de esta excelente persona.

Coincidió con él en mi primer destino como funcionario, en la delegación provincial del ministerio de la vivienda en Huelva; acababa yo de ganar mis primeras oposiciones, como auxiliar administrativo, y tomé posesión en dicha oficina, con 20 o 21 años, en cualquier caso, antes de irme a cumplir con el servicio militar. Después, a lo largo de mi variada y larga (ya septuagenaria) vida profesional, he conocido a muchísimas personas, pero muy pocas con la calidad y calidez del recordado arquitecto.

La pincelada de la que hablaba al principio expresa el respeto y el cariño con el que le recordamos todos los que con él trabajamos o convivimos. Trabajé a sus órdenes varios años, de mecanógrafo, y llegué a compenetrarme muy bien con él, interpretando sin vacilaciones sus escritos con todas sus acotaciones, llamadas de atención, flechitas indicándome donde seguía la oración, paréntesis y corchetes entre palabras o frases...

Lo que recuerdo con admiración entrañable es que, cada vez que me traía un informe para que lo mecanografiara, me decía: "Luengo, aquí le dejo un escrito para que cuando usted tenga tiempo me haga el favor de pasarlo a máquina. Muchas gracias". A mí nunca me dejaba de sorprender que todo un arquitecto tratase a su jovencísimo subordinado de usted, que le pidiera "por favor" algo que era de obligado cumplimiento y que, además, le diera las gracias.

Era un hombre de mucha categoría; y con lo que cuento sobre él he querido constatar los agradables recuerdos que dejó allí donde estuvo, y que son rememorados con mucho afecto al cabo de tantísimos años.



Alejandro Herrero: un hombre virtuoso

CARLOS NAVARRETE MERINO

Primer Contacto

Conocí a Alejandro Herrero cuando me incorporé a la Delegación del Ministerio de la Vivienda en Huelva, como jefe de los Servicios Provinciales del Instituto Nacional de la Vivienda, a finales de noviembre de 1963.

Justificación del título

Quisiera explicar, antes de entrar en el relato pormenorizado de nuestra relación, por qué he ordenado estos recuerdos bajo el título de "Alejandro Herrero: un hombre virtuoso".

De las diferentes acepciones que el *Diccionario de la Real Academia* registra para la palabra virtud algunas expresan la idea que siempre tuve de Alejandro: "Fuerza, vigor o valor". "Integridad de ánimo y bondad de vida". "Disposición constante del alma para las acciones conformes a la ley moral". "Recto modo de proceder".

Las cosas nunca son como se imaginaron

El comienzo de nuestra relación, que casi de inmediato se convirtió en verdadera amistad, fue una de las pocas cosas gratas que nos ocurrieron a mi mujer y a mí cuando llegamos a Huelva, ciudad en la que no conocíamos a nadie y de la que apenas si teníamos alguna que otra vaga referencia: un tío mío, de nacionalidad británica, había trabajado como ingeniero en las Minas de Riotinto y con ese motivo mi padre y su hermano habían venido en alguna ocasión a visitar a la familia de su hermana, de modo que Huelva se asocia a mis recuerdos infantiles como una misteriosa ciudad en cuyas librerías se vendían casi exclusivamente libros escritos en inglés y donde los técnicos de cierto nivel jugaban al tenis y al fútbol, alternaban en la opulenta Casa Colón y bebían whisky y leían los periódicos en clubes en los que estaba prohibida la entrada del género femenino. Mas tardíamente me enteraría de que además de la explotación de las minas manipularon durante muchos años el gobierno administrativo y político de la provincia que subordinaron a sus intereses.

Otra referencia la tuve a través de mi amigo “el canónigo rojo” de Málaga, de donde yo era natural, José María González Ruiz, que fue párroco o coadjutor en La Palma el Condado y era sobrino del Obispo de Huelva cuyo recuerdo todavía perdura en la estatua erigida a su memoria en la Plaza de San Pedro. El propio José María me definió a Huelva desde el sentido del olfato: “una ciudad en la que entras oliendo a gambas y sales oliendo a gambas”, lo que evidentemente no es el caso de la Huelva actual.

La tercera referencia era radiofónica, la Huelva de los fandangos, a los que accedíamos a través de las emisoras, la Huelva desde cuya ría “se ven los barcos venir al amanecer el día”.

Todas esas imágenes lúdicas se fueron al traste al confrontarse con la dura realidad. Desembarcamos del tren en la antigua estación de Zafra, en medio de un inmenso charco que se mantuvo hasta bien entrada la primavera, porque la meteorología nos obsesó con una de esas temporadas onubenses, caracterizadas por un diluvio continuo, que se dan cada seis o siete años. Nos hospedamos en una pensión cuyo propietario aguardaba en vela mi regreso temiendo que nos fuésemos sin pagar.

Tomé posesión en una oficina pública donde un antiguo Delegado estaba ya en la cárcel y el Secretario General ingresó en prisión dos días después de mi llegada, en ambos casos por cohechos, prevaricaciones, falsificaciones y otros abusos diversos. Aquella Delegación, cuya función era la de construir viviendas para una Provincia en la que se estimaba que una de cada tres familias tenía urgente necesidad de una vivienda, se convirtió precisamente a causa de esa desmesurada necesidad en un lugar muy provechoso para individuos con pocos escrúpulos.

Para colmo, mis libros y apuntes, así como los de mi mujer, indispensables porque ambos estábamos preparando oposiciones, se perdieron en los laberínticos vericuetos de RENFE y tardaron al menos un mes en reaparecer, y ello gracias al desvelo de un honesto y eficiente factor ferroviario.

La primera impresión del paisaje humano no pudo ser más desfavorable. Veníamos de una capital en plena efervescencia intelectual, social y política y nos encontramos con unos círculos profesionales anacrónicos y corporativistas donde no parecía existir ninguna preocupación por los temas extraprofesionales, y en el que, cuando los médicos hablaban casi exclusivamente de sus pacientes, los abogados de sus pleitos o los arquitectos de sus proyectos, era como si se jactaran de su posición y sus lenguajes crípticos intentasen revelar que constituían un gremio elegido por los dioses. Con el tiempo pude comprobar que esa primera impresión, sin duda significativa, no representaba la totalidad de la realidad; pero antes de que eso sucediera, la benéfica empatía con Alejandro y Mariagus permitió establecer una especie de puente entre la realidad de nuestra vida en Madrid y la realidad de lo que el presente nos ofrecía en Huelva.

Descubriendo Huelva con Alejandro y Mariagus

Cuando no habrían transcurrido ni 48 horas de nuestra presentación, Alejandro se ofreció a enseñarnos la ciudad en el inmediato domingo siguiente. Su mujer y él nos recogieron en nuestro domicilio provisional y emprendimos el recorrido de descubrimiento de la capital onubense.

Recuerdo la impresión que nos causó este singular matrimonio, que fue en aumento conforme transcurrían los minutos. Mientras

disfrutábamos de la espléndida vista que se divisa desde la cota más alta de El Conquero, Mariagus, para quien éramos dos desconocidos tres horas antes, se quejó –queja que se repetiría como un *leit motiv* durante toda la duración de nuestra amistad– de que su marido no hubiese tenido nunca tiempo para diseñarle una mesita de noche.

Tengo que aclarar inmediatamente que estos exabruptos de Mariagus formaban parte de su carácter y quien ha vivido, como yo, la devastadora desolación en que la sumergió el fallecimiento de Alejandro, sabe de la profundidad del amor que ambos se profesaban; pero aquel día y en aquel momento, de haber sido ambos solteros desde luego que les hubiera desaconsejado su matrimonio.

Mariagus era una mujer bellísima, puede decirse que escultórica, a la que la madurez sazónaba y añadía un ingrediente más a su deslumbradora presencia. Mariagus era brillante e inteligente, tenía en alta estima el arte, especialmente la escultura, que aprendía en el taller de León Ortega y de vez en cuando hacía gala de un humor incisivo, como quedó demostrado en el comentario sobre su marido antes aludido. Poseía un encomiable buen gusto tanto para elegir sus trajes como para decorar su casa. Con ella podía abordarse cualquier tema de conversación en la seguridad de que su criterio siempre era interesante.

Todo esto resultaba bastante excepcional en aquellos años de la España en blanco y negro, de las mujeres educadas para la confección del ajuar y el subsiguiente matrimonio, cuando en las reuniones de parejas los hombres se agrupaban para hablar de sus trabajos y de política –por supuesto dentro de los férreos límites que imponía la Dictadura–, y las mujeres se segregaban o eran segregadas para comentar entre ellas las vicisitudes de sus vidas, es decir de sus “la-

bores”. Las mujeres guapas por lo general eran rematadamente tontas al sobreentender que la suerte les había favorecido con las mejores cartas y por tanto no tenían que realizar el mínimo cultivo del talento que las menos guapas intentaban efectuar.

Podemos resumir esta primera impresión diciendo que fuimos desbordados tanto por el afecto que nos dispensaron como por la sorpresa de una relación entre dos personas tan diferentes: Mariagus dotada de una gran espontaneidad y Alejandro apegado a la contención y la prudencia. Mariagus llena aparentemente de alegría de vivir y Alejandro aparentemente consumido por alguna clase de dolor al que nosotros, en aquellos momentos iniciáticos, éramos incapaces de ponerle nombre.

Alejandro me ayudó a que no naufragara en la Delegación de la Vivienda

Nuestros primeros años fueron bastante duros. La Delegación de la Vivienda era seguramente una de las dependencias administrativas más odiadas. Trabajar en un lugar al que la gente desprecia, un lugar al que acuden quienes acaban de ser desahuciados, o aquellos a los que les ha sido declarada su vivienda en ruina sin que haya una alternativa satisfactoria que ofrecerles, me colocaba en una situación esquizofrénica.

Cuando una persona tiene que realizar su trabajo con otras que padecen graves necesidades, sin disponer de los medios suficientes para remediarlas, hay una solución de libro para no perder la cabeza: te declaras a ti mismo que esas personas que te complican la vida son, o unos farsantes, o los únicos responsables de sus miserias y sus carencias. Esta era la posición oficial de los funcionarios más

Huelva a mediados del siglo XX: el Puerto, la ría del Odiel y el Chorrillo



cínicos que, al yo rechazarla, convirtió mi vida en un infierno que durante un tiempo intenté obviar enviando informes a Madrid en los que daba cuenta de la situación, con la esperanza de que los Servicios Centrales reaccionaran colocando el problema de la vivienda en Huelva entre sus prioridades. Al apercibirme de que esos informes no provocaban el efecto deseado, lo que en mí había sido hasta entonces un antifranquismo latente se convirtió en un antifranquismo militante.

Estos aspectos tediosos e irritantes de mi trabajo no alcanzaban de pleno a Alejandro porque su actividad era eminentemente técnica. Una de las cosas que constituyó para mí una auténtica bajada a los infiernos fue cuando se me encomendó hacer el censo de los que habitaban en las chabolas existentes en el llamado Chorrito Alto. No era en aquella España muy difícil toparse con la pobreza, pero el grado de miseria, de soledad, de desamparo, de desnutrición, de incultura, que pude observar allí me marcó profundamente.

Alejandro, que era todo gradualidad, me intimidaba en el sentido de que algo en mi interior me decía que no era aconsejable desvelar de golpe la tormenta que desarrollaba en mi interior. Él repartía su jornada entre el Ayuntamiento, la Delegación de la Vivienda y su casa, adonde se llevaba una buena parte del trabajo que tenía que realizar en una y otra dependencia administrativa. Todos los días, antes de marchar al Ayuntamiento despachaba conmigo y seguramente, no lo recuerdo bien, fui desvelándole en continuas y sucesivas dosis las ideas y sentimientos que aquella situación me provocaba.

Muchas veces, después de concluir mi jornada a las 2, me quedaba estudiando hasta las 3 ó 3 y media, horas en las que aparecía Alejandro para recoger los informes que le habían pasado a má-

quina y sobre los que seguramente iba a trabajar en su vespertina jornada doméstica. Entonces, a esa hora más bien tardía para almorzar, se empeñaba en llevarme en su coche a mi casa, situada en el extremo opuesto de la ciudad. Este comportamiento se hizo costumbre a pesar de mis reiteradas protestas.

Durante los cotidianos despachos, Alejandro me daba en ocasiones algún artículo que había recortado de la prensa para mí y del que, entre renglones, podía deducirse una leve crítica a la situación, por supuesto dentro de las estrechas pautas que imponía la estricta censura de prensa.

Alejandro y el trabajo

¿Cómo era Alejandro en su trabajo? Creo que quienes le conocieron en esa dimensión estarán de acuerdo conmigo en definirlo con cinco palabras: detallista, independiente, desinteresado –desde el punto de vista económico–, sólido y riguroso.

Me atrevo a suponer que Alejandro pensaba que su función no consistía en quedar bien o caer simpático. Esto lo dejaba para los ámbitos más privados. Alejandro asumía con entereza que actuar con imparcialidad conllevaba una cierta confrontación cotidiana, unas veces con las autoridades y otras con los particulares. Que su actuación como proyectista o director de la ejecución de un proyecto, como planificador urbanístico o como responsable de que las calificaciones del suelo se cumplieran, le colocaba en situaciones agónicas de las que en alguna ocasión fue inicualemente víctima pero que, seguramente, consideraba que tales cosas formaban parte de su concepto de la disciplina arquitectónica y de la policía urbanística.

En dos episodios remamos dentro del mismo barco contra los golpes de mar de la injusticia.

Una fue en el conflicto con VOSA y con el alcalde, que afectó de manera muy grave a su futuro profesional y al que más adelante habré de referirme.

La otra constituyó un incidente estúpido que me indignó profundamente. El protagonista era un importante abogado, Hermano Mayor de una Cofradía de Semana Santa, que influido por los aires del *aggiornamiento* católico, había decidido con buen criterio que la mejor contribución religiosa que la Hermandad podía hacer a su pueblo era construir viviendas para personas con escasos recursos. El proyecto y dirección de las obras se los encargó a Alejandro; pero antes de que estas estuviesen terminadas, su hijo acabó la carrera de arquitecto. En vez de poner esta circunstancia y su deseo de que el flamante arquitecto se estrenara rematando la construcción en conocimiento de Alejandro, y pedirle la autorización correspondiente, eligió el camino malo: solicitó la anulación del encargo por la ineptitud con la que, según él, Alejandro había desarrollado el mismo. Debo aclarar que padre e hijo eran también amigos míos, pero cuando Alejandro me pidió que le defendiese ni lo dudé. Tras los diversos trámites y pruebas periciales la sentencia declaró la buena calidad del trabajo profesional de Don Alejandro Herrero y condenó al ‘encargante’ al pago de los honorarios debidos a aquel.

El procedimiento terminó poco antes de que mi familia y unos amigos nos reuniéramos en una cala de Menorca en acampada libre. Cuando nos disponíamos a emprender el viaje, alguien llamó a la puerta de mi casa. Se trataba del portador de un objeto que me regalaba Alejandro. Pueden imaginar el mes maravilloso que pasamos

en Menorca, porque el regalo consistía en juna maravillosa balsa neumática! en la que nos desplazábamos todos los días por un caño colindante con nuestro asilvestrado campamento hasta el mar abierto.

Alejandro como arquitecto

Personas hay entre los participantes en este homenaje más autorizadas que yo para evaluar el buen hacer profesional de Alejandro. Por tanto me voy a limitar a algunas estrictas consideraciones.

Alejandro estaba muy bien formado y muy bien informado. Alguna vez hablamos del casticismo arquitectónico y del barroco andaluz; Alejandro, con una sencillez que quitaba toda solemnidad a sus palabras, me dijo algo sobre lo que he vuelto en bastantes momentos de mi vida: “es corriente que todos los artistas pasen por una fase romántica en su evolución”, con lo que le daba al tema una amplitud que yo estaba muy lejos de sospechar y que me hizo recordar algunas escuelas jurídicas que intentaron basar el derecho en el “espíritu del pueblo”, más o menos supuestamente vivo a través de la historia y las tradiciones.

En una ocasión vinieron a Huelva unos arquitectos recién graduados ansiosos de realizar su “opera prima”. No sé cómo, entraron en contacto con un grupo de profesores y todos, entusiasmados, comenzaron a cambiar impresiones sobre lo que podrían ser las necesidades de cada cual, el presupuesto, la ubicación y la morfología de un proyecto de viviendas para funcionarios.

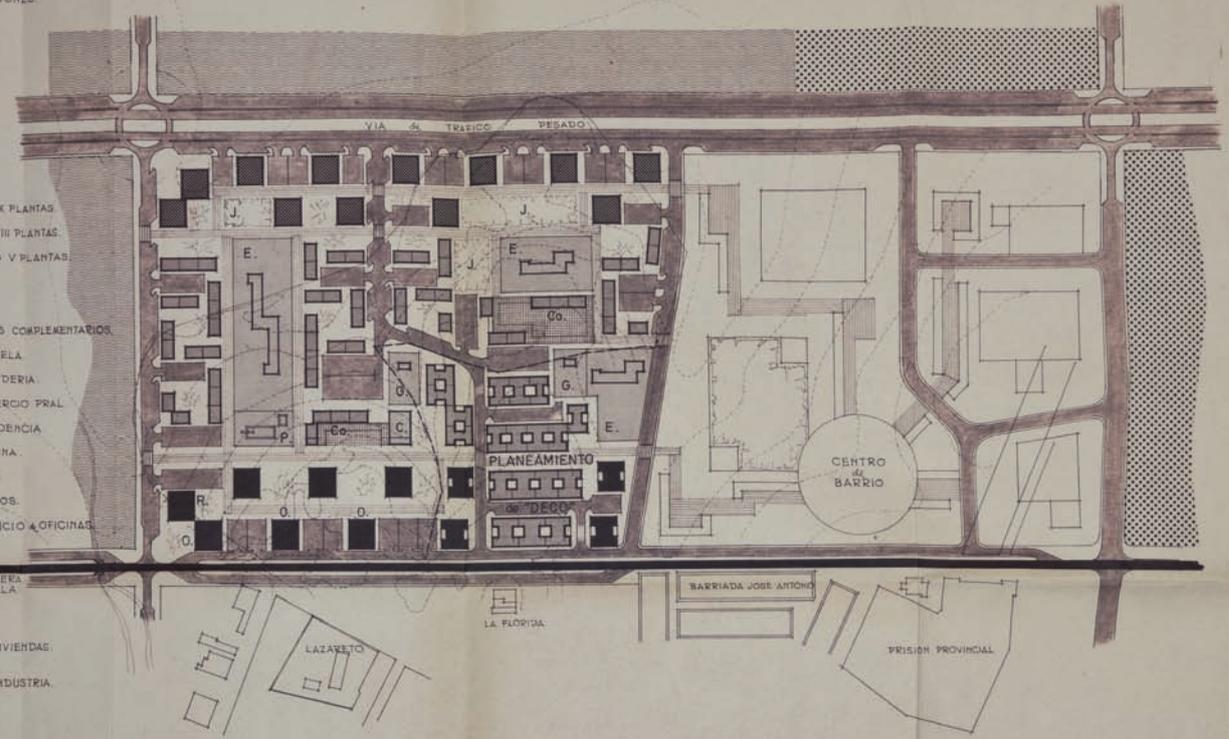
Los arquitectos, muy en su papel, iban tomando notas y pintando ‘monos’ sobre la marcha. Uno de estos ‘monos’, henchida de alegría mientras que no cesaba de encomiar la valía de estos profesionales, se lo mostró Marga, mi mujer, a Alejandro, quien sin expresar la

 CALZADAS
 CIRCUITO PRINCIPAL
 & PEATONES.

 TORRES X PLANTAS
 TORRES VIII PLANTAS
 BLOQUES V PLANTAS

 EDIFICIOS COMPLEMENTARIOS
 E. ESCUELA
 G. GUARDERIA.
 Co. COMERCIO PRAL.
 R. RESIDENCIA
 P. PISCINA.
 C. CINE
 J. JUEGOS.
 O. EDIFICIO & OFICINAS.

 ZONA & VIVIENDAS.
 ZONA & INDUSTRIA.



Viviendas subvencionadas en la barriada de Los Rosales, Huelva (1967)

más leve crítica, se limitó a hacer un solo y único comentario mordaz: “las viviendas están muy bien, ¿pero dónde están las ventanas?”. El proyecto de esta tentativa opera prima, era como el emperador desnudo ¡No tenía ventanas!

A finales de los sesenta y principios de los setenta del pasado siglo, la revista *Triunfo* representaba mucho para las mentalidades progresistas; y quienes se convertían en objeto de información en dicha revista, adquirirían de inmediato un prestigio extraordinario para sus lectores. Este fue el caso del arquitecto Ricardo Bofill, un superdotado para el marketing de su propia persona y de sus trabajos que participaba como personaje destacado en la atmósfera de la *gauche divine* de la Barcelona de la época.

Yo colaboraba desinteresadamente en una Cooperativa con la que compensaba mis frustraciones en la Delegación de la Vivienda, ya que esa entidad construía viviendas para personas con escasos recursos, lo que, como indiqué anteriormente, no lograba conseguir como funcionario. Por indicación mía la Cooperativa entró en contacto con Bofill quien nos explicó ampliamente su proyecto de “Ciudad en el Espacio”. Se trataba en definitiva de una nueva concepción de la construcción, del urbanismo y hasta de la convivencia, de manzanas y bloques levantados verticalmente donde la circulación más pausada no se realizaba por las calles tradicionales sino por vías públicas edificadas en altura.

Cuando le conté a Alejandro, deslumbrado como estaba, las admirables ideas de Bofill sobre “La Ciudad en el Espacio”, se limitó a indicarme, que sí, que había un arquitecto canadiense que había teorizado mucho sobre eso. Algún artículo o revista de arquitectura que posteriormente cayó en mis manos corroboró lo que Alejandro

no quiso ni siquiera calificar como invención carente de originalidad.

Alejandro operaba con los criterios de un excelente profesional, en eso era intransigente, pero nunca pretendió sacar a relucir su magnífica formación, continuamente actualizada, que era la que le permitía actuar con tanta solvencia.

Algunas veces me he preguntado qué idea de ciudad bullía en la cabeza de Alejandro. Desde esa perspectiva no basta con remitirse a sus trabajos, porque estos tendrían que ser analizados en su conjunto y, aún así, habría que saber cuánto le vendría impuesto desde fuera, o por la escasez de recursos, o por la vulnerabilidad de aquellas concepciones que chocasen con la filosofía de la Dictadura.

Sí recuerdo que en una de nuestras conversaciones se manifestó a favor de una cierta tipología de ciudades existentes en Inglaterra, diseñadas para una población de entre 200.000 y 300.000 personas.

Le Corbusier decía que en la época actual “el Plan es el Dictador”. ¿Se agotaba el perfil profesional de Alejandro en la ciudad “planificada”? ¿Su programa de planificación era meramente racional, es decir, limitado a una distribución razonable de las áreas de viviendas, industriales, comerciales, sociales, lúdicas, etcétera? ¿Se aproximaría a algún tipo de voluntad transformadora y de compromiso social del tipo de Oscar Niemeyer? ¿Qué margen concedía a esa espontaneidad maravillosa que ha sido el “Deus ex machina” de tantas ciudades que nos asombran por su belleza?

Desde luego Alejandro era un “ilustrado”, lo que quizás le venía, entre otras influencias, de sus padres. Pero no había más que verle como vestía, o cuanto disfrutaba durmiendo la siesta en una de esas hamacas que se cuelgan entre dos árboles, o verle dibujando con aires de “croupier”, con aquella visera con la que se protegía de las

luces demasiado directas, para apercibirse de que había algo de recónditamente romántico y machadiano en su espíritu. Y yo me permito inferir, tanto del izquierdismo de su época universitaria como de la amistosa complicidad de la que tan orgulloso me siento, que estas dimensiones también ocupaban un espacio en la mente del Arquitecto Alejandro Herrero.

La jugada mágica de su autosuplantación

Alejandro era, desde luego, una persona nada interesada por el dinero. Precisaba de él, como todo el mundo, para atender a las necesidades corrientes de una persona de clase media alta de carácter austero, aunque no escatimaba en ciertos gastos como los concernientes a la educación de sus hijos.

Hasta los años 70 del pasado siglo, para un arquitecto recién llegado a Huelva no era difícil convertirse en “millonario” con sólo un año de ejercicio profesional. La necesidad de vivienda era tanta y el número de arquitectos tan exiguo que esa cumbre económica se alcanzaba casi con la simple voluntad de loglarla.

Alejandro nunca tuvo esa voluntad, como tampoco la tuvo para vivir en una vivienda de su propiedad o tener un coche importado, lo que constituía por aquel entonces el nivel más alto de los propietarios de automóviles. Creo acertar cuando pienso que se hubiera sentido inmensamente incómodo en la opulencia. No puedo suponer una intencionalidad diferente en quien decididamente había asumido de manera voluntaria la condición de “hombre gris”, en reñido contraste con el lugar elitista que los arquitectos ocupaban en el escalafón social, tanto por la dureza de sus estudios como por la doble dimensión técnica y humanística de estos, sin que pueda

olvidarse que hasta fechas muy recientes los arquitectos eran generalmente perceptores de elevados ingresos.

No es que Alejandro fuese un hombre gris, sino que gustaba esconderse detrás de esta apariencia, se vestía con esos colores y frecuentemente se compraba varias chaquetas y pantalones idénticos para dar la sensación de que siempre llevaba el mismo traje. No sé si me equivoco, pero cuando lo recuerdo va vestido con una chaqueta de espiguilla gris oscura y un pantalón a tono, con su voz siempre leve, sus gafas elegantemente discretas y el centro de gravedad algo desplazado hacia delante como si tratase de ocultar su buena planta.

Nuestra amistad con Alejandro y Mariagus

A lo largo de esta exposición hemos hecho variadas referencias al vínculo amistoso que, aunque se reforzara con el tiempo, nació en el mismo momento en que nos conocimos. Resulta sorprendente esta amistad entre personas a las que separaba una distancia temporal próxima a los 30 años. Puede que les recordáramos a sus hijos, ausentes en Madrid y a los que por tanto veían solo esporádicamente, o puede que nuestra llegada a Huelva les hiciera rememorar a la de ellos mismos, o que intuyeran que algo de nosotros les era próximo. Por nuestra parte nos encontrábamos en una situación en que la amistad era la manera más deseable de salir de nuestro aislamiento. Todo esto hizo que esa distancia temporal se convirtiera en una dificultad menor para el desarrollo de nuestra amistad.

Debo a esa amistad la que poco tiempo después alcancé con Juan Manuel Seisedos, sellada por muchos años de lealtad recíproca, de valores compartidos y amistades comunes. Gracias a Juan Manuel,

e indirectamente a la familia Herrero, pude por fin encontrarme en ambientes con la sensibilidad e inquietudes de los que me había visto obligado a dejar, primero en Málaga y más tarde en Madrid.

En la primavera de 1964 yo estaba en Madrid preparando unas oposiciones muy próximas. Había dejado a Marga sola y en avanzado estado de gestación. Por aquellas fechas Mariagus y Alejandro fueron a visitar a Marga a la que encontraron en una situación provocada por su embarazo, de abandono de sí misma, inapetente, con una botella de leche a medio consumir, en el suelo, al lado de la cama en que se encontraba casi exánime. Sobre la marcha decidieron que hiciera la maleta y se fuera a vivir con ellos hasta que yo regresase.

Sus hijos, de los que nos separaba poco más de un lustro, tenían como nosotros referencias a través de sus padres y tan pronto como nos conocimos se produjo una de esas infrecuentes amistades que son igualmente estrechas con padres e hijos.

Un buen día Alejandro nos pidió que si era posible alojáramos en nuestra casa al novio de Magú que iba a venir a Huelva. Así lo hicimos y este hecho se convirtió desde entonces en una agradable costumbre, donde con asiduidad practicábamos el placer de esas largas e intensas conversaciones que se prolongaban hasta cerca del amanecer y a las que, en parte, debo el impulso final para lanzarme a la vida política activa.

Esta situación fronteriza nos permitió que nuestros hijos, de padres sin especiales convicciones religiosas, en una época en que había que ir, para acceder a determinados actos civiles, con la partida de bautismo en la boca, fueran apadrinados, Marina, por Alejandro y Mariagus, y Erasmo por Magú y Juan Manuel Seisdedos.

La ideología de Alejandro

La Guerra Civil no sólo dividió a los españoles en vencedores y vencidos, sino que si acercamos el *zoom* a ambas categorías podríamos advertir dentro de ella grupos y subgrupos diversos.

Dentro de los primeros están los fanáticos inamovibles, los que salieron de aquellos luctuosos acontecimientos convertidos en zombis y los que, tras recorrer cada uno su particular camino de Damasco, reconocieron como erróneo su alineamiento durante la contienda y terminaron sumándose a las filas de los demócratas.

Dentro de los segundos el peso de la derrota fue el factor común y el doloroso suplicio que todos los grupos y subgrupos compartían.

Lo que define a cada uno de esos colectivos es el modo en que les afecta ese factor común: si se deja aparte a los que murieron fusilados, en la cárcel o a consecuencia de las privaciones a las que quedaron sometidos, hay que mencionar en primer lugar a los exiliados exteriores, modulados por el pensamiento y las costumbres de los países que los acogieron y por sus propias vicisitudes y experiencias.

Algunos de estos ilustres peregrinos mantuvieron siempre un vínculo de cordial relación en el espíritu de Alejandro Herrero. Es el caso de Robles Piquer, Félix Candela o Fernando Claudín, compañeros de estudios y afanes.

De entre los que se quedaron en España, algunos fueron víctimas de un particular síndrome de Estocolmo que les llevaría a integrarse en el bando franquista. Otros vivieron en una especie de exilio interior, entre el temor a las represalias y la impotencia para modificar el curso de los acontecimientos a los que contemplaban unas veces sarcásticamente, otras con ira y siempre procurando que sus emociones no se manifestaran en sus rostros.

Creo que a este grupo pertenecieron mi suegro, médico, militar y masón, y por ende represaliado, y Alejandro, hijo de masón y víctima de una justicia tan primitiva e inicua que hacía solidarios a los familiares de lo que se reprochaba a sus padres. Debo añadir que, seguramente, en su época juvenil, donde no sé precisar si militó en las Juventudes Socialistas o en la Federación Universitaria Española (FUE), su pensamiento estaría más situado a la izquierda que el de su progenitor, aunque la masonería estuviera considerada en el mismo plano que el comunismo en la famosa ley para la represión de uno y otro, y aunque los Consejos de Guerra y las balas tampoco fueran demasiado finos en los análisis que precedían a las condenas, que se imponían sin distinción a republicanos, anarquistas, socialistas, nacionalistas y demócratas en general.

Durante mucho tiempo viví en la certeza, que debí sacar de alguna parte, de que Alejandro militó en las Juventudes Socialistas. Alguna persona de su familia me señaló que sólo estuvo afiliado a FUE.

Quiero destacar que tanto con mi suegro como con Alejandro, quien como yo formábamos parte de los que libremente nos habíamos declarado perdedores voluntarios de una guerra en la que no pudimos participar, establecí una relación de entendimiento no explícita pero sí profunda y misteriosa, como si nuestras raíces, más que nuestras ramas, se entrelazaran por debajo de las palabras y del tiempo.

Lo que antecede no se contradice con la intervención profesional de Alejandro en dos obras que resalta su colega José Ramón Moreno: una Cruz de los Caídos y un monumento a José Antonio Primo de Rivera. Probablemente intervino en otros temas como reservas de suelo para edificaciones religiosas, iglesias y construcciones para alojar oficinas de signo político, que tampoco entrarían en el ámbito

de sus preferencias. Estas cuestiones, como la jura de los Principios Fundamentales del Movimiento por parte de los funcionarios, eran el peaje que se tenía que pagar para no convertirse, en el mejor de los casos, en un sujeto con antecedentes policiales, excluido y discriminado de la convivencia ordinaria, tributo que se fue relajando con el tiempo hasta desaparecer en los albores de la Democracia.

La última vez que vi a Alejandro se encontraba ya hospitalizado, falleciendo pocos días después. Era pública mi condición de Secretario General del Partido Socialista y de candidato a Diputado del Congreso. Nuestras inconfesadas afinidades habían descontado desde hacía mucho tiempo que unas circunstancias como esas pudieran influir en nuestra amistad en cualquier sentido.

Mientras que la vida de Alejandro se iba extinguiendo con la gradualidad que la había caracterizado, España ponía rumbo con una velocidad creciente a la Democracia y estoy casi seguro que esa situación sería una de las escasas alegrías que el destino le toleró en tan aciagos momentos. Tampoco esta vez hablamos demasiado expresamente de aquellos acontecimientos tan enervantes.

¿Qué habría votado Alejandro si sus facultades físicas se lo hubieran permitido? Pienso que, probablemente, si hubiera prevalecido su dimensión de contención y prudencia, habría votado a la UCD. Si por el contrario hubiese prevalecido su dimensión idealista y rebelde, habría votado al PSOE. En todo caso, como cada voto lleva una intención singular y secreta, tengo la seguridad de que el voto de Alejandro habría sido a favor de que España se pareciera lo más posible a aquella España republicana que la Guerra Civil truncó. Alejandro, como otros muchos, aún teniendo un legítimo derecho al despecho, no habría votado nunca con ánimo de venganza.

¿Cuánto cuesta ser honesto?

A lo largo de nuestra existencia nos vemos obligados a hacer concesiones en diferentes momentos. Generalmente esa ductilidad nos permite preservar intacto el caudal de nuestra independencia en otros aspectos de nuestra actividad. Hemos señalado la ductilidad de Alejandro en algunos de sus trabajos. Pero Alejandro tenía sus líneas rojas que preservaban un espacio que no estaba dispuesto a ceder.

Una zona situada al norte de Las Colonias, a la derecha de la carretera de Gibraleón, colindante con el Humilladero de la Cinta, estaba calificada como zona verde y por tanto, según la legislación de la época, no podía afectarse a otros fines a menos que se obtuviera autorización del Consejo de Ministros. Creo recordar que se iba a destinar a parque.

Como es bien sabido, uno de los más sucios negocios inmobiliarios consiste en comprar suelo al precio de no urbanizable para terminar edificándolo. Esto fue lo que hizo la empresa VOSA que, con el decidido apoyo de quien en aquellos tiempos era el alcalde de Huelva, intentó que Alejandro y yo secundáramos sus planes, que no pasaban desde luego por solicitar la referida autorización del Consejo de Ministros.

Alejandro ya había informado en contra en el Ayuntamiento y los dos copropietarios de la empresa y yo tuvimos una violentísima discusión dos o tres días antes del 25 de diciembre. Poco después, al llegar a mi casa, me encontré con una inmensa cesta de navidad del establecimiento más acreditado de Huelva. Adivinando de quien provenía el obsequio, me fui directo a la tarjeta y se confirmaron mis temores. Rápidamente llamé al comercio de donde pro-

venía la cesta y rogué que vinieran a recogerla y así se lo comunicaran a VOSA.

Mientras, en el Ayuntamiento se tramó la represalia contra Alejandro, a quien le abrieron expediente como si se acabaran de enterar, al cabo de un montón de años, que Alejandro trabajaba también en otra dependencia administrativa.

Nunca en Huelva se había cuestionado que arquitectos que prestaban sus servicios a cualquier entidad pública, realizasen trabajos para sus clientes particulares. Sin embargo, por primera vez se cuestionaba la objetividad de quien como funcionario se encargaba de defender el mismo interés público en dos dependencias administrativas que, aunque diversas, debían coincidir en sus propósitos.

Asesoré a Alejandro en la contestación a las acusaciones que le formularon por escrito. Tuvo que dejar una de sus dos ocupaciones con lo que sus ingresos se mermaron considerablemente y, lo que es peor, esta decepción suprimió en Mariagus y Alejandro el deseo de permanecer en Huelva.

Las viviendas se hicieron porque el Alcalde permitió que la licencia se dispensase por silencio administrativo positivo. Ahí están, con su deleznable aspecto, como un monumento a la injusticia y a lo que no debe ser una barriada.

Parece que posteriormente se trató de blanquear tan miserable proceder, eliminando el aspecto de represalia que tuvo el procedimiento y dando a la rescisión de la relación funcional de Alejandro con el municipio el tratamiento de una excedencia voluntaria.

Sobre estos extremos veremos qué información se contiene en el Archivo Municipal.

Paseo de los Naranjos (El Conquero, Huelva)





Concluyo agradeciendo la oportunidad que se me brinda para contribuir con estas palabras a que Alejandro Herrero tenga en la historia de Huelva el lugar que se merece.

El tiempo, con frecuencia, es capaz de enmendar las injusticias y colocar a cada uno en el sitio que ha ganado con sus obras.

Tengo la seguridad de que un acto como este jamás honrará la memoria de quienes intentaron deshonrar la de Alejandro.



Alejandro...

MARGARITA RAMÍREZ-MONTESINOS VIZCAYNO

Lo recuerdo un atardecer, finalizada su jornada de trabajo, en una primavera adelantada, subir por la empinada cuesta de “Los Naranjos”, paso a paso. Se detenía para aspirar los múltiples aromas de jardines que bordean el camino con la mirada perdida en lontananza. Siempre vestía con chaqueta sport de mezclilla y pantalón gris de cheviot. Sus trajes eran sobrios, elegantes y semejantes para no destacar.

Poseía la humildad del sabio: “sólo sé que no sé nada”, se decía para sus adentros, y sonreía.

Su estatura le obligaba a inclinar atento y leve, la cabeza y el cuerpo cuando de pie hablaba con alguien generalmente más bajo, como el árbol alargado que inclina su copa al susurro del viento. Con ternura su mujer Mariagus le llamaba “mi ciprés”.

Fue un hombre de izquierdas castigado, caminaba por la vida en zapatillas, con cautela.

Su figura ha quedado grabada indeleble en mi memoria como queda el recuerdo de un buen maestro inolvidable.



Un retrato de ausencias

JUAN MANUEL SEISDEDOS

En la Huelva de los años sesenta, que fue cuando conocí a la familia Herrero, poca gente pintaba –dicho sea en sentido literal, aunque también en el figurado– y esos pocos que sí pintábamos en sentido literal, tampoco pintábamos mucho en el otro sentido. El aprecio por el arte, incluida la arquitectura, y por su modernidad, llegaron a esta ciudad mucho después que las chimeneas. Esta disquisición pictórica viene a cuento para recordar una parte del ambiente que rodeó a Alejandro Herrero y porque la pintura, o mejor el dibujo, fue la causa de ésta, para mí, feliz amistad.

Si buceé a más de cuarenta años de profundidad me observo como un joven de veintipocos años que da clases de dibujo a Magú, la hija de Alejandro y de Mariagus, que se preparaba para ingresar en la Escuela de Arquitectura; también a su hermano Alé, que ya por entonces tenía intereses artísticos. Curro Vallejo también aparecía por aquella academia de andar por casa; por aquella casa que se percibía con proporciones agradables y esa serenidad de los espacios habitados donde lo necesario no deja lugar para lo superfluo.

Me gustaba la mónstera que te recibía antes de franquear la entrada de aquel chalé en el Conquero. La mónstera no era ninguna chacha ni amiga de la familia, se trataba de una magnífica “costilla de Adán”, que también así se llama para nosotros el vulgo. Hasta entonces no había visto otra tan hermosa, e inevitablemente ocupa mi memoria, junto a recuerdos y olores antañones cuando miro la que ahora tengo plantada en mi patio.



De Alejandro Herrero, para mí entonces Don Alejandro, podría intentar un retrato indirecto. Un retrato de ausencias, pues aparte de su talante afable y de la confianza que me dispensó, la diferencia de edad y de madurez, no propiciaron conversaciones de carácter personal o profesional. Sin embargo –según dice la gente que sabe de estas cosas–, existe un tipo de información que dejamos indirectamente en nuestro entorno que nos puede definir en muchos aspectos, aunque esa información las más de las veces no sea traducible al lenguaje verbal y se quede en la percepción emocional. La enorme mesa de trabajo de Alejandro, donde se apilaban ordenadamente papeles encuadernados y rollos de planos, esotéricos para miradas profanas, decía cosas. Transmitía un mundo. También da cuenta de las personas, aparte de la huella de su trabajo o de los objetos de que se rodean, el conocer a los hijos o con quién comparte o ha compartido su vida.

Mariagus, de temperamento extrovertido, sabiduría socarrona y notable sentido del humor, formó parte durante una larga etapa de los asiduos que frecuentábamos el taller del escultor León Ortega a la búsqueda de conocimiento artístico, conversación y amistad. Creo que León también se lo pasaba bien. Por eso se abstuvo de hacer lo que dicen que hizo Cristo con los que invadían cierto lugar sagrado. De Magú, ya arquitecta y residiendo en Madrid, tuve ocasión de sentir su apoyo y el valor de la amistad durante mis primeras exposiciones en la Capital.

Decía antes lo de Don Alejandro porque, al igual que uno de mis maestros, el pintor Pedro Gómez, era para todo el mundo no demasiado allegado Don Pedro; Don Alejandro era Don Alejandro. Y no tenía nada que ver con la cercanía personal, ni con el respeto, ni con que en aquel entonces los arquitectos y los médicos estuviesen en la escala social casi a la altura de un obispo. Simplemente era así; como un aura que unas personas llevan, y otras no. Don Alejandro lo portaba a la altura de su aspecto de gigantón sabio y bondadoso. Curiosamente cuando estas personas son historia y llegan el reconocimiento general y los homenajes, vuelven a nombrarse por su nombre a secas: Mies van der Rohe, Antonio Gaudí, Aldo Rossi...

En el retrato de ausencias de Alejandro Herrero perviven las huellas de su trabajo, huellas de las que puede deducirse, entre otras cosas, su amor por el paisaje de Huelva; ese paisaje abierto a la marisma y a los cielos limpios, que a tantos artistas inspiró y al que un posterior urbanismo especulador no para de dar dentelladas. Y hoy, a pesar de que objetivamente se han hecho cosas positivas, a mucha gente nos produce una gran melancolía el pensar en la Huelva que podría haber sido. Posiblemente muy cercana a la que imaginó Alejandro Herrero.



El exilio interior de Alejandro Herrero

RICARDO VISEDO QUIROGA

Fue en el mes de agosto de 1965 cuando conocí a Alejandro Herrero. Estaba previsto que fuese en el mes de julio, pero los sucesos acaecidos a lo largo de ese curso académico en la Universidad de Madrid embargaron la calma que de siempre sobreviene a la culminación de los exámenes.

Aprovechando el vacío que resulta del inicio del periodo vacacional, el entonces rector de la Universidad de Madrid, Enrique Gutiérrez Ríos, nos sorprendió con la incoación de expedientes disciplinarios a un número importante de alumnos de distintas facultades, por su supuesta participación en la organización de los actos de protesta que se llevaron a cabo a raíz de los expedientes que, en el mes de marzo, se abrieron a los profesores Aguilar Navarro, Aranguren, García Calvo, Montero Díaz y Tierno Galván.

Como era costumbre entonces, la autoridad académica se sometía a los dictados de la Brigada de Investigación Social, y con criterio policial se actuaba sin coherencia contra los estudiantes, y así ocurría que muchos de los nombres de la lista de sancionados ya habían culminado en años anteriores sus estudios, como el caso de Rodrigo Uría, que no sólo había terminado la carrera dos o tres años antes, sino que, además, en aquellas fechas hacía un año que se encontraba en El Aiún, haciendo el servicio militar en un batallón de castigo por su conocida militancia en FUDE.

El caso es que hubo que organizarse para poder recurrir en el plazo administrativo a los expedientes, labor que me tocó coordinar con otros compañeros, y que, como en otras ocasiones parecidas

en las que éramos represaliados, contábamos con la complicidad, generosidad e inestimable ayuda de los abogados monárquicos de Unión Española, Jaime Miralles, Joaquín Satrustegi y Vicente Piniés. Terminadas las tareas de los recursos administrativos, el mes de agosto entró en liza, y recuperé el propósito de ir a Huelva a pasar unos días con mi novia, Magú. En ese viaje conocí a su padre, Alejandro Herrero.

No puedo ocultar que mis primeras impresiones sobre quien pasados los años fue mi suegro, no fueron buenas. Me pareció una persona distante, circunspecta e inabordable, refugiada en su profesión y aislada del mundo que le rodeaba, excepto del istmo de su familia. En un principio llegué a pensar que alguien como yo, que había sido detenido varias veces, procesado por el Tribunal de Orden Público, y, además, privilegiado por el franquismo, que me concedió la gracia de disfrutar durante algún tiempo de una habitación con pensión completa en el distrito madrileño de Carabanchel, no era el futuro marido más idóneo de su hija. ¡Craso error! A los pocos días descubrí que lo que sucedía era que, para Alejandro, yo le retrotraía a un pasado que él execraba, y que mi presencia avivaba los rescoldos de lo que creía ya apagado.

En efecto, Alejandro y su familia fueron un claro ejemplo de perdedores de la Guerra Civil, represaliados en la posguerra por el Régimen de Franco. El padre de Alejandro, Román Herrero de la Orden, fue condenado a treinta años de reclusión mayor por el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería, un tribunal militar, con arreglo a la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo. Encarcelado en Porlier durante varios años, su pena fue conmutada a doce años de reclusión menor gracias a las in-

fluencias de su familia política y murió, como consecuencia de una gravísima enfermedad, poco después de su excarcelación, recluso en su domicilio. Su hermano Vicente tuvo que exiliarse al terminar la Guerra Civil. Junto con Miguel Ángel Marín, Vicente Herrero fue uno de los artífices del llamado “Acuerdo de Figueres”, que permitió salvar las mejores obras del Prado. Profesor ayudante de Derecho Político de la Universidad Madrid y Oficial letrado del Congreso de los Diputados, es citado por el profesor Luis Otero Carvajal en su excelente obra intitulada *La destrucción de la ciencia en España: depuración universitaria en el franquismo*. En cuanto a otro de sus hermanos, Enrique, abogado de profesión, tampoco superó la situación y acabó marchándose a Roma a principios de los años cincuenta, a trabajar en la FAO, tras años de subempleo y ostracismo en la España de posguerra.

A Alejandro le sobrevino el levantamiento en la zona rebelde, Soria, donde se recuperaba de la enfermedad pulmonar que le lastró durante toda su vida. Su condición de convaleciente, que le duró casi toda la contienda, le impidió participar en el conflicto. Acabada la guerra intentó integrarse en la vida civil y ejercer su profesión de arquitecto, pero fue un empeño inútil. Eran los tiempos de la represión, difíciles para todo aquel que no hubiera dado muestras inequívocas de adhesión a los ideales que informaban el llamado Movimiento Nacional. En su caso, a pesar de que no se le podía imputar cargo alguno, para las autoridades falangistas el aura familiar y su pertenencia a la FUE en su etapa estudiantil le hacían sospechoso, y en una interpretación laxa, hasta se le podría aplicar la Ley de Responsabilidades Políticas, según la cual no solo los que habían colaborado con el gobierno legal de la República podían

ser condenados, sino también aquellos que supuestamente hubieran mostrado una “pasividad grave”.

En un ambiente peligrosamente hostil, su familia señalada y sus mejores amigos y compañeros de la escuela de arquitectura, Félix Candela y Eduardo Robles Piquer, en el exilio, y con dos conspicuos falangistas, compañeros también de la escuela de arquitectura, Manuel Valdés Larrañaga y José Manuel Aizpurúa, interesándose por su quehacer (sobre todo el primero, fundador con Primo de Rivera de Falange Española, y uno de los jefes del SEU, y a la sazón gobernador civil y jefe provincial del Movimiento en Madrid), Alejandro se dispuso a buscar su futuro lejos de la ciudad en la que nació y había pasado su vida. Decisión que le corrobora Leopoldo Torres Balbás⁸, cuando le consulta sobre su propósito.

El destino elegido fue Huelva. Siempre le pregunté por qué esa ciudad y nunca me supo responder. Un arquitecto, compañero suyo de la escuela, que fue a visitarle a Huelva allá por los años setenta, Eduardo Anasagasti Irigoyen, me habló de una visita que hizo Alejandro a otro compañero de estudios en la escuela de Arquitectura, Pedro Bidagor, para pedirle trabajo. Era el jefe de Oficina Técnica de la Junta de Reconstrucción de Madrid de después de la guerra,

⁸ Fue profesor suyo en la Escuela de Arquitectura y supervisó el magnífico trabajo que Alejandro realizó sobre la arquitectura de la casa pinariega (¿sería éste el momento de reeditarlo!). Lo mismo que le ocurrió a él, a Leopoldo Torres Balbás la Guerra Civil le sorprendió cuando viajaba con un grupo de alumnos por la provincia de Soria, y la circunstancia fue providencial, pues si la guerra le hubiera sorprendido en Granada (era conservador de La Alhambra), dado el círculo progresista en el que se movía, lo hubiera pasado muy mal. Al hallarse desplazado en Soria, se ocupó de dar clases de Historia de España en el Instituto de Segunda Enseñanza de aquella ciudad. En este tiempo, ambos asentaron una profunda y sólida amistad. Alejandro sentía veneración por este personaje.

y él fue el que le puso sobre aviso del interés de Valdés Larrañaga por su persona, y quien le informó, además, sobre la plaza de arquitecto en el Ayuntamiento de Huelva

Fuera lo que fuese, el caso es que en el año 1940 otro miembro de la familia Herrero Ayllón se ve abocado al exilio, en esta ocasión al exilio interior. Condenado al ostracismo, un joven ambicioso intelectual y vitalmente, se ve obligado a exiliarse en su propia intimidad para sobrevivir tras la Guerra Civil.

Ya noté anteriormente que en los primeros días de nuestra relación, mi percepción era que entre Alejandro y yo no había empatía. También aclaré que no fue por mucho tiempo. Justo a los pocos días de conocernos, a mediados de agosto aproximadamente, se informó en la prensa sobre la resolución del Consejo de Ministros por la que se separaba de sus cátedras a los profesores José Luis Aranguren, Agustín García Calvo y Enrique Tierno Galván. Al socaire de la noticia, Magú y yo le contamos a su padre los pormenores de lo que ocurrió en aquella jornada en la que participamos activamente, y que culminó en la madrugada siguiente con la presencia de la Brigada Social en mi domicilio para llevarme nuevamente detenido.

Siempre recordaré esa noche en la que en su estudio, su refugio, Alejandro nos expresó su sentir cuando acabamos de narrarle los sucesos de aquella fecha. Nos vino a decir que España no tenía remedio, y aunque no de forma expresa, nos auguró un futuro desdichado (¿como el de él?) si no aceptábamos esa realidad. Tenía miedo por nuestro devenir. En su discurrir, constantemente nos invitaba a que viviéramos abstrayéndonos de lo que tanto para Magú como a mí era el norte de nuestra existencia en aquellos días: querer vivir en una sociedad libre y luchar por ello (es una paradoja, pero

en los primeros años de nuestro matrimonio, a principios de los sesenta, la desesperanza se apoderó de nosotros y lucubrábamos constantemente sobre la posibilidad de huir a Francia y establecernos allí; y si bien Magú y yo no hemos hablado sobre ello, creo que si no lo hicimos fue por la delicada salud de su padre, entonces).

En esa noche entendí que lo que yo creía actitud hostil y displicente, no era más que un profundo respeto a mis ideas. Quería decírmelo, y si no lo hacía era porque creía que no tenía derecho a entrometerse en mi vida. Reprimía sus impulsos en una coraza de timidez, que, por cierto, era una de las características más acusadas de su personalidad. Con la presencia de su hija, a la que también quería hacerle saber de sus temores sobre ella, aprovechó la ocasión.

No sólo inferí respecto a nuestra relación en esos primeros días, a partir de ese momento, la convivencia de nuestras existencias, y enterarme de hechos de su peripecia vital y profesional en Huelva me permitieron conocer el alcance de lo que de verdad era su exilio interior.

Alejandro vivió en soledad en Huelva. El miedo fue una constante en su extrañamiento. Miedo a ser identificado, a la denuncia, a quedarse sin trabajo. Se refugió en el silencio y el retraimiento, lo que supuso la pérdida de identidad y la interiorización a ultranza de sus vivencias republicanas. Siempre me llamó la atención que a lo largo de sus más de treinta años en esa ciudad, sólo entabló una verdadera amistad (afecto, complicidad, reconocimiento, respeto) con tres personas: Francisco Sedano, Joaquín Barba y Eligio Vallejo, y posteriormente con Carlos Navarrete (otros nombres podrían añadirse a este elenco, como en el caso de José María Morales Lupiáñez, Juan Miguel Rodríguez Cordero, Isidro Pinedo, Ricardo Anadón y Car-

los Hermoso, pero no me atrevería a calificarla de amistad, aunque, sin lugar a dudas, hubo afecto, y mucho, entre ellos).

Ese miedo se tradujo en Alejandro en lo que en el lenguaje anglosajón se conoce con el término *passivity and semi-impotence*. No supo, o no pudo, compartir su marginalidad con “otros”, para, en la medida de las posibilidades (que eran pocas), saciar la necesidad de una resistencia que le hubiese permitido mantener sus señas de identidad⁹.

Cabe preguntarse cómo es que en ese oprobioso año de 1940, y con sus antecedentes, Alejandro pudo hacerse con la plaza de arquitecto municipal. La ascendencia de Sedano sobre el entonces alcalde, González Barba, explicaría su entrada en el Ayuntamiento, pero desde 1942, en que cesó este alcalde, la represión sobre los “sospechosos” seguía implacable en Huelva¹⁰. ¡Es toda una incógnita! Mi tesis es que pasados los primeros años con este alcalde, con el que llegó a establecer una relación cordial y afectuosa, la autoridad ética, moral y profesional de Alejandro se impuso sobre todas las cosas. No es un lugar común lo que digo. Quienes conocimos a Alejandro sabemos de ello. Se supo ganar el respeto y reconocimiento de todos en el Ayuntamiento, hasta el punto de que su prestigio trascendió más allá del entorno de trabajo. Para todos era don Alejandro. Austero, exquisitamente ético (se aplicaba con rigor la incompatibilidad de su profesión hasta extremos de peligrar su economía familiar), correcto en el trato (jamás levantaba la voz), riguroso profesionalmente y moralmente intachable. Me atrevo a decir que, sin ser consciente de ello, Alejandro hizo su resistencia personal al franquismo que le tocó vivir haciéndose respetar y que se respetasen los valores del intelectual republicano que él encarnó en su etapa onubense.

Este hecho no supuso que su *auctoritas* fuera un a modo de salvoconducto que expirase totalmente su pasado. Su discurrir profesional como arquitecto del Ayuntamiento de Huelva tuvo sus claros y oscuros; más de estos últimos. Su situación como funcionario de Administración Local no se consolidó hasta el ocaso de su carrera, en la década de los 60; es decir; estuvo cerca de 25 años como arquitecto interino. Es sólito concluir que su hábito republicano no les era ajeno a las autoridades franquistas de la provincia, y que, por esta causa, se retrajesen los diferentes competentes a la hora de pronunciarse sobre la provisión de la plaza; aunque en su fuero interno algunos considerasen que era una gran injusticia.

Me ha sido imposible, por más que lo intenté en su momento, que Alejandro me hablara de los alcaldes y gobernadores civiles que ejercieron sus cargos desde que él se estableció en Huelva. Mediante múltiples disquisiciones, rodeos, perífrasis y estratagemas de toda índole, y algunas revelaciones de conocidos míos de Huelva, al final obtuve información, no mucha, que me permite pergeñar un mosaico de lo que fue su relación con ellos.

⁹ Sublimó la carencia de esos “otros” en sus primeros años en Huelva, en la figura de Francisco Sedano Arce, arquitecto destinado en el Catastro de la Delegación de Hacienda, con el que surgió la empatía desde el primer momento de conocerse. Quiero suponer que era una persona de ideas liberales, pues formó parte de la primera junta directiva del COAM en 1931, cuyo decano-presidente fue Secundino Zuazo. No sé si me equivoco, pero me parece que fue Sedano, muy amigo del alcalde Joaquín González Barba, quien facilitó el que Alejandro accediese a la plaza de arquitecto vacante en el Ayuntamiento.

¹⁰ Huelva fue la provincia más represaliada de España en relación a la población que tenía en aquella época. Como ejemplo citaré que la provincia de Huelva fue una de las que sufrió mayor represión del magisterio republicano una vez que estalló la Guerra Civil.

En la vigencia de López Rebollo se convocó el concurso de méritos para cubrir la plaza de arquitecto municipal que Alejandro desempeñaba de forma interina desde 1940. Concurso que, para muchos, se convocó para un candidato oculto, pues desde dos frentes concretos, se presionó, más bien se conminó, a la alcaldía para que se resolviese la prueba a favor de otro arquitecto onubense ligado al ámbito de la Iglesia. Si se hizo caso omiso de las recomendaciones del gobernador civil, Hernán Pérez Cubillas, y del obispo de la diócesis, García Lahiguera, fue porque internamente en el consistorio muchos técnicos, liderados por Eligio Vallejo, se pronunciarían contrarios a tal decisión, y estos eran mayoría en la instancia calificadora.

Fueron esos años de los sesenta muy duros para Alejandro. Luchó denodadamente en el proceso de la redacción del Plan General de Ordenación Urbana que se aprobó en el año 1964, desactivando todas las injerencias que desde diferentes instancias, sobre todo desde el gobierno civil, pretendían influir en la redacción para ob-

tener privilegios¹¹. Lo mismo en otros asuntos, como en el caso de las localizaciones de los polígonos de viviendas que en aquellas fechas estaba previsto construir en Huelva.

Su rectitud y la defensa a ultranza de los intereses de la ciudad, tuvo su premio: Alejandro fue sometido a expediente disciplinario con la artera acusación de incompatibilidad administrativa de funciones.

El nombramiento de Federico Molina Orta, sustituto de López Rebollo y último alcalde con el que coincidió Alejandro, fue providencial. Persona muy joven, si no recuerdo mal debería tener 35 años, más o menos, cuando tomó posesión del cargo, fue el primer regidor del franquismo en esa ciudad sin el caspaso tufillo falangista. Se pronunció en contra del expediente, rehabilitó a Alejandro en su puesto, reconoció la antigüedad administrativa de los años de interino y, como gesto claro y meridiano, propuso que una de las calles de El Conquero, localización en la que vivió sus años en Huelva, llevase su nombre. Gesto que propició sus diferencias con su coetáneo gobernador civil Gutiérrez Rubio. Sus modos, estilo de gestión y trato personal, tuvieron como consecuencia el que Alejandro atisbara leves señales de que en nuestro país algo podía estar cambiando.

En cuanto al resto de los alcaldes sólo tuvo en consideración a González Barba, como ya he indicado anteriormente. De Pedro Pérez de Guzmán sólo conseguí que se sonriese cuando le pregunté por su etapa al frente del consistorio. Sonrisa que no se dibujó en su rostro cuando le pregunté por los gobernadores civiles Joaquín Miranda González y Heliodoro Fernández Canepa¹². Alejandro no hablaba mal de nadie, y se negaba también a recordar los años de la Guerra Civil y posteriores, y en este caso contestó: “Hasta la llegada de Summers, Huelva fue un sin vivir”¹³.

¹¹ La redacción del Plan General de Huelva, se llevó a cabo en pleno proceso de industrialización, nuevo puerto, barriadas que absorbieran la población atraída por la demanda de empleos de la industria química del Polo de Desarrollo. Un instrumento, éste, que administrativamente estimulaba la ubicación de empresas concediéndoles beneficios similares a los concedidos a las industrias de interés preferente: expropiación forzosa, reducciones fiscales, libertad de amortización durante años, subvenciones y preferencia para la obtención de crédito oficial.

¹² Destacados falangistas. Se da la circunstancia de que ambos estaban detenidos cuando la rebelión franquista. Joaquín Miranda González fue nombrado gobernador civil en 1938. Espinosa Maestre estudió la represión franquista (sobre todo la de primera hora) en la provincia de Huelva, que según sus propias investigaciones podría acercarse a 8.000 víctimas. Heliodoro Fernández Canepa fue nombrado en 1943. Fue imputado en la causa del juez Baltasar Garzón contra el franquismo. En dicho sumario aparece su acta de defunción. En su curriculum figura que fue miembro de la Comisión Depuradora de Falange Española.

Hay un cambio importante para Alejandro en el preliminar de los 70. Aunque su enfermedad va a más, él empieza a percibir el ocaso de su exilio interior. Las autoridades provinciales tienen otro perfil, y a la sociedad onubense se incorporan jóvenes que traen otros aires y otros discursos. En este sentido es revelador y enriquecedor el protagonismo que cobran profesionalmente figuras como Hermoso, Navarrete, Fosar, Aramburu, Moreno y Montaner, entre otros.

En otro orden de cosas, sus hermanos ya hace años entran libremente en España (en el caso de Vicente) y sus hijos, Magú y Alé, se han establecido en Madrid profesionalmente. Después de una intervención quirúrgica a la que se somete en Barcelona, y superada la convalecencia, empieza a considerar la vuelta a Madrid. Quiere recuperar sus señas de identidad, dejar de vivir el presente comprimido entre el pasado y el miedo, y decide abandonar Huelva. Lo hace como Arquitecto de la Escala Superior Facultativa del Instituto Nacional de la Vivienda¹⁴.

En junio de 1974 es nombrado consejero del Consejo Superior de la Vivienda, pero su enfermedad le va limitando cada vez más. Son frecuentes sus estancias en el hospital. En junio de 1977, postrado en la cama de la habitación del Sanatorio de la Concepción, días antes de su fallecimiento, tuvimos el siguiente diálogo:

- ¿Qué pasó con los catedráticos que expedientaron: Aranguren y los otros?
- En el pasado mes de diciembre les repusieron en sus cátedras.
- Eso está muy bien. ¿Qué crees que pasará en estas elecciones?
- Las encuestas dicen que UCD y PSOE están muy igualados
- Parece mentira. De todas formas tened cuidado.

El 12 de junio falleció Alejandro, tres días antes de las primeras elecciones democráticas después de la sequía fascista. Un auténtico republicano muere a las puertas de vivir la fecha gloriosa en la que los que amamos la libertad celebramos la victoria sobre la deleznable dictadura en la que nos tocó vivir a los españoles durante interminables años.

Hace unos días, antes de ponerme a redactar estas páginas, me encontré en Internet, en las páginas digitalizadas de ABC, en los ecos de sociedad, la referencia de mi boda. En su texto puede leerse que por parte de Magú firmaron como testigos Vicente Herrero Ayllón y Félix Candela¹⁵. Dos republicanos que sufrieron el exilio exterior, pero que, una vez en su país anfitrión, pudieron expresar su desgarró libremente, mientras que los republicanos que sufrieron el exilio interior, como Alejandro, estuvieron condenados a vivir en una comunidad en la que los valores públicos y morales no correspondían a los suyos, además de sufrir la carencia de libertades bajo la presión de la dictadura que duró 35 años.

¹³ Francisco Summers Ysern fue nombrado gobernador en 1951. Fue vocal del tribunal que condenó a muerte a Blas Infante.

¹⁴ Desconozco como adquirió su condición de funcionario. En una ocasión se lo pregunté a Carlos Navarrete y no recuerdo en estos momentos la explicación que me dio.

¹⁵ Félix Candela, como ya he dicho antes, fue compañero de Alejandro en la escuela de Arquitectura. Llegaron a ser muy amigos. Los dos eran miembros del sindicato de estudiantes FUE. Alcanzó gran reputación como arquitecto, recibiendo innumerables premios de gran prestigio. Como docente, llegó a ser catedrático en la Escuela de Arquitectura en la Universidad Autónoma de México y de la Universidad de Illinois, Chicago. Fue presidente de la Academia Internacional de Arquitectura. La dictadura les impidió comunicarse, viviendo en exilio el uno del otro.

RECUERDOS DE FAMILIARES



Tranquilo pero tenaz

JORGE CIMARRA MOLINA, sobrino

*Derroñadas*¹⁶

Mis tíos y primos venían poco en verano a casa de los abuelos, en Derroñadas, ya que la distancia de Huelva a Soria era en aquellos tiempos mucho, mucho más larga que ahora y entonces ¡Ni te imaginabas Soria, ni nada que estuviese más arriba de Madrid, sobre todo en verano y teniendo Punta Umbría a tu disposición! Así que convencer a todos de que dispusieran de un tiempo suficiente para pasar aquí unos días, supongo sería tarea difícil, siendo lo más habitual que mis tíos vinieran ellos dos solos.

El “examen”

La llegada de mi tío Alé tenía efecto relajante y solía templar los ánimos entre los más pequeños. De natural tranquilo, muy tranquilo, apacible y observador, producía un efecto reductor en los niveles sonoros del mundo juvenil.

Bajo una apariencia grave, era una persona cariñosa, afable y... ¡Hecho inaudito! ¡Se interesaba por tí y todo lo que hacías! Efectuaba una especie de recorrido cronológico desde el último encuentro, hasta el momento presente, pasando, obviamente, por resultados académicos,

artísticos, lecturas, aficiones, deportes y amistades. Repaso sistemático y concienzudo en el que descubrías que había cosas que jamás se te había ocurrido pensar que existían y menos preguntarte por ellas. Pero era un examen que siempre aprobabas, nunca había un tono de reprensión, siempre una comprensión permanente, sonrisa sincera y duradera, acertados consejos y ánimos gratificantes.

El camión

Una de las pocas veces que recuerdo que vinieron mi tía y él, me colé en su cuarto mientras deshacían las maletas y... ¡Oh sorpresa! ¡Allí había un maravilloso camión, de unos 30 centímetros con su cargamento de troncos de madera... Era de los buenos, de metal pintado en naranja, de los que pesaban y corrían bien... ¡Me quedé extasiado! ¿Para quién sería? ¿Acaso para mí?... O... ¿Para alguno de mis primos? ¿Mi hermano? ¿Quién...? No me atrevía a preguntar ni podía despegarme de aquella magnífica imagen. Al final no sé cuál fue la embajada enviada pero el caso es que se enteraron. Noté en la distancia que tras el cuarto cerrado se produjo un pequeño debate con mi tía. Pero al cabo de un momento,... me dieron el camión.... ¡Es para tí! ¡Como lo agradecí! ¡Y lo que pude jugar con él! Algún tiempo después me pareció intuir que yo no era el destinatario inicial del regalo, pero nunca nadie me dijo nada, con que aparte de lo de Santa Rita... ¡Lo siento primo/s si os quedasteis sin ese camión!

¹⁶ Derroñadas es una aldea de la provincia de Soria donde el padre de Mariagus, Cipriano Molina, construyó una casa familiar en la que Alejandro pasó algunas temporadas de verano.

El verano del 68

Fui a pasarlo a casa de mis tíos en Huelva. Vivían algo retirados del Centro. En el Paseo de los Naranjos me parece recordar. Casa de una planta, andaluza, blanca, luminosa de cal. Con cobertizos y prolongaciones varias. Me tocó dormir debajo de un reloj de esos que lo dan todo: las horas, las medias, los cuartos... ¡Chico, al principio no había quien pegara ojo con ese festival de sonidos! Al final llegamos a una “entente” cordial, el reloj daba la mitad de las campanadas y yo no escuchaba la otra mitad.

Como había manifestado mi interés en estudiar Arquitectura, lo primero que hizo mi tío nada más llegar, fue comprarme un gran estuche de rotuladores de colores (en esa época era un lujo) y un bloc para que tomara apuntes del natural. También me apuntó a clases de Dibujo con un profesor que enseñaba un poco de todo y eran clases divertidas. Así me dedicaba a dibujar lo que podía por las mañanas, ir a clase cuando tocaba e intentar ligar lo que podía (que era casi nada) en esos quince años inquietos y enamoradizos. Eso sí. Aprendí que... ¡Qué dibujo más simpático! era una forma elegante para hacerlo mejor... Y más cosas, en aquel movido verano.

Las Colombinas

Para la Feria de Huelva vino Ana, una sobrina de mi tío, de mi edad, simpática y decidida. Con mis tíos fuimos a la Plaza de Toros a varias corridas de la Feria. Después de cenar nos daba mi tío 500 pesetas a cada uno, (¡una burrada!) y nos íbamos tan pitos los dos a la Feria. Como íbamos de ricachones nos montábamos en todas las atracciones, tirábamos a todo, dulces, etcetera. Al final, a las tres o así, nos volvíamos en taxi a casa de mis tíos, cuidando de no hacer



Casa familiar en el Paseo de los Naranjos

ruido, aunque era inútil pues Ana pasaba a dar el parte a mi tía. Al día siguiente, otra vez después de cenar, volvía a poner mi tío una moneda de 500 pelas en la mano de Ana y otra maravillosa y reluciente moneda en la mía. Volvíamos a irnos encantados. Y así los tres o cuatro días que duró la Feria. ¡Qué maravilla! Creo que mi tía nunca se enteró de estos dispendios...

Disciplina

Aunque mi tío estaba delicado de salud, era un gran trabajador. Eso sí. Lo tenía todo muy organizado. Después de comer, siesta hasta eso de las seis. De ahí al Ayuntamiento hasta las nueve o así que volvía. Cenábamos, tertulia, repaso del día y a eso de las 11 se ponía en su butaca, con un tablero encima de la misma y trabajaba hasta las dos. Se levantaba supongo que pronto, ya que yo planchaba oreja a esas horas y volvía sobre las tres para comer. ¡Con esto empecé a encontrarle sentido a la sinfonía de horas del reloj!

Obras

Me comentaba un constructor de Cortegana (dos hijos estuvieron conmigo en el Palacio de San Telmo, cuando era Residencia Universitaria), que hizo alguna obra con el tío Alé que era como la “pertinaz sequía” que se decía en tiempos de Franco. De manera tranquila y suave, pero constante, seguía la obra sin perder detalle, ya que lo que había señalado un día, en la siguiente visita lo exigía y no había forma de convencerle... ¡Mire D. Alejandro, que no merece la pena subir a la cubierta! ¡Que ya es tarde! El tío Alé sonreía y sin decir más se encaminaba para arriba y ya sabía el constructor que no habría nada que lo hiciera desistir de ver si se había ejecutado aquello y de qué forma. Despacito, sin prisas... llegaba hasta donde hiciera falta...

La familia

Cuando en el 1975 murió mi padre, la salud de mi tío no le impidió venir a casa con nosotros, a estar y ayudar. ¡Se lo agradecí un montón! Con la cantidad de amigos que tenía mi padre y cuantos falta-

ron... incluso dos hermanos suyos... ¡Pero allí estuvo mi tío, acompañando y reconfortando! Ese mismo año nos trasladábamos de Málaga a Madrid. Era por la salud de mi padre, pero no dio tiempo... la muerte se adelantó. No obstante, la reforma y puesta a punto del piso, con toda la serie de oficios desfilando por allí, se encargó de llevarla a cabo. Su fuerza de voluntad y su cabeza dirigían su cuerpo, más despacio, más tranquilo, después... pero el tío Alé llegaba.

El Castillo

Y de esa forma tranquila pero inflexible, hacía lo que se proponía. Así una noche que iba yo en coche con mis tíos, no sé si era a Sevilla, de pronto mi tío vio algo y dijo una escueta frase: ¡Huy, que Castillo! Mi tía que lo conocía a la perfección, inmediatamente saltó: ¡Alejandro... no se te ocurrirá ir! Mi tío no despegó la boca. Según se iba acercando el Castillo mi tía arreciaba en inútiles frases. ¡Alejandro... no se te ocurrirá! ¡Alejandro... que es muy tarde! ¡Alejandro, que es de noche!... A eso de las doce de la noche, con un viento del carajo acompañaba a mi tío a husmear por la base del Castillo, mientras mi tía se quedaba de morros en el coche.

El carné

Claro que su “firmeza” de decisiones iba integrada en su mundo personal en el cual había cosas que no lograban penetrar. En otro viaje con mis tíos, con sol y a mediodía, nos consiguió parar la Guardia Civil de Tráfico, (pues mi tío no se había enterado), imagino que por algún despiste, falta de señalización o similar. El caso es que, con el tradicional respeto de la Guardia Civil, le pidieron

que les enseñara el carné de conducir. Tras emocionantes momentos, que nos parecieron eternos y con la clásica pachorra de mi tío, al cabo del rato les saca un carné por la ventanilla. El agente tras verlo, medio mosqueado, le dice. ¡Sr. este carné lleva 4 años caducado! Mi tío le miró pausadamente, como a un extraterrestre y gracias a los reflejos de mi tía que intercedió diciendo ¡No se lo tome en cuenta señor agente, es que... es un sabio...! Yo no sé cómo no pasó nada... Eran otros tiempos, mi tío llevaba gafas, barba canosa y toda la expresión de... ¡Un sabio en su burbuja sideral! Gracias a eso continuamos viaje.

Al volante

Claro que, algo de peligro al volante, si tenía. Una vez lo acompañé del pueblo a Soria. Imagino que de compras. A la vuelta iba totalmente en su mundo. Respetó bruscamente un inoportuno semáforo en rojo de la Plaza de Mariano Granados (antigua Plaza del Chupete), tan de repente, que no pudo por menos que darle un ligero golpe a uno que iba en bici por delante y que al sentir el topetazo se fue como alma que lleva el Diablo. No dijo nada. Algo más tarde, después de advertirle dos o tres veces, descubrió que el desvío para el pueblo estaba a unos 50 metros de su coche que iba a 100 km/h. Frenó, frenó y frenó y no nos comimos el cartel indicador de pura chiripa, ya que debimos quedar como a unos 10 centímetros del mismo.

Todas estas cosas no creáis que inmutaban lo más mínimo a mi tío Alé. Sin el menor comentario reemprendió la marcha... y sin problemas. Yo tardé en hablar más de cinco minutos.

Mi tío Alé

Pero mi tío Alé era fantástico. Ha sido la persona más humana y con mayor ética personal que he conocido. Su moral (a pesar de ser agnóstico), respeto hacia los demás, hacia el trabajo propio y el ajeno, comprensión de la naturaleza humana, tolerante... era enorme. Y además era tranquilo... muy tranquilo. Siento no haber podido conocerle mejor... haber estado más tiempo con él. Su calidad humana y sencillez siempre me han impresionado. Ha sido un modelo que me ha servido de referencia y he intentado imitar.

Tío, te he querido un montón y tu presencia y recuerdo siempre estarán conmigo.

¡Tío Alé... ¡Hasta siempre!... ¡Cada vez más cerca!... ¡Cada vez más pronto!



Mis Recuerdos del tío Alé

PILAR CIMARRA MOLINA, sobrina

Mi madre María Pilar y sus dos hermanas, Mariagus y Malisa, nacieron y vivieron en Madrid, aunque tenían la suerte de pasar sus veranos en Soria. La tía Mariagus conoció a Alejandro Herrero, el tío Alé, en Soria cuando, sorprendidas por la Guerra Civil, mi tía y sus hermanas tuvieron que pasar el invierno con el armario lleno de ropa de verano.

Por el lado profesional, el tío Alé fue un gran arquitecto con ideas avanzadas que por diversas circunstancias desarrolló gran parte de su carrera en la ciudad de Huelva, donde vivió, junto a mi tía y mis primos, durante muchos años.

Pero para mí lo más importante del tío Alé era su personalidad, su forma de ser. Era un señor, un caballero, una persona honesta, justa, íntegra, con una gran preocupación moral. Totalmente respetuoso con las ideas de los demás al que jamás oí hablar mal de nadie, hasta el punto que creo que no he vuelto a conocer a nadie como él.

Mis primeros recuerdos se remontan a los veranos de mi infancia en la casa de los abuelos en Derroñadas, aquellas noches del mes de agosto en que de pronto se oía como una piedra daba en la persiana de hierro y la tía Mariagus gritaba a mi madre “Piluchiiiiii, somos nosotros, Alejandro y Mariagus...”, gran revuelo para todos, había que levantarse y mientras los mayores reorganizaban los cuartos y las camas, nosotros en pijama andábamos por allí con los primos. Ese tumulto a media noche lo recuerdo como algo estupendo. Venían en coche desde Huelva, que si ahora está lejos de Soria, hace 50 años para qué contar, más que un viaje era una aventura. Durante esos escasos días que permanecían con nosotros íbamos a muchos sitios, al tío le gustaba hacer excursiones, recorrer los pueblos, hacer fotos, y conseguía no sé cómo sacar del letargo veraniego a los adultos. Recuerdo también de aquella época, a mi tía y su maletín-neceser negro lleno de colonias, cremas y un sinfín de objetos, que a mí me parecía un auténtico tesoro, me hipnotizaba, hasta el punto que en cuanto conseguí unos ahorros, a los 17 años, me compré uno igual.

Posteriormente, ya estudiando la carrera en los años 70, tuve la suerte de pasar varios veranos con ellos en su casa de Huelva. Sus hijos estaban ya independizados y vivían en Madrid, aunque yo solía coincidir con mi primo Alé. Fueron unos veranos divertidos: de playa en Punta Umbría, discotecas, cine de verano... Me lo pasé muy bien, y me permitió conocerles más. Al tío le recuerdo traba-

jando por las tardes en su estudio hasta la hora de la cena. Pero siempre disponible para atenderte, para escucharte, para dar su inteligente opinión a cualquier consulta, siempre pausado, amable. Recuerdo la paz de aquella casa, los libros que me leí, mis charlas con mi tía hablando de lo divino y de lo humano.

Mis últimos recuerdos del tío Alejandro son cuando mi padre murió en Málaga: supo estar con nosotros y con nuestra tristeza. Y cuando posteriormente, enfermo, le visité en el hospital, me emocionó su fuerza vital y su afán de lucha. No pude llegar a su entierro, pero el recuerdo de una persona como él, con esos valores tan poco comunes, no se olvida jamás, pasen los años que pasen.



La gestión de la finitud

ENRIQUE HERRERO ROMÁN, sobrino

Es ésta una oportunidad de rescatar de la memoria su persona, en una aproximación a su historia vital, a su resonancia afectiva, su poso creativo e intelectual y el compromiso personal y social con su tiempo.

Me llega la imagen de su rostro alargado, quijotesco, su mirada profunda de penetrante observador, desplegando destellos de entrañable ternura, con escucha siempre atenta, que guardaba sus palabras sin robar tiempo a su interlocutor y sin denotar ansiedad ni vanidad cuando surgía su palabra.

Recuerdo una frase suya¹⁷: “La vida es corta pero ancha y la anchura la damos nosotros”, que expresa su inquietud existencial en torno a la gestión de la finitud, la responsabilidad con relación a la temporalidad, lo que traduce su preocupación ética.

Su persona, que me atrevo a considerar introvertida, guardaba para sí una gran riqueza interior que conviene desentrañar con cariño y respeto. Mi suposición es que se asociaban aspectos de su carácter con situaciones de necesario aislamiento, en depurada prudencia, que podrían sintetizarse en un comportamiento independiente y eficiente.

Sobrepassa mi interés hacia su persona el espacio meramente familiar ya que aunque mi convivencia con él ha sido corta, me cautivó su marcada sencillez, la ausencia de solemnidad y de dogmatismo, sin dejar de expresar una voluntad de pedagogía sin ningún alarde. Tengo la sensación de que ha dejado muchas preguntas que cuelgan con las nuestras para este nuestro tiempo. Queda para todos nosotros su camino de decidido humanismo, de lucha por las libertades y la defensa de lo público, haciendo compatible su trabajo con el compromiso por el país.

Agradezco la oportunidad de sumarme a este merecido homenaje y servir de ocasión para conocer las aportaciones de los que convivieron con más profundidad con él, lo que, seguro, llenará el hueco de nuestro desconocimiento y profundizará en nuestro cariño.

¹⁷ Se acuerda su sobrino Enrique de una frase que Alejandro repetía con frecuencia: “La vida es corta pero ancha”. Hoy hay un libro de Susana Perez-Alonso que se titula así y una canción de Andrés Calamaro que pone la frase a ritmo de *boogie*. Dice Perez-Alonso por boca de uno de sus personajes: *...hay frases en la vida que marcan los días desde el mismo momento en que se escuchan: la vida es corta pero ancha... nos ayudará a ver que la felicidad puede no ser un relámpago fugaz*”. Y Calamaro canta: “Cuando el boogie entra por la puerta, la tristeza baja por la escalera / hay que creer por lo menos en eso, porque nada es como era / y cuando el rock entra por la puerta, la tristeza se va de la cancha... y va a ser mejor así porque la vida es corta pero ancha...” Alejandro explicaba que esa frase él se la había escuchado por primera vez a un compañero de promoción en la Escuela de Arquitectura llamado Fernando Dampierre. Lo que esa frase quería decir, según lo veía él, es que aunque la vida se nos hace corta, hay tiempo para hacer muchas cosas. Y creo que en efecto la frase se aplica bien a su caso ya que, aunque murió a los 66 años, le dio tiempo a dejar muchas cosas hechas.



Un soriano de pura cepa

EMILIO PÉREZ MOLINA, sobrino

Cuando había que mandar una carta a mis tíos que vivían en Huelva, a mi tío Alé y mi tía Mariagus, en el sobre había que escribir: Alejandro Herrero Ayllón, Calle de Los Naranjos (final), Huelva. Era la forma más habitual y segura de comunicarse con la familia, estamos hablando de mitad del siglo pasado en el que ya se había inventado el teléfono, pero lo cierto es que poner una conferencia con Huelva era algo que no estaba al alcance de la paciencia de cualquiera. Se le pedía la conferencia a una operadora y acto seguido se preguntaba: “¿Cuánta demora tiene?” Y la demora podían ser tres horas, cuatro o más, según iba aquel día la demora. Cuando había pasado la demora de pronto sonaba el teléfono y al descolgar se oía una voz femenina que decía: “su conferencia con Huelva”. Era un momento muy emocionante, no solo porque se había acabado la demora, sino porque al final íbamos a hablar con el tío Alé y la tía Mariagus, que vivían tan lejos de Madrid. La conversación era a voz en cuello, única forma lógica de que te oyeran a una distancia semejante. Se ponía mi padre, mi madre, mi abuela, mi abuelo, mi tía Pilar y a veces incluso me dejaban hablar a mí. Tanto si la llamada iba camino de Huelva o si era a la inversa, siempre se decía al cabo de un rato: “bueno, cuelga que te va a subir mucho”.

La calle de Los Naranjos, en Huelva, era muy empinada, tenía chalets a los dos lados con jardín y en las aceras, claro está, había naranjos. Al final de la cuesta, o sea de la calle, en una plataforma, estaba la casa de mis tíos, del tío Alé y la tía Mariagus. Desde lo alto del cabezo, que así se llamaba aquello en lenguaje onubense,

se veían en primer plano hacia poniente unos eucaliptos muy frondosos y detrás de ellos las marismas del río Tinto... o del Odiel. La casa era blanca con un porche de arcos, a la derecha tenía un patio y otro detrás, que daba a un bosque, también de eucaliptos, que desprendían un olor parecido a la menta.

Tuve la suerte de pasar allí dos veranos invitado por mis tíos. El tío Alejandro tenía su estudio en una habitación que daba al patio trasero, repleta de libros, en la que por las tardes, a eso de las cinco, mi primo Alé tomaba clases de violín. Por las mañanas el tío Alejandro nos llevaba al Club Náutico en su Estándar 8 y nos recogía hacia las tres de la tarde. Otros días antes de ir al Club teníamos clases de pintura al óleo que nos daba un profesor, Don José María¹⁸ se llamaba. El intento, noble intento, de mi tío Alejandro por cultivar nuestro interés por las bellas artes no tuvo resultado, al menos en mi caso, que nunca volví a coger un pincel, y mira que me gustaban aquellas clases, tan luminosas; ni en el de mi primo, que no ha vuelto a tocar el violín. Solo su hija Magú siguió los pasos de su padre.

El tío Alé, un soriano de pura cepa, con las raíces bien afincadas en aquellas tierras frías, vino a hacer un trayecto parecido al que dice la leyenda de Soria: “Soria pura cabeza de Extremadura”, y acabó en Huelva, que al fin y al cabo limita con Badajoz. No puede haber dos tierras más distintas, ni en clima, ni en costumbres ni en

¹⁸ Se refiere su sobrino Emilio Perez Molina al pintor onubense José María Franco, que con su santa paciencia se esforzaba en enseñarnos a pintar al óleo. De allí, de esas clases luego continuadas por Juan Manuel Seisdedos, salieron tres arquitectos: su hija, Magú Herrero Molina, Fernando Carrascal Calle y Francisco Javier ‘Curro’ Vallejo Osorno.

¹⁹ Se trata de don Emilio Casal, ingeniero suizo encargado de la construcción de la central térmica de la “Sevillana de Electricidad”, en la Punta del Sebo.

la gente. No le costó hacerse a ese cambio. Mi tío Alejandro Herrero era persona con las ideas y los principios muy asentados y ejercía su profesión de arquitecto con absoluta dedicación y entrega. Se puede decir que era lo que se llama un humanista, especie que en los tiempos que corren tiende a desaparecer. A veces tenía la apariencia de un sabio distraído, cualidad que le otorgaba un aire distinguido y notable, pero que, todo hay que decirlo, también le ocurría mientras conducía su Estándar 8 y se iba fijando en todo lo que de interés encontraba fuera de la carretera. En estos casos, mi tía Mariagus le ponía enérgicamente de nuevo los ojos sobre el asfalto.

Del carácter afable, tranquilo, cariñoso y entrañable de mi tío Alejandro recuerdo una conversación que tuvo lugar uno de aquellos veranos entre él, Don Emilio¹⁹, un vecino que vivía también en lo alto del cabezo, y mi padre. Eran las fiestas colombinas y mi primo Alé y yo dormíamos en casa de Don Emilio, el vecino, porque nuestra habitación la ocupaban mi padre y mi madre. Una noche, de vuelta de la feria, a mis 15 años les sentaron mal unas copas de ojen que te daban tirando al blanco en una caseta. El caso es que al día siguiente la colcha de la cama no estaba como cuando me acosté. Del chaparrón de mi padre me salvó, y lo recuerdo con mucho cariño, aquella conversación entre mi tío Alejandro y Don Emilio el vecino, también hombre muy afable y bondadoso. Entre uno y otro consiguieron que todos acabáramos riendo y el perdón de mi padre, que además de estar con el consiguiente cabreo, era abstemio.

Ahora que se cumplen cien años de su nacimiento le sigo recordando con cariño y admiración.



“¿Ven ustedes cómo no se cae?”

CARMEN, ÁNGELES, ANA Y ALEJANDRO VIAN HERRERO,
sobrinos

Esto nos lo contó nuestra madre: el tío Alé era parvulito o poco más y la profesora les debió de hablar de las evacuaciones y otras calamidades durante la Revolución Rusa, para que luego escribieran algo sobre ello. La cuestión le impresionaría. Hizo este poema, del que desconocemos la ortografía y puntuación originales:

*Si yo no tuviera padres
ay qué sería de mí,
yo estaría en una casa
que a mí conocirme no.*

Como decía nuestro padre, el verso no tendrá rima asonante ni consonante, pero tiene una intensidad y un ritmo interno y, sobre todo, un desenlace genial. Y era un parvulito, o poco más.

¡Era tan alto...! Para los niños Vian Herrero, habitantes en el nº 20 de la calle Carranza de Madrid, que les veíamos a él y a la tía Mariagus cuando venían desde Huelva, aquello tenía algo de mágico: un Goliat en forma de tío muy querido que, además, hablaba bajito. Esta circunstancia era importante para aquellos ‘polvorillas’: nos susurraba cosas al oído, lo que daba un aspecto muy secreto a todo lo que contaba.

El piso que ocupaba su madre y abuela materna nuestra, Vicenta Ayllón, estaba unido al que ocupábamos nosotros. Había un cuarto al fondo que se llamaba, desde que él lo vivió, “el cuarto del tío

Alé”. Los Vian Herrero mayores, Mariano y Carmen, inventaron de pequeños una cantilena que luego habríamos de repetir todos: “un pie, otro pie, y al cuarto del tío Alé”. Aquello se repetía y se repetía con el mismo tonillo. Y la risa venía de que el mayor de turno, llevando cogido al pequeño de los brazos o las axilas, ponía los pies de la criatura encima de los suyos y se iba desplazando por un pasillo muuuuuuy largo, con el niño a cuestras. Cosas de críos.

En esa misma casa, en una noche de Reyes, el tío se disfrazó de Melchor y la tía Mariagus (que también era muy alta) de rey negro: ¡qué miedo! Si siempre nos trajeron buenos regalos, Ana, como ahijada de ellos dos, tiene bien presente aquellos presentes.

Era despistado, como buen sabio distraído. Una vez se puso dos zapatos del mismo pie hasta que alguien (no sabemos quién) se lo hizo notar, estando ya en la calle. Y por lo visto contestó que “ya notaba yo algo raro...”. Nuestra madre y hermana suya, Carmen Herrero, contaba una anécdota de la guerra que también lo retrata. El tío Alé se recuperaba temporalmente de una enfermedad en la casa familiar de Soria en julio del 36. Allí habría de cumplir con sus obligaciones militares, destinado en Servicios Auxiliares. Nuestra madre dio clases esos años en el instituto de enseñanza media de Soria (el mismo en el que antes fue profesor Antonio Machado), hasta que la denuncia de un malsín propio de las circunstancias, diciendo que era hija de masón, interrumpió su docencia y su trabajo remunerado. En ese ambiente, un día fue a visitarlos una pariente, empingorotada ella y parece que especialmente cotilla, “carca” y pedante; sobre la que nuestro abuelo, Román Herrero, hace un pequeño apunte poco afectuoso en sus memorias, pues los indicios señalan hacia ella y otros más como responsables de las denuncias e

insidias contra él por aquellos años. Pues bien, esta señora, aparece “de visita” en el salón de la casa de Soria, donde D^a Vicenta y nuestra madre la atendían como podían, disimulando su disgusto. En esto entra por la puerta el tío Alé y ve la situación. Alto como era, bajito como hablaba, y sin inmutarse, llegó a la vera de la “visita”, la cogió del brazo suavemente y sentenció: “Esta señora se va de esta casa”. Madre y hermana intentaron poner paños calientes: “Pero Alejandro, hijo...”. De nuevo muy bajito, ayudándola a levantarse y acompañándola amablemente hasta la puerta: “He dicho que esta señora se va de esta casa”. Naturalmente, la señora se fue.

Por esa época ya era novio de la tía Mariagus. Se desplazaba en uno de aquellos autobuses descubiertos para ir a verla a la casa familiar de ella, en Derroñadas, cerca de Soria. Al entrar en el pueblo, gritaba desde lejos: ¡Mariaaaguuuuuus, estás estupenda! Y a nosotros, esto (que no los han contado), no nos pega nada de él.

Es más que probable que Mariano, el mayor de nosotros, fuera arquitecto gracias a él, puesto que supo comunicarle, siempre que se vieron, el interés y cariño por la profesión. Por Mariano sabemos que en alguna ocasión tuvo que salir de casa a las cuatro de la mañana debido a alguna urgencia propia de las funciones de arquitecto municipal, como un incendio. También de la idea que tenía de hacer un urbanismo con calles interiores para la recogida de basuras. Y por Mariano también sabemos de una anécdota que él hubiera referido aquí muy bien, conociendo el sentido del humor que le caracterizaba. Resulta que el tío Alé proyectó una gasolinera con un aire bastante moderno. Visitando la obra, parece que había quien opinaba que aquel techo se iba a caer. Con toda su calma y sus piernas largas se subió a lo alto: “¿Ven ustedes como no se cae?”.

Sabíamos que era conocido y muy querido en Huelva. Siempre se contó en casa una anécdota graciosa de una procesión. Se vistió de nazareno pero, a pesar del cucurucho que sólo dejaba ver los ojos, la estatura le delataba. Alguien lo reconoció: “¡Cusha, si eh el pihcueso de don Alehandro!”. Todavía lo seguimos repitiendo...

La casa de Huelva era preciosa, muy blanca por fuera. Había que subir una cuesta para llegar a ella. Parafraseando al escritor, se ve que el mundo era entonces tan reciente que el Paseo de los Naranjos no tenía números y, para referirse a lo que serían los últimos, ya cerca de El Conquero, donde vivían los tíos y los primos, bastaba con decir ‘final’. Así ponía en el remite de la correspondencia, con el ‘final’ entre paréntesis y siempre con la letra tan artística de la tía Mariagus; y es que por entonces se escribían cartas. Fuimos por turnos algunos veranos y todavía recordamos de ese paseo el olor intenso a jazmín, en agosto, por la noche.

El tío Alé tenía una gran serenidad. Aunque muy críos todavía, estando los mayores de nosotros (Mariano y Carmen, los demás todavía no andábamos por aquí) jugando en el patio de la casa del Paseo de los naranjos con cubos y agua, se prendieron unos matojos en el jardín. Y con toda la tranquilidad del mundo, vino y nos dijo algo así: “Mirad, niños, os lo estáis pasando muy bien ¿verdad? Pues ahora vamos a coger los cubos, y los llenamos de agua, y los llevamos ahí para seguir jugando apagando esas llamas”.

Aquellos veranos en Huelva... Kazán, el perro de los tíos, era muy juguetón y estaba un poco loco. Un día, en la playa de Mazagón (extensa, bellísima, de arena fina), le dio por perseguir a Angelines, que corrió apurada y muerta de miedo a refugiarse en el mar. El mar estaba bastante agitado y la resaca la arrastró varias veces,

a pesar de estar en la orilla. Las olas le cubrían, rítmicamente, la cabeza. Intentaba agarrarse al suelo, pero los granos de arena se deslizaban entre sus deditos. Con mucho esfuerzo, logró incorporarse y, entre toses y pucheros, dijo: “Creía que era el fin del mundo...”. Ahí estaba la tía Mariagus, menos mal.

En aquellos años los coches solían ser de color negro. Los tíos tenían un Seat 1400-B, muy propio de la época. La tía Mariagus, con tanto ingenio y guasa como anticipación estética, le llamaba “El catafalco”.

De entre nosotros, Alé, que seguramente se llama así por él, recuerda su ejemplo al desalojar la casa familiar de la calle Carranza, y su dedicación con la biblioteca. Muchos libros, muchos recuerdos; qué se conserva y qué no. Eran los primeros setenta y los tíos ya debían de estar viviendo en Madrid, o para venirse. Y lo recuerda y le anima a defenderse como puede de la chapuza de estos tiempos en que todo tiene que estar para antes de ayer. Es que era muy concienzudo, como decía nuestra madre. También es una anécdota con libros la referente a una detención de Ana por cuestiones políticas: se plantó en nuestra casa con dos maletas y se llevó a la suya toda la bibliografía que consideró comprometida frente a aquel régimen.

Hacia la segunda mitad de los setenta, nuestra abuela Vicenta vivía con nosotros en la calle Isaac Peral. El tío Alé venía a visitarla muchas tardes y le grababa sus recuerdos en casetes. La abuelita tenía verdadera debilidad por él. Es difícil explicar lo que ella sintió sobreviviéndole dos años.

Tío Alé, tía Mariagus: nos seguimos acordando mucho de vosotros, cómo no. Os seguimos mandando besos de vez en cuando. Desde estas líneas, también.



La vida es corta pero ancha

ALEJANDRO HERRERO MOLINA, hijo

El arquitecto Alejandro Herrero no vivió muchos años pero hizo mucho bien con su ejemplo; trabajó y estudió mucho y su persona también irradió afecto y calidad humana por allí donde anduvo. Dicho así, por uno de sus hijos, suena presuntuoso. Pero los recuerdos de quienes escriben en este cuaderno sobre su profesión y su persona así lo atestiguan.

Es difícil hablar sobre el propio padre. Ya no encuentro dolor al hacerlo, tantos años después de su marcha; al revés, su recuerdo ahora me da felicidad. Y sin embargo aún hoy necesito hacer un esfuerzo para que mis sentimientos rompan las barreras de la intimidad y poder así compartirlos, hacerlos públicos.

No es algo trivial escribir sobre lo que uno piensa de su padre. Pero en esta ocasión yo he tenido suerte, porque lo cierto es que todos los que habéis escrito sobre él, sobre el arquitecto y sobre la persona, me habéis facilitado mucho esa difícil tarea de comunicación; al leer vuestros generosos comentarios sobre mi padre he perdido gran parte de ese pudor que se tiene al hablar bien de lo que es propio e íntimo, mucho más si ello entraña hablar de una de las personas más importantes en nuestra vida, de alguien tan ligado al desarrollo de la propia personalidad, y a tantas otras cosas, como lo es un padre. En buena parte, vuestros entrañables comentarios sobre él me han ayudado a transformar lo que pudiera haber de subjetivo en mis percepciones en algo que, gracias a vosotros, ahora me parece mucho más objetivo. Y por eso me atrevo a escribir todo lo que sigue.



Estoy convencido de que mi padre fue un buen intelectual de su tiempo que investigó sin descanso la forma de contribuir a mejorar la calidad de vida de los demás; para eso trabajaba tanto. Y también sé que era un hombre especial, que su personalidad era muy atractiva, tal vez única, y que su compromiso con lo que hacía fue un ejemplo que ha dejado en quienes le conocimos un legado que va más allá de la arquitectura y la bonhomía.

Y pienso que es, precisamente, la reunión en una sola persona de esas dos características de la personalidad de mi padre, competencia profesional y carácter admirable, lo que hace que hoy amigos, compañeros, familiares... estemos recordándolo en su centenario con el deseo de revitalizar su memoria y llevarla más allá del tiempo de su propia generación. El recuerdo de esa combinación de valores personales y profesionales, la posibilidad de disfrutar con una visita a

su obra y la recreación de su personalidad, son las claves de la motivación de este homenaje a su memoria.

Me gusta pensar que lo recordamos para rescatarlo de su época y meterlo en estos tiempos del siglo XXI, nuestro tiempo, unos tiempos tan diferentes de los que le tocó vivir a él en el siglo XX, en la Huelva de posguerra y los años posteriores de su desarrollo industrial. Y es asimismo el contraste entre aquellos tiempos, los suyos, y estos, los nuestros, lo que creo que da un significado adicional a este homenaje. Porque tal vez los valores que imperan hoy en nuestra sociedad no son los mismos que reconocemos en él, esos valores que todos le habéis atribuido en vuestros recuerdos y que han quedado tan claramente reflejados en vuestros escritos. Y también porque tal vez es bueno que se recuerden los buenos ejemplos, si nos sirven para establecer referentes que no prescriben.

Aunque se trate de mi padre, creo que debo afirmar que, ayer tanto como hoy, es rara la conjugación de valores profesionales y personales que reunía la persona del arquitecto Alejandro Herrero y que ha perdurado en nuestros recuerdos. Entresaco, casi al azar, algunas palabras con las que describís su personalidad y que se repiten de manera consistente en muchos de vuestros escritos: *inteligente, bondadoso, amable, correcto...*, *se interesaba por los demás, sabía escuchar, era paciente, tranquilo, afable, tolerante, sencillo, humilde, generoso...*, *era educado, reconocido como íntegro e incorruptible, honrado, ejemplar, sabía imponer su criterio de una manera agradable, era sincero, prudente, cordial...* Y encuentro otras palabras y frases con las que habéis descrito su faceta profesional: *figura clave del urbanismo español; un humanista, un hombre culto que trabajaba con un método meticuloso y exhaustivo; un visionario, un pionero del ecologismo que diseñó lo que sería la Huelva del futuro y que ya en los sesenta*

hablaba del medio ambiente y la necesidad de su conservación; un trabajador incansable comprometido con su ciudad, Huelva. En palabras del Alcalde Pedro Rodríguez, Alejandro Herrero fue una de las personas más importantes que ha tenido la Huelva contemporánea, porque supo entender los cambios que ya se producían en Huelva a mediados de siglo y vislumbró las líneas maestras de la ciudad que queremos desarrollar urbanísticamente en el siglo XX.

Creo que lo que le da sentido a este homenaje es hablar sobre esa infrecuente combinación de valores y traer a nuestros días una reflexión sobre lo que en ello pueda haber de ejemplar. Sus compañeros y colaboradores siempre lo vieron atado a su vocación de arquitecto, concentrado en su trabajo, incansable en la búsqueda del valor añadido que sus obras pudieran tener para la ciudadanía. *Un admirado compañero, que atesoraba conocimientos profundos y estaba a su vez dotado de gran sentido común, preparadísimo, colaborador entusiasta y generoso, autor de documentos ricos, bien elaborados, completos y claros, hechos con lenguaje llano y accesible...* Sus familiares y amigos, sin excepción, siempre lo vieron como un ser querido y próximo que contrastaba con lo corriente.

En vuestras memorias sobre el arquitecto también destacaréis su compromiso con lo público y su voluntad de contribución a Huelva y al bienestar general. Yo no tengo dudas de que mi padre era un hombre solidario de corazón, que se sentía deudor de la sociedad a la que pertenecía. Algo así me transmitió. Creo que era un idealista. Pero sus convicciones ideológicas ocuparon una parcela de su intimidad que reservó sólo para sí. Nunca habló de política en familia y, supongo, muy rara vez lo hizo con sus mejores amigos. En aquella Huelva de los años cuarenta a la que llegó encontró refugio en la sutil inteligencia de Paco Sedano, a quien admiraba; en la cálida humanidad de Joaquín Barba, su médico y confidente; y en la



Ca. 1944

comprensión y el silencio cómplice de Eligio Vallejo. Y aunque estas personas eran sus íntimos amigos, su gran capacidad de relación le hizo tener amistad con multitud de personas. Más tarde, ya en los sesenta, se alió con entusiasmo a la energía de Carlos Navarrete y a la vitalidad de los jóvenes arquitectos que por entonces empezaban a trabajar en Huelva.

Buena parte de mi relación con mis padres transcurrió de manera epistolar. Comoquiera que tanto él como mi madre, Mariagus, a la que también recordáis muchos de vosotros, siempre soñaron en volver a Madrid, los dos quisieron que allí echáramos nuestras raíces mi hermana Magú y yo. Y por eso nos mandaron desde niños a Madrid a estudiar internos en buenos colegios de la capital. Pero en la distancia, ni Alejandro ni Mariagus faltaron nunca a su cita con el correo: todas las semanas recibíamos mi hermana y yo una

o dos cartas, a las que debíamos responder sin excusa, y en las que la comunicación entre padres e hijos se hacía, tal vez, mejor que si hubiéramos llevado una convivencia más directa. Aún recuerdo algunos de los consejos que me daba en sus cartas, siempre con un toque de humor, sin regañina, pero con autoridad, con cariño, con pluma fácil y prosa sincera. Nuestra convivencia directa tuvo lugar sobre todo en época de vacaciones. Quizás por ello yo lo conozca de una forma singular, distinta a quienes trabajaron con él y compartieron su día a día. Yo lo conocí más a través del tiempo que nos dedicaba cuando bajaba el tablero y se venía a charlar con nosotros; en época de vacaciones, sin la presión ni los roces que trae lo cotidiano en una convivencia diaria de padres e hijos.

Así fue hasta que se mudaron a Madrid en los primeros años setenta, cuando yo ya estaba emancipado y casi a diario iba a su casa a comer, o por la tarde, a echar el rato. Siempre nos llevamos bien, padre e hijo, y hablábamos de todo sin otras barreras que las normales. Era un hombre con el intelecto abierto e interesado por todo. Tenía una carpeta llena de artículos y fotos recortados de periódicos y revistas, a la que llamaba mi riqueza, y en la que abundaban notas de arquitectura, fotos de edificios, planos y paisajes, lo que era su pasión..., pero también artículos sobre bioquímica, virus, bacterias..., lo que era mi profesión; y él, con migo, prefería hablar de lo mío, más que de lo suyo.

Tal vez deba también referirme al ejemplo que me dejó su actitud frente a las dificultades que indudablemente tuvo. En alguna ocasión su actividad profesional no le fue del todo satisfactoria. Me consta que hubo de enfrentarse a situaciones que le trajeron algún sinsabor importante; pero no rehuía el conflicto. Recuerdo muy

bien su disgusto profundo con la instalación del Polo de Desarrollo Industrial en la ría de Huelva; cuenta Lola Lazo que cuando *...ya el arquitecto intuía los planes que se cernían para la zona...*, hizo un proyecto para ampliar la playa de la Punta del Sebo que cayó en el olvido; predicó allá donde pudo sobre *el peligro que supondría la proliferación de toda clase de vertidos sólidos, líquidos y gaseosos, con sus perniciosos efectos aditivos y sinérgicos*, como refiere Fernando de Terán; quiso encontrar ayudas en Madrid –he leído las cartas que envió a personalidades de entonces–, pero la política no era lo suyo y al final se vio solo, sin posibilidad alguna de ganar. Y yo recuerdo su actitud digna ante la derrota, su hermetismo que lo decía todo, una dignidad sin fisuras, un elocuente silencio con el que me transmitió cómo era su forma de afrontar una situación que para él constituía un problema mayor, aunque yo no conociera los detalles de aquel problema. También sufrió con algún intento, o consumación de desmán urbanístico que no logró controlar. Pero tampoco en estos casos dejó traslucir su frustración ni en lo más mínimo. Supo perder y lo llevó con altura, sin compartir lamentos ni ironías con nadie; pienso que mi padre estaba por encima de muchas miserias humanas y que sentía la libertad de la persona desinteresada. Su integridad profesional es parte de su legado.

Yo creo que mi padre ponía su profesión por encima de las ideologías, a modo de refugio en aquella España difícil de los cuarenta, los cincuenta, los sesenta; pienso que reunía toda su ideología en la ambición de contribuir a la arquitectura y, mediante ella, a la sociedad. Siento una pena especial porque él no pudiera vivir la transición a la democracia; tal vez esa pena mía se haya acentuado porque murió el 12 de junio de 1977, tan solo unos días antes de



las primeras elecciones libres. Quizás esto me haya dejado la frustración de no poder hablar con él de política, hablar libremente hasta llegar a desentrañar su ideología; algo que hoy nos parece tan fácil, pero que entonces no lo era. Confieso que no me atrevo a asegurar qué hubiera votado mi padre en aquellas elecciones. Durante mis años de universidad nunca me habló de política. Después, ya mediada la década de los setenta, a veces él me sacaba la conversación, supongo que para explorar por donde iba yo, inmerso por entonces en una universidad politizada al máximo, que le preocupaba. De aquellas conversaciones recuerdo sus consejos de prudencia; pero él no soltaba prenda sobre sus ideas...

En cualquier caso, el arquitecto Alejandro Herrero, mi padre, pasó por nuestras vidas y nos dejó algunas enseñanzas. Como padre a mí me dio un gran ejemplo con su bonhomía. Con la gran dedicación a su trabajo y su compromiso con lo que hacía. Con su cercanía como padre. Con su voluntad férrea y su manera dulce de imponerla. Contaba mi madre que en una ocasión Román, su padre, mi abuelo, había dicho: *Este hijo mío Alejandro, con un 'sí padre, no padre, lo que quieras padre', no ha hecho en toda su vida nada más que su puñetera voluntad.* Me dejó un ejemplo de hombre inteligente, íntegro, conocedor de la naturaleza humana, siempre positivo en su visión de las cosas y en sus juicios sobre los demás, siempre conciliador. Y siempre con un buen sentido del humor. Socarrón con estilo, irónico fino, pero cariñoso, nunca ofensivo, siempre con ganas de ayudar.

El arquitecto Alejandro Herrero tuvo una dedicación intensa a una carrera variopinta en la que, por ser autodidacta, fue siempre fiel a sí mismo. Tuvo tiempo de escuchar a los demás, de conversar con todos de los temas más variados... Tuvo una vida *corta pero ancha*,

como él mismo gustaba decir; murió joven, pero le dio tiempo a hacer muchas cosas.

Quizás por todo esto, por su calidad profesional y por lo que pueda representar su buen ejemplo, vale la pena recordarlo ahora, en el centenario de su nacimiento.

A mí solo me queda decir que tuve mucha suerte al tener como padre al arquitecto Alejandro Herrero.



Un padre arquitecto

MARÍA AGUSTINA (MAGÚ) HERRERO MOLINA, hija

Sí, es difícil exponer para otros lo que significó sí un padre sin comprometer su intimidad y la nuestra propia. Comparto con mi hermano Alé lo que ha dicho sobre nuestro padre y agradezco todas las opiniones que habéis expresado sobre la persona del arquitecto Alejandro Herrero. Me uno a ellas, porque con ellas puede componerse un recuerdo como el que creo que él se merece: un relato que podamos compartir, emocionante por entrañable y sincero, lleno de trazos que describan las facetas más sobresalientes de su personalidad. Y no solo es difícil expresar lo que uno siente respecto a su propio padre: también es doloroso. Al contrario que a mi hermano, a mí, tantos años después de su muerte, aún me duele recordar a mi padre porque todavía le echo de menos.

Desde muy niña recuerdo que me decían que cuando fuera mayor tenía que ser ‘arquitecta como tu padre’; y soy arquitecta, tal vez gracias a él, porque conté siempre con su ayuda, con su estímulo y con su ejemplo.

En las vacaciones de verano, mi padre nos organizaba clases de pintura con José María Franco, primero, y con Juan Manuel Seisdedos, después, lo que sin duda hacía no solo para fomentar nuestra afición por las artes plásticas sino, también, o más importante, para motivarnos y ayudarnos a desarrollar nuestra preparación, siempre pensando en que algún día seríamos arquitectos. Y lo consiguió, porque de aquellas clases hemos salido tres arquitectos, Curro Vallejo, Fernando Carrascal y yo misma. Pero además, recuerdo que en aquellas vacaciones, en mis últimos años de colegio, siempre tenía algo pendiente para enseñarme, cualquier cosa de lo que tuviera entre manos, y usaba cualquier ocasión para entablar conmigo conversaciones sobre la arquitectura.

En mi época de estudiante, ya en la Escuela, cuando vivimos la ebullición de aquél ‘despertar del 64’ en el que se produjeron tantos y tan interesantes conflictos universitarios, su principal preocupación era nuestra seguridad pero no podía ocultar su gran interés en seguir los acontecimientos; me pedía toda la información que pudiera darle aunque nunca dejó entrever su opinión. Solo supe, por mi madre, que él había sido de la FUE en sus años de estudiante.

Mis primeros años de trabajo en el Ministerio de la Vivienda coincidieron con su vuelta a Madrid, allá por los primeros años setenta. Yo ya estaba casada y no convivimos como familia, pero cada mañana me llamaba al despacho, para charlar del trabajo, de la vida cotidiana, de arquitectura..., y hoy aún noto el silencio. Por entonces su salud era ya muy precaria pero a pesar de ello, venía a visitarme siempre que podía. Se interesaba por mi trabajo y me aconsejaba en mis dificultades, apoyándose, ayudándose en el análisis de lo que quiera que fuese, transmitiéndome lo mejor de

su experiencia. Tuvimos tiempo de redactar algún proyecto juntos y no solo tenía en cuenta mis opiniones y diseños, sino que me incentivaba y animaba haciendo valer su criterio de forma grata, amable, sin menospreciar el mío, construyendo su punto de vista sobre mis razones, siempre con un enfoque positivo.

Más tarde fue abuelo de mi primer hijo, Bertrán, al que siendo muy chiquitín ya le enseñaba a coger el lápiz; con apenas tres años ya quería introducirlo en las artes... ¡Genio y figura!

Desgraciadamente fue el único de sus nietos que conoció. Una vez le dije que iba a tener otro hijo y me contestó 'que sea niña'. Siempre me emocionó esa frase. Y al final la niña fue Irene, pero él no la conoció. Estoy segura de que habría sido un gran abuelo, pero me gustaría que también se le recor-

dara por el amor a sus hijos, por sus expresiones de cariño y mimo con los que nos obsequió, por su ternura y por la ayuda incondicional que nos brindó en todo cuanto necesitamos, siempre apoyado por nuestra madre, la otra mitad de nuestra vida. Nuestra madre, Mariagus, a quien no podemos olvidar hoy que recordamos a mi padre.



1976

Le acompañé en momentos graves de su vida pero nunca le oí ni sentí ninguna queja, ni siquiera pocas horas antes de su muerte. Nunca es justa la muerte y en su caso tampoco lo fue. Ahora tengo la edad con la que él murió y me parece que era joven, que tenía tiempo para seguir contribuyendo con su arquitectura y su humanismo. De él quedó su obra y el ejemplo que justifican este homenaje.



con la colaboración de:



Escuela Técnica Superior de Arquitectura



Dibujo de cubierta (Gasolinera de El Punto):

Juan Manuel Seisedos

La gasolinera del Barrio Obrero es conocida por los onubenses como “Cabo Cañaveral” y como “la mariposa de tres alas” por los arquitectos de la ciudad. Proyectada en 1955, se terminó en 1957. En 2001 fue declarada Bien de Interés Cultural por la Junta de Andalucía (BOJA del 25 de octubre de 2001).

Compilación de textos y dirección:

Alejandro Herrero Molina, José Ramón Moreno García

Planos y documentos; fotografías en blanco y negro de Alejandro Herrero (páginas 22-23):

cortesía del Archivo Municipal de Huelva (María Dolores Lazo, Francisco Grajal)

Fotografía aérea y postal de Huelva (página 59):

cortesía del Archivo del Puerto de Huelva (Ana María Mojarro)

Fotografía: Pepe Morón

Realización del DVD: Pablo Vallejo

Edición, selección de imágenes y diseño gráfico:

Heriberto Duverger Salfrán, Nicolás Ramírez Moreno
agradecimiento a Fernando Olmedo y Manuel Mendoza

Fotomecánica e impresión: Egondi Artes Gráficas

Edita: Consejería de Obras Públicas y Vivienda, Junta de Andalucía

Coordina: Servicio de Publicaciones, Secretaría General Técnica

ISBN: 978-84-7595-272-7

N.º de Registro: JAOPV/AV-15-2011 / Depósito Legal: SE-7572-2011

CENTENARIO del arquitecto Alejandro Herrero Ayllón / [compilación de textos y dirección, Alejandro Herrero Molina, José Ramón Moreno García].— Huelva: Consejería de Obras Públicas y Vivienda, 2011

96 p. : plan. fot col. y n.; 21 cm. + 1DVD

D.L. SE-7572-2011 - ISBN 978-84-7595-272-7

1. Alejandro Herrero Ayllón 2. Arquitectura contemporánea.- España I. Herrero Molina, Alejandro II. Moreno García, José Ramón III. Consejería de Obras Públicas y Vivienda IV. Centenario del arquitecto Alejandro Herrero Ayllón (2011. Huelva)



VELETA DE MINA LAS HERRERÍAS

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL 22 DE OCTUBRE DE 2011

